The Library
of the
University of North Carolina

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

863
P429
v.16

OCT 3 '77

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002455200

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

DATE DUE

18 May '43 HM
6 Apr '49 AN
18 Jul '55 P
16 Sep '60 B
7 May '62 P
AUG 19 1969
NOV 10 1964
NOV 13 '84
DEC 21 1998
DEC 01 '98
JAN 13 2003
OCT 19 2002

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lostrabajosdeurb00prez

OBRAS · COMPLETAS · DE

RAMÓN PEREZ DE AYALA

VOLVMEN · XVI ·

LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA.

NOVELA

RENACIMIENTO

PRINTED IN SPAIN

LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA

OBRAS COMPLETAS DE RAMON PEREZ DE AYALA

I. *LA PAZ DEL SENDERO.* **Poemas.**

II. *ARTEMISA.* **Novelas.**

III. *TINIEBLAS EN LAS CUMBRES.* **Novela.**

IV. *A. M. D. G. LA VIDA EN UN COLEGIO DE JESUITAS.* **Novela.**

V. *LA PATA DE LA RAPOSA.* **Novela.**

VI. *TROTERAS Y DANZADERAS.* **Novela.**

VII. *EL SENDERO INNUMERABLE.* **Poemas.**

VIII. *PROMETEO. LUZ DE DOMINGO. LA CAIDA DE LOS LIMONES.* **Tres novelas poemáticas.**

IX. *HERMANN, ENCADENADO. El libro del arte y del espíritu italianos.*

X. *LAS MASCARAS. Volumen I. Ensayos de crítica teatral sobre Galdós, Benavente, Linares Rivas, Los Quintero, Arniches, etc., etc.*

XI. *LAS MASCARAS. Volumen II. Ensayos de crítica teatral sobre Lope de Vega, Shakespeare, Ibsen, Oscar Wilde, etc., etc.*

XII. *POLITICA Y TOROS.* **Ensayos.** *Maura, Romanones, Vicente Pastor, El Gallo, Belmonte, Joselito, etc., etc.*

XIII. *BERLARMINO Y APOLONIO.* **Novela.**

XIV. *EL SENDERO ANDANTE.* **Poemas.**

XV. *LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL.* **Novela.**

XVI. *LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA.* **Novela.** *Continuación de LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL.*

XVII. *EL OMBLIGO DEL MUNDO.* **Novelas.**

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA

NOVELA

(CONTINUACION DE LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL)

SEGUNDA EDICIÓN

MCMXXIV
MUNDO LATINO
MADRID

REVIEWED BY
PRESERVATION
MICROFILMING

PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS
PARA TODOS LOS PAÍSES

COPYRIGHT 1924 BY
RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

North Carolina

NOVILUNIO

PRIMERO, DEL COLLADO a Regium, en una cesta de alquiler; luego, de Regium a Pilares, en la diligencia, doña Micaela, don Cástulo y Urbano fueron sin hablarse, ni siquiera mirarse.

Don Cástulo analizaba mentalmente la situación, separando sus elementos. «Elemento primordial, fuerza que domina todas las demás: doña Micaela. Mujer extraordinaria. Rectilínea, dominante, ambiciosa. Salida de la nada, quiso encumbrarse. Subió, subió, seguro el paso, la cabeza firme, sin mirar atrás. Ya tenía un pie en la cumbre. Se creía rica. Había emparentado, por su hijo, con un linaje de alcurnia y dilatada hacienda. De repente, todo se derrumba, y ella rueda hacia el fondo. Pero cae con el mismo coraje y ferocidad con que antes se elevaba. Criatura de una pieza, esculpida en materia tenaz: no se dobla, ni se rompe; nunca estará oblicua, nunca estará curva; se la volverá de arriba abajo, y permanecerá perpendicular; la primera o la última, donde ella esté será el extremo de lo posible. Más que en su fortuna, la admiro desgraciada. Demasiado próxima, en su niñez, a los terribles secretos de la vida, ella, ella sola, una flaca mujer, declaró la guerra a la vida, a la vida tal como es, y le quiso imponer una ley nueva. Recuer-

do sus palabras: *yo lo sabía todo a los ocho años; mi hijo se casará sin saber nada, puro como un ángel.* Se lo propuso y lo ejecutó. Fuí su cómplice, como preceptor del niño. Hicimos de Urbano un ángel, esto es, un monstruo. Un ángel casado es un monstruo. Tengo leído, en Santo Tomás de Aquino, si no me equivoco, que los ángeles no se casan porque son andróginos, como las azucenas. Sea de ello lo que quiera, un ángel humano es un monstruo, un castrado del elemento bestial, no menos divino que el elemento angélico; el hombre es un compuesto de ángel y bestia. Hicimos de Urbano un ángel y le condujimos al tálamo a que se uniese con una ángela, Simona. Esto era trágico y era bufo. Xenofonte advierte que comer miel nueva vuelve furioso. El pobre Urbano, la primera noche de su luna de miel, quedó como demente, con sólo el olor de la miel, que, en su inocencia e ignorancia, le causó efectos de terror. Quiso suicidarse. Huyó de la virgen esposa al hogar paterno. Y heme aquí, por voluntad inexorable de Micaela, como iniciador erótico, ¡triste de mí!, arrastrando nuevamente al ángel hacia su ángela. Todo parecía orientarse por un derrotero benigno. Estábamos en una hermosa finca campestre, de persuasivo carácter bucólico. Eramos, el matrimonio de ángeles, la abuela de Simona (doña Rosita, vieja-niña o niña-vieja) y

yo. La naturaleza sería la matrona experimentada que, por grados y con tiento, fuese aleccionando a Urbano y Simona en el culto y misterios del amor. El negocio prometía un desenlace rápido y delicioso. Los dos esposos angélicos ya se besaban secretamente, de balcón a balcón, en la alta noche, como dos enamorados a quienes todavía no ata el vínculo conyugal. Urbano se hacía hombre, en su traza y en sus pensamientos, y Simona maduraba para el amor, día por día, hora por hora. Todo eso era añagaza y estratagema de la vida, la vida maliciosa y despiadada, a quien Micaela quiso imponer una nueva ley. La vida estaba preparando su venganza y su victoria. Había transcurrido no más que un cuarto de luna. Otra gota, la de un solo día, en la clepsidra; sólo otro crepúsculo vespertino o la complicidad de otra noche, y el himeneo de Urbano y Simona se hubiera consumado. Y nada, en los cielos ni en la tierra, sería fuerte bastante para desatar el nudo carnal establecido. En mezclando el vino con el agua, ni Dios ni el diablo pueden volverlos a su estado original. Pero no hubo mezcolanza. De súbito, doña Rosita se entera de que está arruinada. El Juzgado le apercibe que abandone la finca donde vivíamos, expectantes ante el connubial idilio. De este desastre fué culpable doña Victoria, la viudita, madre de Si-

mona e hija de doña Rosita. ¿Quién lo había de imaginar? La doña Victoria, tan amiga de clérigos, de uno en particular, con quien ahora viaja por allá lejos, nos salió una buena pájara pinta, como dijo el ministril de la curia. La doña Rosita, ante el golpe inopinado, como quiera que ya no tiene donde caerse muerta, cae como muerta. Simona queda como insensata. Urbano se vuelve lelo. Yo allá me ando. En esto sobreviene Micaela, fuera de sí. Don Leoncio, su marido, acaba de declararse en quiebra. Se han quedado sin un ochavo. Ya tenemos a Micaela vuelta de arriba abajo; pero es la misma Micaela de siempre, una fuerza cósmica, el centro de la gravitación universal. A Urbano, en quien antes adoraba, asegura que lo aborrece; que lo había formado con la mitad mala de sí misma; que lo va a destruir y que lo va a formar de nuevo, con la otra mitad buena que se le ha revelado en el dolor de la catástrofe. A su marido, el cuitado don Leoncio, a quien siempre martirizó, declara que ahora lo adora, porque él, inspirado por Dios y sin que ella le hiciese caso, había previsto las funestas consecuencias del matrimonio de Urbano. Esta adoración repentina veremos hasta dónde llega, cuando Micaela averigüe que don Leoncio mantiene un lío con la Barranco, esa jamona escandalosa, que habrá de seguro contribuí-

do con sus derroches a la presente ruina. A bien que esta cortesana dejará ahora a don Leoncio por puertas. Ello es que Micaela nos ha arrastrado a Urbano y a mí, clandestinamente, sin consentirnos rechistar ni decir agur, dejando en la finca a la vieja moribunda y a la niña en abandono. ¿Por qué esta villanía? Por la misma razón que el huracán asuela una comarca. Micaela es una fuerza ciega. Pero ¿acaso el huracán se desencadena por propia voluntad? El odre de los vientos está bajo el señorío de Zeus; bueno, de Jehová; bueno, del Padre Eterno. ¿Qué interés tiene cualquiera de estos tres señores en afligir a los mortales con daños irremediables? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Por lo pronto vamos a Pilares, junto a don Leoncio, que en un instante de ofuscación ha intentado suicidarse, dándose un tajo en el cuello, por fortuna, a lo que dice Micaela, con una navaja alemana. Luego, Micaela se propone anular el matrimonio de Urbano y Simona, puesto que es sólo rato. Y la Iglesia Católica ¿se prestará a sancionar este crimen? Urbano y Simona se idolatran; están hambrientos el uno del otro; apartados, morirán de tristeza e inanición. Cierto que juntos también morirán de inanición: no tienen un maravedí y Urbano es incapaz de ganarlo en mucho tiempo, aunque ha recibido el título de licenciado en

Derecho. ¡Horror! ¡Piedad! ¡Tragedia! Sí, una verdadera tragedia clásica. Vosotros, gentecilla miserable y plebeya, que viajáis con nosotros en este vehículo infernal; tú, el que estás junto a la portezuela, con tu cabeza lanuda y desaseada, tu mirar receloso, en las rodillas eso que se tomaría por tu hijo ¡tanto se te parece! y es un perro que nos ha plagado de pulgas; y tú, la señora gorda de al lado, con cara de abad, que has hecho detener el coche por tres veces, porque te mareas, y luego desde la cuneta nos levantas el estómago con el hipo de tus bascas; y tú, el de la gorrilla de orejeras y manta zamorana extendida, para unas horas de viaje y a pesar del calor, como si atravesaras la Siberia; y tú, ¡pongo que eres notario! con tu nariz de pico y ojos de gavilán, en el sobaco el carterón de piel, preñado de embrollos y raterías; y tú, el que has dicho que eres cirujano y que vas a sangrar a no sé cuántos, y diciéndolo se te hacía la boca agua; y tú, el que estás enfrente, metiéndome las rodillas y pisándome los callos, curángano de misa y olla, gordo como cebón, que desde que hemos salido no has hecho otra cosa que roncar, comer pan y longaniza, gargajear, tomar cochino rapé y estornudármelo en mis narices; todos vosotros ¿qué me responderíais si os diese la noticia de que lleváis aquí mismo, rozándoos, la tragedia, la auténtica

tragedia? Os estoy viendo reír, con vuestra risa espesa. Os reís de la tragedia, como os reís de la mitología. Los mitos los juzgáis inverosímiles y los calificáis de cuentos de viejas. Lo que no comprendéis, decretáis que no existe. Si supierais de Antígona, diríais que no es verosímil, y que por lo tanto no existió. Si supierais de Micaela, de Urbano, de Simona, diríais que son inverosímiles y que por lo tanto no existen. Yo, el más inverosímil de todos, soy el que menos existo. Pues, sí, a pesar del vulgo, a pesar de vosotros, existo. Aquí me tenéis, contra toda lógica y verosimilitud. ¿Qué hago yo aquí, no siendo personaje de la tragedia? Toda mi vida suspirando por el amor; toda mi vida soñando con la mujer; toda mi vida tan alejado de la piel femenina, del aliento femenino, de la voz femenina, como el otoño lo está de la primavera; toda mi vida, tan cobarde para la iniciativa galante que antes que requerir a una doncella hubiera preferido tomar aceite de ricino o un clister, y antes que el clister prefiero la muerte. Pues en mis cuarenta años de edad, en el límite postrero de mi timidez y umbral de mi desesperanza, inspiro una pasión perfecta a una joven ideal; nos correspondemos, me envalentono, llego a la temeridad, nos besamos, desfallezco... Determino casarme cuanto antes. Inverosímil. Una criatura ideal, aunque cria-

da de servir. ¿Inverosímil? Los cuentos de hadas y las historias abundan en ejemplos de princesas desgraciadas e ilustres fregonas. Pero lo más inverosímil, que ni yo mismo lo comprendo, es ¿por qué he dejado a mi Conchita, allá en la finca? ¿Por qué me he separado de ella, en vísperas de boda y cuando más ha menester de mí, sola con doña Rosita moribunda y Simona abandonada? Micaela dijo que necesitan de mi presencia y consejo ella y don Leoncio. Más los necesita mi novia en este trance terrible. Y, sin embargo, Micaela me arrastró. ¿No soy una criatura adornada con la prerrogativa del libre arbitrio? Pues aquí estoy contra mi voluntad y por mi voluntad. ¿Qué habrá pensado mi Conchita de mí, al averiguar mi fuga vergonzante? ¿Se habrá muerto ya doña Rosita? Quizás se presentó el usurero, acompañado de fuerza armada, y arrojó a los moradores de la finca, incluso el cadáver de la anciana señora. Viendo estoy con los ojos del espíritu el espantoso cuadro: el cuerpo muerto, que yace en la soledad aldeana, bajo la luz de las estrellas; la servidumbre prosternada, que gime; los perros familiares, que aullan; Simona, virgen como Antígona, robada como Antígona al himeneo legítimo, que prorrumpe en un lamento desgarrador. Me estremezco en mis entrañas ante este espectáculo. Y todos estos

papanatas que viajan conmigo, tan frescos, como si tal cosa, siendo así que debiéramos unirnos todos en un clamor condolido, como un coro trágico. Y Zeus, Jehová y el Padre Eterno, tan frescos, como si tal cosa. Mi voluntad se rebela. Así que llegue a Pilares, me vuelvo, corro y acorro a Conchita, Simona y los tristes despojos de doña Rosita. Esto de volverme apenas llegado ¡psss! es un tanto dificultoso: Micaela me lo va a estorbar. Si no hoy, mañana o pasado, a más tardar. Lo que haré hoy mismo será escribir a Conchita. ¡Oh cielos! El corazón se me paraliza; las fuerzas se me agotan. ¿Cómo voy a escribir a Conchita si no sé su apellido? Y es mi prometida; nos casaremos muy pronto. Y no sé su apellido. Inverosímil, ¿verdad, curángano? ¿Verdad, gavilán leguleyo? ¿Verdad, señorona abacial y estomagante? ¿Verdad, caballero canino? Es inverosímil. No puedo escribir a mi novia. Allí todos la conocen por la Conchona. Pero ¿cómo poner, en el sobrescrito de una epístola a mi adorada, «para la Conchona»? Jamás. Cuando yo vuelva ya no estará ella allí. ¿Cómo la encontraré? Perdido soy. Caigan mil rayos y nos pulvericen. Despéñese la diligencia por un precipicio y perezcamos todos. Yo también soy un personaje trágico. Invoco la muerte libertadora. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Señor, que me parte usted la espinilla.»

Bajo la sugestión vívida de sus atribulados pensamientos, don Cástulo había comenzado a dar saltos en el asiento, agitando en desorden las extremidades. Las últimas palabras de su soliloquio mental las dijo en voz alta y colérica, encarándose con el cura gordo, el cual replicó agresivo:

—Fastidiarse; antes me dió usted una patada en el bajo vientre, arrancándome a un sueño placentero. Nada recibo que no devuelva. En el púlpito y en el confesionario predico la restitución. Fuera del templo, predico con el ejemplo.

Gargajeó, tomó rapé, estornudó, sacó de su morralillo pan y longaniza y se encarnizó a devorar, mirando con ojos emboscados y foribundos al insignificante don Cástulo.

Todos los demás viajeros reían a hurtadillas, menos el hombre con el perro, que soltó una carcajada, y el perro tres guaus.

Doña Micaela y Urbano no repararon en el incidente. Doña Micaela, con el denso rencor que de pronto se le había amontonado en el alma, amasaba, detrás del apretado ceño, un futuro a su albedrío; un futuro inexorablemente vindicativo. Su rencor se concentraba contra doña Victoria, la madre de Simona. Se consideraba víctima de un engaño infame. Había creído a doña Victoria—con su cuerpecito y su cabecita candorosa de muñeca—

una mujer honrada, dueña de millones; y era una depravada, barragana de un mal sacerdote, con quien había malbaratado el patrimonio, que no era suyo, sino de Simona, y por lo tanto debiera haber sido de Urbano. El día de la boda de Urbano con Simona, doña Victoria ya sabía que no tenía medios para mantener a los novios. Con qué astucia lo ocultaba. Quería que los padres de Urbano cargasen con la niña. ¡Ah, sinvergüenza! Doña Micaela se alegraba de la propia ruina; de esta suerte podría proclamar, con la frente alta: «Rompo este matrimonio reciente, no porque la novia haya dejado de tener dinero, sino porque nosotros lo hemos perdido todo. Lo rompería lo mismo, aunque ella fuese rica. Por dignidad. Yo ignoraba todavía, cuando fuí en busca de Urbano, que doña Victoria había dado ya el batacazo. ¡Dios me es testigo! Dios, que aunque irritado por mis yerros, me ha favorecido con la mayor merced, habiendo impedido que el matrimonio se consumase, que es lo que yo le pedía ayer, desde el abismo de mi congoja. Claramente se advierte que mi voluntad de anular el matrimonio es la voluntad de Dios.» Doña Micaela juzgaba de la voluntad de Dios consultando previamente su propia voluntad, y hallaba que siempre coincidían. Lo de que no conociese que doña Victoria había dado el batacazo

era cierto en sentido literal. En el momento de ir en busca de Urbano, doña Micaela no conocía el batacazo como hecho realizado, pero lo conocía como ocurrencia fatal y próxima. Desde un año, don Leoncio se lo venía pronosticando y ella no le daba crédito. El día anterior, poco después de haberse declarado en quiebra, el llegar a casa ensangrentado, en brazos de los dependientes, se lo había repetido: «Hija mía, revístete de valor. Con ser todo esto tan grave, falta aún lo peor. A doña Victoria la ejecutan de un momento a otro. Ella ha escapado lejos para curarse en salud. A doña Rosita y a Simona las arrojarán del Collado. Todos en la calle. Como no valgo para nada, no quería pesar sobre nadie. Por eso intenté quitarme del medio. A ti no te faltará protección de caridad. Ni a doña Rosita tampoco, para lo poco que le queda por vivir. Pero ¿Urbano y Simona? Urbano no es un hombre; es un recién nacido. ¿Qué va a ser de ellos?» Y don Leoncio se había echado a llorar. Viendo aquella cabeza cenceña y cana, aquella cabeza estoica y en toda ocasión paciente bajo las vejaciones e injurias conyugales, viéndola ahora húmeda de llanto, en aquel instante fué la conversión de la dura doña Micaela. Se arrojó a los pies del esposo, abrazándole con sus piernas, pidiéndole perdón y diciéndole que le adoraba y que en lo

sucesivo sería su sierva. Poco después, don Leoncio contaba a doña Micaela algo que nunca se había atrevido ni a insinuar: la historia que se murmuraba del cura y doña Victoria. Acabando de convertirse y oyendo a su marido, doña Micaela trazó repentinamente su plan de conducta, rectilíneo como antes, pero en dirección opuesta. Ya certificada de que la herida de don Leoncio no era de peligro, fué a visitar a un sacerdote prebendado, don Hermógenes Palomo, conocido suyo y hombre de mucha ciencia canónica, según fama, y le preguntó cómo se podía anular el matrimonio eclesiástico. El sacerdote respondió que sólo si el matrimonio no era consumado. Doña Micaela estaba informada, con las misivas diarias de don Cástulo, que el matrimonio no se había consumado, y corrió a frustrar la consumación, separando a Urbano de su mujer.

Urbano iba como traspuesto en la diligencia. A través de su espíritu semiconsciente y enrarecido, divagaban ensoñaciones ligeras. Se veía, con Simona de la mano, peregrinando por tierra fragosa. Ahora vivían en una cabaña; habían domesticado un lobo; tenían rebaños de ovejas, que Simona ordeñaba, y él labraba la tierra. Los instrumentos agrícolas, y las mismas ideas de arar, sembrar y recoger, todo lo había inventado él. Simona anda-

ba casi desnuda. Él, viéndola, sentía un escalofrío medroso. Lo raro es que no la veía con los ojos, la veía con la piel de las manos, de los brazos, del pecho, como si en cada uno de los granitos de la carne de gallina, que se le ponía viéndola, se escondiese una pupila diminuta, con las cuales no se veía la línea ni el color, sino la solidez, el volumen, la forma, la tersura, el calor tibio. La veía al tacto. La veía como un ciego sin ojos, que por milagro viese de otra manera. Ahora tenía que separarse de Simona, para una larga travesía marítima, en una especie de barco que él mismo había inventado y construído. Simona decía adiós desde el balcón del Collado; él desde la barca. Un viento poderoso empujaba la vela de la barca. La barca estaba unida por un cable con el balcón de Simona. El cable era de goma, muy elástico; se estiraba, se estiraba cada vez más, y el viento redoblaba su empuje para vencer la resistencia. Si el viento cediese un segundo, Urbano comprendía que saldría disparado contra el balcón de Simona. Se acordó de los pilluelos que disparan garbanzos con tiragomas. El balcón se había perdido ya de vista. Urbano sentía la contrapuesta tirantez del viento y del cable. Se dejaba llevar, aguardando sin impaciencia. Se echó a dormir sobre la barca, cara al sol. Aunque desgarrado de Simona, no le había

lastimado la avulsión. Tenía toda la epidermis impregnada de Simona y era como si la llevase abrazada consigo. Con los ojos cerrados, para dormir, la veía—sólida, tersa y templada—con la piel. Él era un hombre ya, y tenía que azotar el mundo en múltiples andanzas, para ganarse el pan y el de Simona. Dos haces de la misma leña, concluiréis por arder en un fuego común; así dijo una voz irreal, resonando en el viento. Era la voz de doña Rosita. ¡Oh, cómo amaba Urbano a Simona, ahora, en la obligada separación! Simona era el ideal· Tiraba de una parte del cable. El viento empujaba contrario. Urbano miró hacia aquel lugar de donde el viento provenía, y vió, entre nubes, una cabeza monstruosa y empedernida, como las carátulas de las fuentes, iracundos los ojos, hinchados los carrillos, soplando. Aunque algo deformada, Urbano reconoció al punto a su madre; y, en medio de todo, le dió risa. «Antes, te temía—pensó Urbano—; luego, te odié; ahora, te compadezco. Crees que me dominas, pero no ves el cable, irrompible y elástico.»

—Despierta, zángano—dijo doña Micaela, atenazando un brazo de su hijo y obligándole a ponerse en pie—. Ya estamos en Pilares.

Había cerrado la noche. A buen andar, se dirigieron los tres a casa.

Don Leoncio y Paolo jugaban a la brisca. Bajo la cabeza hidalga de don Leoncio—expresión pesimista y metafísica, tez olivácea, mejillas cavadas, cabello acerado—el gran envoltorio blanco del pescuezo parecía una gorguera. Paolo, amigo antiguo de la familia, con su melenita y bigotes a lo galo, canosos; con su cara tirante, aniñada, alegre; con sus ineludibles botas de montar.

Urbano se enterneció al abrazar y besar a su padre.

—Cuidado, no seas bruto y le lastimes la herida —acudió doña Micaela solícita hacia el marido, severa con el hijo.

—Deja, Micaela. ¿Qué herida, si es un arañazo? Que diga Paolo, que la ha visto. Abrázame otra vez, Urbano. Pobre corazón mío. A ti sí que te hemos causado daño. Nos perdonas, ¿verdad? No te aflijas. Dios remediará. Estoy mirándote y no creo mis ojos. Eres otro hombre; digo que ya eres un hombre. En sólo ocho días. Estás atezado, más recio; tu mirada es grave. ¿Y Simona? Pobre tortolica viuda. ¿Cómo la has dejado? Habrá habido una escena espantosa. Escríbele, escríbele en seguida, que Dios remediará.

El taciturno don Leoncio se vertía ahora en patética verbosidad. Doña Micaela, que había contemplado con espanto la hemorragia del cuello,

escuchaba ahora con envidia el efusivo flujo de palabras. Más que Urbano, necesitaba ella las amorosas razones de don Leoncio. Con recóndito sentimiento de inquina, separó a Urbano de su padre, diciendo:

—Cálmate, mi Leoncio. Has perdido mucha sangre y estás débil. Te excitas demasiado y te perjudicará. No te desazone el disgusto de Urbano, que gracias a Dios está muy tranquilo. En la diligencia ha venido durmiendo. Ningún hombre mozo tiene corazón.

—Micaela...—insinuó don Leoncio—. Yo he sido mozo y...

—Tú sí—interrumpió doña Micaela—. Pero no te compares con nadie. Eres un dechado.

La vehemente y sumisa afectuosidad de su madre hacia su padre causaba a Urbano un nuevo modo de alegría, honda y fortificante, nunca experimentada. Don Cástulo admirábase del trueco verificado en el ánimo de doña Micaela, y lo celebraba. Los malos ratos que le había hecho pasar, atropellando de palabra, en su presencia, al pacientísimo don Leoncio... Dijo don Cástulo, permitiéndose por primera vez contradecir, a medias, a doña Micaela:

—Que el hombre mozo no tiene corazón, niego. Es una proposición absoluta, y por lo tanto falsa.

Pero reconozcamos que la verdadera plenitud del corazón del hombre, para el amor y para toda suerte de sentimientos, delicados o apasionados, no se adquiere sino entre los cuarenta y los cincuenta años. Otrosí; en esta edad el hombre es más seductor que en ninguna otra.—Aquí, don Cástulo se engolondrinó—. Yo imagino a don Juan Tenorio un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años. Y de ese punto de los cuarenta y cinco en adelante presumo que, durante un largo lapso todavía, el corazón gana en capacidad amorosa. ¿Qué opina usted, Paolo?

Paolo, que andaba por los sesenta y tenía una novia platónica desde cerca de los veinte, asintió tácitamente, palideciendo.

—De la mujer, testifico que no sabe querer hasta pasados los cuarenta—dijo, sentenciosa, doña Micaela.

—Niego—replicó don Cástulo—. La mujer moza es la mujer apasionada. Así lo quiere la naturaleza. Porque ¿de qué le sirve a la naturaleza y a la vida el ardor amoroso de una vieja?

Esta inocente interrogación retórica de don Cástulo lastimó en lo más sensible y arcano a doña Micaela. En el vértigo sentimental de aquellos dos días, en que temblaba ciertos instantes temiendo volverse loca, había pensado turbia-

mente, sin atreverse a encarar su propio pensamiento, que quizás pudiera tener otro hijo de don Leoncio.

—Cástulo, eres un gran imbécil—dijo doña Micaela. El extraño brillo de sus ojos a todos causó inquietud.

—Dispensa, Micaela. Acaso me equivoco; de seguro estoy equivocado. Era un decir...—tartajeó don Cástulo, sobrecogido.

—No debí tomar en cuenta tu parecer—corrigió doña Micaela, sonriendo sarcástica—. Es público y notorio que careces de sindéresis. A otra cosa. Es hora que cenemos de lo que haya. Paolo, ¿quiere usted compartir nuestra pobreza? Comeremos fiambre, los restos de nuestra pasada época de bienestar. Usted es rico y no tiene por qué doblegarse a la escasez. No somos ya amigos para usted. Buscaremos ahora nuestras relaciones entre nuestros iguales, los pobres que rezan y piden por los postigos.

Paolo hacía gestos y ademanes, que querían dar a entender protestas de fidelidad. De pálido se había vuelto colorado, recordando que su madre, doña Encomienda, le había dicho, al saber la quiebra de los Fano: «Eran gentecilla en sus orígenes; de nuevo son lo que fueron; del cieno brotaron, en el cieno se anegan; para mí se acabaron. Ade-

más, resulta que el don Leoncio, con su cara de inquisidor, es amante de esa perdida de la Barranco.»

—No es para tanto, mujer—dijo don Leoncio—. No tengo dinero, pero tengo brazos y energías para trabajar.

—Eso sí que no—acudió, exaltada, doña Micaela—. Harto has trabajado para nosotros. Ahora trabajaré yo para ti. Entraré de asistenta en una casa. Coseré para fuera. Me haré planchadora. A ti no te ha de faltar nada. Y Urbano que trabaje, que se mate por mantenernos, ya que le hemos mantenido veinte años holgazán, como una odalisca.

—Claro que Urbano también trabajará, es ya un hombre. Pero tiene que trabajar para sí... y para Simona.

—No menciones esa familia, Leoncio, si no quieres hacerme perder la razón. A Simona que la mantenga la zorra de su madre.

—Micaela, nunca te había oído esa palabrota, hija mía—amonestó don Leoncio, con blanda tristeza.

—Porque siempre puse especial cuidado en alejarme del trato de esa especie de mujeres. Y la más... eso, de todas, la tenía a mi lado. Y emparenté con ella. Antes no lo sabía. Ahora lo sé, y lo

digo. Dios no querrá que este parentesco vergonzoso prevalezca.

—Bien, no hablemos de eso; tiempo hay por delante. Cenemos, si les parece. Don Cástulo ¿quiere usted hacer el favor de llamar a la campanilla, que venga el criado?—dijo don Leoncio.

—¿Cómo el criado?—preguntó, contrariada, doña Micaela—. Pero ¿no se han ido el criado y la cocinera, como yo dispuse? ¿Con criados, cuando criados debiéramos serlo nosotros?

—El criado—contestó don Leoncio—no quiere dejarnos en estas circunstancias. Dice que no cobrará...

—Pero come—atajó doña Micaela—. Y, sobre todo, es indecente que personas en la última pobreza, pero no inválidas, se dejen servir por otros.

—En cuanto a la cocinera—prosiguió don Leoncio, con timidez—yo le he dicho que se quedase. No me resigno a verte a ti en la cocina.

—Somos pobres, somos pobres, más pobres que los pájaros del bosque y los gusanos de la tierra. No me avergüenzo. Al contrario. Ostentaré mi pobreza. Vestiré otra vez la ropa humilde de las artesanas, como la vestí de niña. Iré a pelo; lavaré los platos, atenderé el fogón, fregaré los suelos. Y lo haré con gusto; por ti, por ti, mi Leoncio...

Don Cástulo pensaba: «Mujer de una pieza. No

se dobla ni se rompe. La han vuelto cabeza abajo y es la misma de antes; siempre perpendicular. Ahora quiere ser pobre con la misma altivez, aparatosidad, conciencia y escrúpulo que antes aplicaba en conducirse como señora.»

—Luego te explicaré. Calla, que oigo venir al criado—dijo don Leoncio, poniendo una mano en el hombro de su mujer, a fin de apaciguarla.

Durante la cena, en los intervalos de ausencia del criado, don Leoncio se fué explicando:

—La situación no es tan apurada... De ayer a hoy han ocurrido novedades. Los peritos, examinados mis libros con detenimiento, han declarado que he procedido con exquisita honradez e irreprochable buena fe. Varias partidas que di por fallidas y créditos que reputé perdidos consideran fácil hacerlos efectivos, entre ellos el puñado de miles de duros que la doña Victoria me adeuda, pues los que están al tanto afirman que, aunque muy embrollada, aún le queda a la viuda hacienda para pagar y para retener. Lo esencial es que ninguno de mis acreedores se quedará sin cobrar.

—Eso nunca lo pensé. Si no cobraban ahora, yo y Urbano trabajaríamos hasta pagarlo todo y que nadie pudiese decir nada de ti—exclamó doña Micaela.

—No es menester—continuó don Leoncio—. Nadie duda de mi honradez.

—¿Quién se atrevería a dudar, Leoncio? Sería yo capaz de escupir en la frente a quien lo dudase—comentó, enardecida, doña Micaela.

—Nos quedamos sin un real de vellón, cierto—prosiguió don Leoncio—; pero la honradez es un capital. Sé que he inspirado compasión.

—Compasión ¿por qué?

—Por nuestro infortunio.

—No lo juzgo yo tal.

—Pero los demás, sí. Hoy mismo han venido a ofrecerme colocación. Antidio Velasco, el del almacén de paquetería, dice que con gusto me dará un puesto.

—Velasco siempre ha sido menos que tú; te envidiaba. ¿Dices que te dará un puesto con gusto? Ya lo creo. ¿Tú, dependiente de él? No, Leoncio, no. No recibirá ese gusto.

—No es de dependiente, mujer. Antidio está ya viejo, cansado, no puede atender el negocio. Yo le sustituiría como jefe de almacén. Me habló de un sueldo bastante considerable, que nos permitiría vivir con decoro.

Doña Micaela no renunciaba a su nuevo ideal de privaciones heroicas, tan ardientemente abrazado. Dijo:

—Prefiero la pobreza. Mil veces la pobreza. La pobreza es mi orgullo presente. No toleraré que te humilles, Leoncio; no lo toleraré.

—Otros hay que están dispuestos a colocarme. En fin, que lo necesario no nos ha de faltar. ¡Ah, se nos olvidaba! Sus pesetillas de usted, don Cástulo, cuya custodia me había confiado, están a seguro y nadie las podrá tocar.

—No reparo en esa menudencia—musitó don Cástulo, bajando los ojos.

—Yo sí. Además, no es tan menudencia—repuso don Leoncio—. No le vendrá mal, para comenzar, si desde aquí, como supongo y lamento, toma usted rumbo independiente de nosotros.

—Yo también lo lamento, querido amigo—contestó don Cástulo, esforzándose en componer una faz muy compungida—. ¿Qué le vamos a hacer? El negro destino dispone. Yo, en este hogar, ya no sería nada más que una carga sin provecho recíproco.

—Tú no te vas—decretó doña Micaela—. Trabajarás y nos ayudarás. Es tu obligación.

—No, Micaela. Mi trabajo de nada les vale a ustedes. No permaneceré como parásito. Yo también tengo mi orgullo.

—¿Qué vas a tener tú, si eres un lilaila? ¿Cómo te vas a valer tú solo por el mundo?—dijo doña Micaela, entre áspera y compasiva.

—Solo o acompañado. Eso es cosa mía—aseguró don Cástulo, temblando ante su propio atrevimiento.

—Dejemos eso, por ahora—dijo don Leoncio—. Ya resolveremos, después de meditarlo. A don Cástulo ni se le arroja con violencia ni se le fuerza a quedarse. Él decidirá. De buen grado lo tendría siempre con nosotros, pero no hay derecho a coartar la libertad de un hombre... Pensándolo bien, lo que convenía a don Cástulo era casarse, ¿no cree usted, Paolo?

Don Cástulo se empurpuró hasta la raíz del cabello. Paolo, que llevaba cerca de cuarenta años de no lograda apetencia matrimonial, asintió en silencio. Decían que se parecía mucho de cara al célebre orador Castelar, salvo que no había quien le sacase una palabra del cuerpo. Doña Micaela refunfuñó:

—¿Matrimonio? No es hora de concertar uno; es tiempo de acabar con otro, ¡reniego del diablo! ¡Qué pocos matrimonios bien avenidos, qué pocos esposos que congenien, como tú y yo, Leoncio!

Después que Urbano se retiró a su cuarto, doña Micaela reincidió en el tema, que le obsesionaba:

—Te digo, Leoncio, que a Urbano le tiene tan sin cuidado Simona como a mí el emperador de la China. Ha sido una ventolera de chico, que ya

se le pasó. Hasta se me antoja que tenía deseos de dejar a esa que es su mujer y no es su mujer todavía. La maleta tenía preparada, antes de yo llegar. Nada le dije; él se marchó, sin despedirse siquiera de Simona. Cástulo te lo confirmará; habla, Cástulo.

—El amor—dijo meditabundo don Cástulo—es como los explosivos: no se puede calcular su potencia ni medir sus efectos hasta después que han estallado. Ya estallaremos. Para entonces les emplazo a ustedes. Paolo asentía por lo mudo.

EL DIA SIGUIENTE, A las nueve de la mañana, doña Micaela llevó consigo a Urbano, a casa de don Hermógenes Palomo. De camino, había dicho la madre:

—Vamos a consultar, con un sabio teólogo, el asunto de tu unión con Simona. Reconozco que lo hemos hecho mal; todo lo hemos hecho mal. Hay que enmendar equivocaciones, deshacer lo hecho, principiar otra vez, de manera distinta. ¿Qué dices?

—Digo—respondió el hijo—que tiene usted razón, mamá. Desde el mismo instante que me casaron, comprendí que lo habían hecho ustedes mal y que había que comenzar otra vez, de manera distinta.

—Me complace tu conformidad. Y eso que tú, por tus años e ignorancia, no comprendes enteramente el alcance de tus palabras.

—Lo comprendo mejor que usted, puesto que las consecuencias de esa equivocación las he pagado yo. Yo soy la víctima.

—¿Víctima? ¿De quién? ¿De qué? Serás víctima de ti mismo—murmuró doña Micaela, con voz ronca.

—Usted misma lo ha dicho; víctima de mi igno-

rancia. Ahora bien: ¿soy yo acaso culpable de mi ignorancia?

—Calla, calla, mal hijo. ¿Me echas en cara haberte guardado inocente e ignorante? Pues esa bendita ignorancia es la que te ha salvado, la que nos ha salvado. Pero ya sonó la hora de que sepas; de que lo sepas todo. Adquirirás la sabiduría, no de mí, sino de labios más autorizados. Cuando descubras el terrible rostro de la verdad, allá veremos si me vituperas o me agradeces habértela ocultado el tiempo más largo posible.

—Mamá, yo nada le vitupero. Ni la verdad me ha de asustar. Quiero saber, quiero saber cuanto antes, para volver cuanto antes con Simona, hecho ya un hombre.

—No volverás con Simona. Yo me opongo. Dios se opone.

—No se enfade, mamá; pero cuando usted, apoyándose en la voluntad de Dios, me quería unir con Simona, yo adivinaba que no podía ser. Ahora me quiere usted desunir de Simona, y yo adivino que tampoco puede ser.

—Si te insubordinas contra mi voluntad en esto, tanto valdrá como si me das de puñaladas, materialmente.

—No seré yo quien se insubordine; será la fuer-

za de las cosas. Tranquilícese, mamá. No quiero ocasionarle disgusto.

Llegaron a la vivienda del señor Palomo. Una criada tripuda les condujo hasta el ancho y profundo despacho de don Hermógenes. El aposento contenía escasos y mediocres muebles; media docena de sillas de nogal, tapizadas en satén rojo; una estantería, donde yacían en abandono empolvados librotes; una mesa de despacho, desaseada; de las paredes colgaban algunas litografías y un acordeón, que a Urbano le produjo cierta sorpresa. En el espeso muro se abría una ventana, que daba a un huerto, empapado de sol y estremecido con el guirigay de los pájaros. Sobre el alféizar, de piedra plomiza y musgosa, se extendía muchedumbre de miguitas de pan; y los gorriones se posaban a picotearlas. El aposento se comunicaba con la alcoba de don Hermógenes por una puerta de dos hojas, la mitad alta de vidriera, con verdes cortinillas. A través de una de las hojas, entreabierta, se veía un cuarto obscuro, sin ventilación, y una cama revuelta; salía de allí un olor penetrante y epiceno, a sudor, tabaco, sándalo y ácido úrico. Don Hermógenes era alto, flaco, peludo y lóbrego. Llevaba un mandilón bisunto hasta los pies, de vichí gris, abotonado por delante, zapatillas de piel de cabra y solideo. Estaba detrás de la

mesa; ante sí, un cajoncito con tabaco picado y librillos de papel de fumar, otro con colillas de cigarro puro, otro con cigarrillos hechos, y un plato lañado con migas de pan. Don Hermógenes se disculpó, por el calor, de su atavío. Indicó a la visita que tomase asiento, y, sentándose él, continuó haciendo cigarrillos mientras hablaba.

—Es preciso—dijo doña Micaela—que se exprese usted con absoluta claridad. Mi hijo está en el mismo estado de inocencia perfecta como cuando nació. Aunque un poco tarde, advierto que es contra la naturaleza y contra la religión que una criatura así esté casado. Nuestra Santa Madre Iglesia tendrá previsto este caso.

—Sí, señora; la Iglesia lo tiene todo previsto. Para todas las opiniones, aun las más opuestas, hallará usted autoridades corroborativas en el riquísimo repertorio doctrinal de la Iglesia. Para la Iglesia, cada conflicto moral es como las lenguas de Esopo. Y puesto que usted me pide que me exprese con absoluta claridad, así lo haré, en lo ateñedero al caso presente. Con una criatura, como usted pretende que es su hijo, ¿hay verdadero matrimonio, aunque un ministro de la Iglesia haya establecido el vínculo sacramental? *Sub uno respecto, cedo; sub altero, nego.* Quizás, sí; quizás, no.

Es materia sutilísima. Huyamos el peligro de precipitarnos hacia la solución temeraria. ¿A qué lado nos inclinaremos, ante los encontrados dictámenes que los teólogos nos ofrecen? *Primum: Quisnam esse debet matrimonii finis?* ¿Cuál debe ser el fin del matrimonio? Ante todo; *prolis susceptio, juxta illud; crescite et multiplicamini;* o sea la prole, según aquello de creced y multiplicaos. Y yo pregunto: ¿es su hijo apto para este fin?

—Actualmente, no, señor—se apresuró a contestar doña Micaela.

Urbano escuchaba con ojos sedientos.

—Calma, calma, señora. Aun así y todo, nos hacen vacilar las discrepantes sentencias de las autoridades. Si escuchamos a Crisóstomo: *matrimonium non facit coitus, sed voluntas,* que vale tanto como: la voluntad, que no el coito, es lo que hace el matrimonio. Pero, de otra parte, en Ligorio leemos: *quia copulae tantum capacitas ad essentiam matrimonii requiritur; unde sicut nullum est matrimonium inter eos qui nequeunt consumare eo actu, ex quo de se esset possibilis generatio; ita validum est inter eos qui possunt populari, esto per accidens nequeant generari;* en romance, que la cópula es lo más esencial en el matrimonio, de donde, así como es nulo el matrimonio entre aquellos que no pueden consumar el acto, aunque no sean estériles,

así es válido entre aquellos que pueden verificar la cópula, aunque accidentalmente no puedan engendrar. ¿Me entiende usted?—preguntó don Hermógenes a Urbano.

—No, señor; ni jota.

—Pues, más claro, agua.

—Emplea usted porción de palabras que oigo por primera vez, por ejemplo, coito.

—Pero usted es abogado y ha debido de estudiar, en derecho civil, cosas semejantes a las que ahora le digo.

—No, señor; no las he estudiado. A mis libros les faltaba siempre hojas, y capítulos, que don Cástulo y mi madre cortaban. Eso a que usted se refiere estaría en las hojas cortadas.

—He educado a mi hijo—terció doña Micaela—de manera que no llegase hasta él la más remota insinuación de pecado.

—El matrimonio, señora mía, no es un pecado; es un sacramento instituído por Dios.

—Pero a su edad—insistió doña Micaela, sin darse a partido—no tenía para qué penetrar ciertos misterios, que le hubieran perturbado y hecho entrar en malicia. Dejemos eso. Agua pasada no mueve molino. Vengamos a lo que importa. Urbano está ignorante de todo; es incapaz; su matrimonio es nulo.

—Nada sé; quiero saberlo todo—afirmó Urbano con entereza.

—He ahí dos proposiciones que desbordan los límites de lo humano. Un cigarrillo—dijo el teólogo, ofreciendo a Urbano un cigarrillo rechoncho y rezumante, que acababa de liar en fuerza de saliva.

—No, señor, muchas gracias.

—Es de tabaco habano, de lo que fuma el señor Obispo. Nuestro Prelado tiene la boca dulce; fuma las mejores vitolas. He sobornado a un familiar de palacio, el cual me recoge las colillas que arroja Su Ilustrísima, algunas casi sin fumar. Yo mismo las pico luego. Consecuencia, que soy quien mejor fuma del cabildo; después de nuestro Pastor, claro está. Ea, pruebe usted este cigarrillo.

—Gracias, no fumo.

—Ya le he dicho—apoyó doña Micaela—que mi hijo ha sido educado en la inocencia.

—Señora mía, el árbol de la ciencia del bien y del mal, el que producía la fruta prohibida, no era una planta de tabaco—expostuló mordaz don Hermógenes, levantándose a extender miguitas de pan sobre el alféizar de la ventana. Al sentarse otra vez, prosiguió—: A propósito, ¿qué decía usted antes, joven? Si mal no recuerdo, decía usted: «Quiero saberlo todo». He ahí la tentación al pe-

cado original; he ahí el estúpido antojo de morder en el fruto prohibido.

—Ni más ni menos. Yo también, como Adán, quiero morder el fruto prohibido; quiero saberlo todo—insistió Urbano, con sonsonete de infantil obstinación.

—¡Ajajá! Morderá usted, amiguito, y seguirá usted tan ignorante como antes. No, no escuche usted la engañosa inducción satánica. Nunca será usted como Dios. Nunca lo sabrá usted todo. Eso excede las medidas de la limitación humana. Lo otro que usted ha dicho, eso de que usted no sabe nada, también queda por fuera de la humana naturaleza; ya no por exceso, sino por defecto. Algo sabe usted; algo y aun algos. Me ha hablado usted de Adán... ¿Usted sabe lo que le sucedió a Adán?

—Sí, señor—respondió Urbano.

—¡Vaya, vaya!...—exclamó el teólogo, con mueca insinuativa y picante.

—¿Y quién te ha enseñado a ti eso? Conste que yo no he sido, don Hermógenes—dijo Doña Micaela, irritada contra Urbano.

—Es indiferente—declaró el señor Palomo, desdeñoso hacia la señora, clavando sus ojillos inquisidores y ladinos en el mancebo—. De la materia que nos preocupa el único que sabe lo bastante

es usted. Conteste con sinceridad. ¿Qué le sucedió a Adán?

—Le arrojaron del Paraíso Terrenal.

—¿Por qué?

—Por perder la inocencia.

—¿Por qué o cómo la perdió?

—Viendo desnuda a su mujer, y viéndose él también desnudo.

—Y eso ¿qué tiene de particular? ¿No eran marido y mujer?—Doña Micaela escuchaba estas preguntas del teólogo con la dolorosa fruición con que el penitente fervoroso padece el sufrimiento físico. Urbano bajó la cabeza ruboroso. Don Hermógenes insistió—: ¿Qué tiene de particular? ¿No ha visto usted a su mujer desnuda? Conteste con sinceridad.

—Sí, señor.

—Y usted estaba desnudo también...

Doña Micaela miraba iracunda a Urbano y apretaba los puños, bajo el manto de tul negro. Urbano contestó vacilante:

—Sí, señor... Es decir, la vi y no la vi desnuda. Yo estaba desnudo y no estaba desnudo.

—Acláreme eso—ordenó don Hermógenes, cuyos ojos brillaban con mayor vivacidad por instantes.

—No la vi con los ojos: la vi con las manos, con el pecho, con la piel.

—¡Ah, ya! Estaban ustedes a obscuras. La vió usted al tacto.

Las chispas, en los ojillos del teólogo, titilaban.

—Yo no estaba desnudo, pero creía estar desnudo...

—Sí, sí, entiendo; en paños menores. Todo eso ocurría en la cama, ¿verdad?—inquirió el teólogo, bajando los párpados y deglutiendo aire, con reseca glotis.

Durante el último interrogatorio no había engomado cigarrillos.

—¿Cómo en la cama?—bramó sordamente Urbano, poniéndose en pie, sin color, la mandíbula proyectada fuera, el cráneo humillado, en actitud de embestir contra el teólogo.

—Verde y con asas...—dijo don Hermógenes, inquieto—. Señora, se ha engañado usted y me ha engañado, involuntariamente. Este niño no tiene ya nada que aprender.

—No es posible, no es posible. Aquí hay una confusión. Háblele usted con más claridad, a solas, si es preciso. El niño no sabe nada. Yo no me equivoco. El niño no sabe nada—decía, con voz sacudida y bronca, doña Micaela, volviéndose a mirar ora suplicante al teólogo, ora fulminante a su hijo.

—No sé nada. No saldré de aquí hasta saberlo

todo—afirmó opacamente Urbano, sin modificar su actitud de embestir.

—Para saber, lo mejor es ir a Salamanca—replicó, rebulléndose, don Hermógenes—. Lo que había de saber, en el caso presente, lo tenemos archisabido. O sea, que el matrimonio está consumado. ¿No es así, caballerito?

—Consumado, mal que me pese—respondió Urbano, siempre en actitud de topar.

—¡Ah, el cándido cordero convertido en sucio morueco!... No, no, no. Mil veces no. Es como un idiota. No sabe lo que dice. Pregúntele, don Hermógenes, qué entiende por matrimonio consumado, y se convencerá usted que no sabe lo que dice—gritó doña Micaela, agitándose de un lado a otro y doblándose finalmente sobre la mesa de despacho, hacia el teólogo.

—Nuestro primer matrimonio está consumado—añadió Urbano—, porque ya se acabó; Simona allá, yo aquí, lejos uno del otro.

—¡Oh!—clamó triunfal doña Micaela—. ¿No decía yo?

—Recoime con el niño bitongo—masculló entre dientes don Hermógenes. Y luego, alto: —Pero ¿de veras no sabe usted lo que es matrimonio consumado?

—Si no es lo que ya dije, no, señor.

—¿Sabe usted lo que es amor?

—Lo que yo siento—dijo, con simplicidad candorosa, Urbano. Volvía a mostrarse en su traza de niño.

—¿Y consumar el amor?

—Pues, concluir...

—O comenzar. Mire usted hacia la ventana.

Sobre el alféizar, dos gorriones, ebrios de sol y de vida, se amaban, con graciosa impudicicia, entre el olor, a fresca menta montaraz y casera hierbabuena, que subía del huerto.

Añadió el teólogo:

—¿Sabe usted lo que hacen esos dos gorriones?

—Están jugando—respondió Urbano, con dulce serenidad.

—¡¡Es inconcebible!! Señora—dijo el señor Palomo—, dispense; no podemos seguir hablando en presencia de usted. Tengo que comunicarme en secreto con su hijo; no en secreto de confesión, puesto que lo que salga de nuestra confidencia lo hemos de aprovechar en el proceso de divorcio, si hubiera lugar.

Don Hermógenes cogió a Urbano por un brazo, y, juntos, desaparecieron por una puertecilla falsa, disimulada detrás de la poltrona del teólogo.

Doña Micaela, a solas, recogida en la penumbra

de su manto, meditaba: «Religión, bálsamo de todas las heridas, remedio de todas las dolencias, olvido de todas las aflicciones, escudo de todas las contrariedades, solución de todos los apuros; y hay incrédulos que te niegan. ¡Los ahorcaba! Santa Madre Iglesia, cuya sabiduría sublime no hay dificultad que no desate, ni pesadumbre que no aligere, ni montañoso obstáculo que no allane; y hay herejes que te persiguen. ¡Quemarlos debieran, como antaño! Y pensar que hay ministros indignos que seducen a las viudas y arruinan la hacienda de los huérfanos. ¡Desollados vivos me gustaría verlos, o agarrotados, con dos palmos de lengua fuera! Y a propósito de lengua, ¿qué habrá querido decir don Hermógenes con aquello de que la Iglesia es como las lenguas de Esopo? Tengo que preguntárselo a don Cástulo, ese sábelotodo.»

Resbalaba doña Micaela a la deriva de su meditación, cuando oyó, detrás de la puerta falsa, un pequeño grito ahogado, un grito casi animal y menesteroso. ¿Por qué le saltó en el recuerdo, desde lo más remoto del pasado, una frase indecorosa y ridícula, que a poco de haberla oído, muchos años atrás, la tenía olvidada? ¿Por qué maligna asociación, aquella frase hacía un eco ahora en su memoria? Era Micaela niña, apenas mujer; una gitana trashumante le echó la buenaventura

y dijo: «Ay, rozita de pitiminí; un zeñorito rumbozo te dezhojará; chillarás como una coneja; pero aluego quedarás dezahogada y muy a gujto.» No era como si ella lo pensase, antes bien como si oyese a otra persona—aunque interior, extraña—, aplicar aquella frase de germanía al grito que se había oído detrás de la puerta falsa. Urbano acababa de perder la virginidad del alma, aquel tesoro rarísimo que ella, en un empeño sublime, había logrado conservar intacto, luchando sola contra el mundo, la naturaleza y el demonio, venciéndolos. Se le desató el corazón a latir, como una avecica que aletease oprimida por una mano de hierro. Le brotó un sudor frío, copioso. Sentía los ojos congestionados, como tumefactos. Tiritaba. «¿Qué pensará Urbano de mí?», consideró, con el alma pálida. Le entraron tentaciones de violar aquella puerta clandestina; correr en busca de su hijo; gritarle: «Mentira, mentira; lo que te ha dicho este hombre es una mentira monstruosa; tú mismo comprenderás que eso no puede ser, que eso es contra el orden natural.» Y en viendo en sus ojos de niño la convicción y el sosiego, matarle ella misma, para que nunca más atormentase su conciencia inocente ni siquiera una duda pecaminosa. Pero doña Micaela permaneció inmóvil, sin voluntad y sin fuerzas. Pronto se recobró de esta flaque-

za momentánea y recuperó su carácter enterizo y perpendicular. «Así debe ser y así tiene que ser», articuló, con los labios.

Abrióse la puertecilla. Apareció Urbano, que se arrojó a abrazarse con su madre, estrujándola contra sí, entre sollozos convulsivos.

—¡Mama! ¡Mama! ¡Madre! ¡Madre mía!—balbucía Urbano, y su acento era como el de los adioses eternos.

—Ea, ea; reprímete, Urbano. No más chiquilladas. Ya eres un hombre—amonestó la madre, con austeridad.

—No quiero ser hombre. Que me devuelvan mi niñez—gritó desolado el mozo.

—Siéntate, hijo; componte—aconsejó el señor Palomo—. No vas a salir a la calle con esa cara. Exageras. Cualquiera diría que has perdido el alma.

—El alma perdí. Si eso es el amor. ¿Cómo voy a querer de aquí en adelante a Simona?—suspiró Urbano, ocultando el llanto entre las manos.

—¡Qué habías de perder el alma, loco!—dijo don Hermógenes—. Al contrario, la has adquirido. Dios ha derramado la luz en tu espíritu y ahora estás en disposición, que no anteriormente, de resolver si tienes voluntad de matrimonio, como dice Crisóstomo, o no la tienes.—Prosiguió el teólogo, dirigiéndose a doña Micaela:—La Iglesia ha observa-

do siempre la más prudente parsimonia en el otorgamiento de divorcios. Debo prevenirle que un divorcio eclesiástico es negocio dilatado y de dudosa salida. Exígense razones definitivas y muy evidentes. La prueba es sobremanera desagradable.

—No necesito de razones, ni de pruebas, ni de divorcio, puesto que no estoy casado. No estoy casado, porque yo, en mi corazón, no me juzgo casado, ni quiero casarme con Simona, ni jamás lo he querido, ya que sé lo que es el matrimonio... y el amor. ¡Oh, no! El amor no es eso, aunque lo afirme la Iglesia, aunque lo disponga el Papa—dijo Urbano, como en un rapto.

—No interrumpas, insensato—chilló doña Micaela, volviéndose a su hijo, con ceño imponente.

El teólogo hizo un ademán conciliador y reanudó su plática:

—Si viviéramos hace siglos y este muchacho fuera rey o la señorita reina, el Romano Pontífice es probable que tuviese a bien conceder el divorcio, sin mucho trámite. Pero no es éste el caso. Yo no veo sino dos posibilidades de divorcio. Primera, por impotencia del marido: *Judicium de impotentia non ad Parochum neque Confessarium spectat, sed ad judicem eclesiasticum, qui audire debet medicos et obstetrices*, el juicio de impotencia no compete al párroco ni al confesor, sino al juez ecle-

siástico, el cual debe oír a médicos y obstetrices. Declarada la impotencia, la Iglesia no se satisface todavía, sino que obliga a los cónyuges a una cohabitación de tres años, a fin de adquirir la seguridad de que la impotencia es absoluta y perpetua. Durante este lapso, los dichos médicos y obstetrices han de ensayar ciertos usos y prescripciones, *praescripcionibus laborantibus*, para vencer la impotencia, siempre que tales procedimientos curativos no sean dolorosos o gravísimos, *dolorosae ac gravisimae*. Es menester asimismo cerciorarse, sin género de duda, de la virginidad de la mujer, a lo cual ignoramos si estará dispuesta la señora madre de la novia. En fin, que los inconvenientes son innumerables, supuesto que ustedes adujesen el motivo de impotencia, que creo que no, pues espero, porque Urbanito me es simpático, que no hay lugar para eso, *non est hic locus*. La segunda posibilidad estriba en la profesión religiosa. La profesión religiosa disuelve el matrimonio *quo ad vinculum*, según doctrina del Tridentino: *Si quis dixerit matrimonium ratum et non consumatum per solemnem Religionis profesionem alterius conjugum non dirimi, anathema sit* si alguien dijese que el matrimonio rato y no consumado no es dirimido por la solemne profesión religiosa de uno de los dos cónyuges, sea anatema.

Urbano, que había oído, con un escalofrío en el tuétano de la espina, aquello de poner a prueba la virginidad de Simona, se adelantó a decir conmovido:

—Antes de que usted hablase, señor Palomo, ya estaba yo sintiendo el despertar de la vocación religiosa. Me retiraré del mundo. ¿Qué hago yo en el mundo?

—Yo no me opondré, ¡bendito sea Dios! Si Él te llama, sigue su voz divina. No te ha de pesar— exclamó doña Micaela, con un largo suspiro—. La poseía un contento celestial, espiritualización repentina, a modo de ligereza o ingravidez del cuerpo. No podía contener su emoción. —¡Qué alegría me das, ángel mío! En buen hora ansiedades, desalientos y dolores que por ti pasé.

—Eso, ya lo reflexionarán con calma—intervino don Hermógenes—. A mi parecer, lo mejor era que Simona entrase en un convento. Una hija de viuda carece de protección en el siglo. Además, el hombre es más útil a la sociedad que la mujer. Urbano debe quedar libre.

—Simona, no; Simona, no—rectificó Urbano, con férvida amargura—. Simona todavía no sabe; quizás no sepa nunca. Que goce del mundo, del cielo azul, de las flores... Yo soy quien debe encerrarse en un convento. A olvidar lo aprendido.

Despidiéronse.

En la calle, dijo doña Micaela:

—Dame el brazo, hijo, que me apoye en él, como en un báculo. Ya te estoy viendo con tus hábitos, y revestido de ornamentos, para celebrar; y aun con tu buena mitra, y tu señor capelo, ¿por qué no? Y hasta te exaltarán a los altares. ¡Oh, pecadora de mí; madre de San Urbano, confesor y virgen! Viéndolo estoy.

Todo esto veía doña Micaela, sí; pero lo veía indeciso, vagaroso, como pintado sobre un tul transparente, detrás del cual se percibía la realidad deseada, que en vano doña Micaela se esforzaba en disimular para consigo misma, procurando estas imaginaciones antojadizas y pasajeras. La realidad deseada, la que se imponía al corazón de doña Micaela, agitándolo con varios y enemigos sentimientos—zozobra, ansiedad, entusiasmo, cobardía—, era que, profeso Urbano en religión, ella y don Leoncio quedaban solos, como recién casados. La otra vez, por culpa de ella, por su frialdad, por su estúpida soberbia, no habían tenido luna de miel. Ahora la tendrían. ¿Por qué no? Todavía era tiempo. El imbécil de Cástulo había dicho el día anterior que una mujer de edad no sabe apasionarse. ¿Cuándo una mozuela acertará a querer como una mujer de cuarenta y cinco años? Ella no

era vieja aún, aunque lo pareciese, con aquel justillo prieto y los negros vestidos y tocas de señora beata. ¡Fuera con estos atavíos, que no le cuadraban ya! Como pobre, se quitaría el corset; volvería a vestirse las prendas plebeyas y vistosas, con que estaba tan bonita en sus quince años y que a las mujeres de pueblo, aun a las ya maduras, las hace tan garridas y rozagantes.

Urbano no había oído siquiera a su madre. Al llegar a casa se encerró en su habitación, cerró las maderas, se tendió sobre la cama, a obscuras. Odiaba la luz. Así permaneció dos días, sin querer comer. El mundo y la vida, de los cuales quería aislarse le perseguían y aquejaban en el retiro de su pensamiento, causándole angustiosa repugnancia, no sólo moral, sino de orden físico. Recordó su transporte devoto en la iglesia aldeana de Pendueles, durante la misa. En aquellos instantes de especulación mística había creído penetrar el sentido y eficacia de la religión. «Por mucho que llegue a saber—había pensado en aquella ocasión—, siempre tropezaré por todas partes con las fronteras del misterio. Allí donde comienza el umbral del misterio, la religión nos toma de la mano y disipa nuestro terror. Cuantas veces me vea en aquel umbral, pobre de mí, desvalido y aterrado, alzaré el corazón al Padre que está en los Cielos,

con renunciamiento de mi inteligencia, y me sentiré consolado.» Pero ahora, aterrado y desvalido como nunca lo pudiera concebir, no lograba alzar su corazón al Padre celestial ni renunciar a su inteligencia. Ahora lo sabía todo, porque ¿qué valía lo demás comparado con el Gran Secreto que acababa de descubrir? La religión no se le mostraba como guardadora del misterio, antes como su reveladora. ¿Como iba él, pues, a renunciar a su inteligencia? Se encaraba con el Padre de los hombres, creador del mundo, y, como hijo ofendido y justiciero, le exigía cuentas estrictas, en una especie de blasfematoria oración mental: «Lo que es, es porque Tú lo has querido, y como Tú lo has querido. Tú has decretado—tu capricho, ley—que el amor, lo más hermoso del mundo, no tenga su fin en sí mismo, sino que es una ilusión, un pretexto, un engaño, en que caen los pobres mortales, y, creyendo amar, no hacen otra cosa que obedecer ignorantes a tu designio de propagar y conservar el género humano. Esto ha venido a decir en substancia el señor Palomo. En otras palabras—¿por qué hemos de disfrazar la verdad, si estamos solos, frente a frente?—, que te gozas de burlarte de nosotros, tus criaturas, tus muñecos..., tus hijos. Pudiera pasar la burla, si no la acompañase la crueldad, el ensañamiento. Eres omnipotente, pudiste

inducirnos a tu designio de propagar la especie mediante un acto noble y hermoso, accesible tan sólo a los elegidos y auténticos enamorados. Estando esto en tu mano, has inventado—Tú lo has inventado—el procedimiento más sucio, para el cual, como para todas las demás necesidades sucias, los hombres se esconden, y repugnan ensuciar los labios hablando de ello; además, mucho peor que sucio, monstruoso. Ahora comprendo muchas cosas. El único amor puro, dicen, es el que a Ti se te consagra; los únicos desposorios limpios, los que contigo se celebran, en la profesión religiosa. Ahora comprendo el por qué. Pero, entonces, si seguimos la senda de pureza, tu designio de que el género humano se propague no se cumplirá, y muy pronto la tierra estará desierta, desnuda de estas desdichadas criaturas tuyas que te amen y te teman (he observado que más te complace inspirar temor que amor), y si nos doblegamos a tu designio de que la especie se conserve, por fuerza hemos de envilecernos y perder, ante nuestros propios ojos, la dignidad del alma. Tú lo has dispuesto así; Tú has establecido esa contradicción pérfida y dolorosa de que en el hecho de obedecerte nos sintamos inmundos y avergonzados. Y por si cupiese duda, no has podido tolerar que tu Unico Hijo—los demás somos

hijastros—naciese por el mismo sucio procedimiento que da origen a los demás hombres; el Predilecto debía nacer de una Virgen. Era Dios, cierto; pero también era hombre, y, en cuanto hombre, debió ser idéntico a todos los demás hombres. En todo fué igual menos en esto; señal de que todas las otras funciones de la humana naturaleza no deben avergonzarnos, puesto que el hombre-dios las ejerció como nosotros. Pero en esto no quisiste que fuese igual; no consentiste que su madre fuese como todas las demás madres, señal que juzgabas asqueroso tu procedimiento de propagación de los hombres; y por salvar a una de la vergüenza has condenado a las demás al oprobio, en la sentencia inapelable de un dogma. Si la madre de tu Hijo preferido hubiera afrontado el destino común, a todas las otras madres hubiera salvado; por haber sido ella una excepción en la maternidad, todas las demás madres tienen que experimentar una íntima vergüenza, a modo de deshonra perdonada, pero no olvidada. Ahora comprendo, madre mía, por qué te afanabas en mantenerme ignorante, hasta el momento en que, por haber incurrido yo en la misma vergüenza, no tuviera derecho a avergonzarme de ti y de mi origen. Ahora recuerdo y comprendo—en aquel tiempo no lo comprendía—lo que me decía un jesuíta,

con quien hice ejercicios espirituales: la única mujer digna de amor es la Virgen María; esa es nuestra verdadera madre; de la flaqueza de querer con exceso a la otra madre, aquí abajo en la tierra, debemos liberarnos; bien claro lo advierte la voz de Dios: abandona a tu padre y a tu madre, como significando: olvida que vienes de un hombre y una mujer impuros. Y citó una frase monstruosa —ahora aquilato su monstruosidad—de San Ambrosio: *toda mujer casada sabe que tiene de qué enrojecer*. Pero yo no me avergüenzo de ti, madre mía; ahora te quiero más que nunca, porque antes te temía, y ahora te compadezco con una piedad infinita. No tienes de qué enrojecer, no. Si la voluntad de Dios consiste en envilecerte y humillarte, yo te encumbro y te enaltezco y te declaro merecedora de adoración. Si el Padre que está en el cielo me incita a despreciarte, mi padre de la tierra, todo dulzura y bondad, de quien nunca recibí sino muestras de abnegación y cariño, me ha enseñado a respetarte y quererte, sobre todas las cosas. Soy buen hijo, para con él y para contigo. Lo soy sin esfuerzo, porque mi corazón desborda de dolor y de amor. Y si no soy buen hijo para con el otro Padre, el Padre Común, no es culpa de mi docilidad, sino de su aspereza. ¿Quién murmura en mi oído: *Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?* Yo

respondo que sí, que sí, que sí, que sí. ¿Qué religión es esa que persigue los sentimientos naturales, cubriéndolos de ignominia? Pero ¿quién me ha demostrado que la religión impone verdaderamente esa aberración de sentimientos; que eso es lo que ha querido el Padre Celestial y eso es lo que ha revelado el Espíritu Santo? ¿No será más bien estupidez y mala interpretación de los ministros del Señor, llamados a descifrar los mensajes de la divina paloma? Creo en Dios Padre; creo en Dios Hijo; creo en Dios Espíritu Santo. Pero creo también que entre la paloma de la Santísima Trinidad y el señor Palomo hay una distancia inconmensurable.»

Así, insensiblemente, por gradaciones imperceptibles del pensamiento y de la emotividad, no de otra suerte que el ardor ofuscante del sol se trueca, a través del irisado crepúsculo, en melancólico claro de luna, el alma de Urbano, abrasada desde luego por la luz del Gran Misterio, se había ido transportando a un modo de semiosbcuridad resignada, de tristeza poética y ensueño indeciso. Pero la luz volvía a cegarle y abrasarle, como en una nueva aurora; y esta vez, ya no era resentimiento contra el mundo y su Autor, sino para consigo mismo; era desesperación aguda. Como los mutilados de un miembro sienten su presencia ac-

tual y la amargura de la decepción al ir a cerciorarse al tacto, Urbano, habiéndole sido cercenada Simona, sentía aún su volumen, resistente y flexible, entre los brazos, y su dulce calor sobre la epidermis. En la tiniebla, buscaba sus labios exquisitos y la oprimía con ansia hacia el pecho; en aquel mismo punto la alucinación se desvanecía, y Urbano lloraba de rabia. Siete días y siete noches la había tenido por suya; su cabeza suplicante, sus brazos ávidos, su torso delicioso, sus piernas invisibles, toda ella estaba dedicada para él, en amorosa e inocente expectativa, allá dentro del aposento virginal. Y él lo sabía. Pudo haberla tenido a su vera, en el lecho, dormida en un sueño feliz, y no se hubiera saciado de contemplarla, velándola. Pero él no sabía. ¡Maldición sobre su madre, sobre don Cástulo, que, manteniéndole en ignorancia abominable, le habían robado la dicha! ¿Cuándo, cuándo recuperaría a su Simona?

Muy cerca de veinticuatro horas pasó Urbano en estas cogitaciones, alternativas y angustias. Al cabo de este tiempo, cayó extenuado en la cama. Tuvo sueños eróticos y absurdos. Le despertó, después de un largo reposo soporífero, un dolor incisivo en el epigastrio. «Tengo un hambre canina», dijo entre sí; y como era precisamente la hora de comer, se encaminó al comedor.

—Lázaro resucitado—dijo don Leoncio—. Triste y desasosegado me tenías. Come, come, hijo mío, y restaura tus fuerzas, que el hambre es mala consejera.

Urbano devoraba un panecillo. Hizo una pausa para preguntar:

—¿Y don Cástulo?

—Se nos ha ido de casa, definitivamente—dijo don Leoncio.

—Desagradecido; por las calles le hemos de ver, perseguido a pedradas, como can sin amo—comentó doña Micaela. Y en una mutación: —¿Te ha sido Dios propicio, Urbano, en estos dos días de recogimiento? ¿Te ha manifestado claramente su voluntad divina? ¿Hacia cuál de las Ordenes religiosas te llama: franciscano, dominico, jerónimo?

—O mucho me engaño o Dios quiere que éste se haga fraile de los de dos en celda—dijo don Leoncio, con malicia.

Urbano, con la boca llena, rompió a reír, en una alegría ruidosa, como de borracho.

Doña Micaela, bajando los ojos, murmuró mansa y afligida:

—Me torturáis.

Urbano alzó los ojos a mirar a su madre. En aquellos dos días de ausencia se había transformado. Entre sus cabellos, opacos y ásperos, como carbón vegetal, veteaban algunos mechones, de

blancura mate. La piel de doña Micaela, que siempre había sido de aspecto rígido y color cordobán, estaba más renegrida aún, como atigrada, con tachones flotantes, a manera de sombras. Doña Micaela tenía ojos encovados. De mozuelo, a Urbano le parecía que las pupilas, duras y redondas, de su madre brillaban en el fondo de la cuenca, como la cabeza de un grillo en la penumbra de su agujero. Ahora, por bajo de los párpados caídos, abultaban saledizos los globos de los ojos. A Urbano se le apretó el corazón, en un presentimiento confuso. Corrióse en seguida a mirar a su padre. La expresión habitual de don Leoncio era de tristeza; una tristeza resignada y nostálgica. Ahora estaba también triste, pero su tristeza recelaba una satisfacción secreta.

CABABA DE MORIR doña Rosita, recatadamente, en su butaca familiar, apoyada de bruces sobre una mesilla, no lejos de la abierta ventana, por donde se metía el escalofrío del boscaje centenario y el aroma de los dondiegos de noche. Allí estaba Simona, como insensata, cubierta con las añejas y pesadas joyas parafernales—la diadema, el collar, las arracadas, los brazaletes, las cadenas, los recios anillos—que la abuela le había puesto, poco antes de morir. Con el temblor de la niña, las joyas tintineaban, y a la luz del velón por tierra fundíanse como ascuas y despedían huideras exhalaciones fosfóricas. Allí estaba Conchona, la servidora fuerte y leal, firme como un castillo, según ella misma se había pintado; la única columna en pie, dentro de aquella noble casa antigua, derrumbada de repente; el único corazón entero, en aquellos instantes de duelo y desolación. Allí estaba *Cerezo*, el mastín corpulento, con la cabezota tendida sobre el regazo de la muerta, los ojos húmedos y parpadeantes. Allí estaban, sobre el ancho lecho de las nupcias de antaño, el traje de seda blanca brochada y el blanco velo recamado de hilos de plata, con que doña Rosita fué al altar y había querido que la llevasen a la fosa.

Aquella misma mañana todo era dicha en la mansión hidalga. Simona, recién casada, y su marido. Don Cástulo, el preceptor de Urbano, un señor de calidad, majo y bien portado como un indiano. Este caballero se había enamorado de Conchona y quería hacerla suya, en matrimonio, cuanto antes. De esto Conchona creía que nadie estaba enterado, sino ella y su admirable prometido. ¿Qué hubiera dicho, de saberlo, la muerta? La casa, abastecida de todo, lo necesario y lo superfluo, lo útil y lo bello. Catorce criados, de servidumbre. Rebaño de vacas; caballos y yeguas de vientre; palomar, conejera, gallinero con más de doscientas gallinas. En torno al palacio—palacio podía llamarse la casa—un parque como un bosque; por fuera del bosque, praderas, huertos, pomaradas y toda especie de árboles de fruto, maizales, sembrados de centeno; todo, ceñido por un muro de pura piedra, labrado por encima en forma de picos. Sobre tanta abundancia y hermosura, presidía, como una imagen en un altar lleno de ofrendas, la vieja doña Rosita, siempre con cara de santidad y sonrisa de bendición. Sólo faltaba la viudita, hija de doña Rosita y madre de Simona; pero a ésa no se la echaba de menos, pues siempre andaba por allá lejos, acompañada de un clérigo amigo, capellán de la casa. Si había un paraíso

terrenal, era en aquella finca cerrada. De súbito, aquel mediodía malhadado, caen sobre el paraíso los pajarracos agoreros del Juzgado. La viudita, ¿quién lo presumiera?, ha malgastado su hacienda. La finca pertenece ya a un prestamista usurero. Todos los que en ella habitan deben salir escapados, como en un incendio. La triste nueva y el apremio hieren de muerte a doña Rosita. Don Cástulo—¡qué labia de señorín!—convence a los del Juzgado que aplacen la ejecución. Hasta la servidumbre llegan husmos de lo que pasa. Cunde el miedo; despiértase la codicia y el egoísmo. Sin decir oste ni moste, don Cástulo y Urbano salen presurosos, a socorrer en otra desgracia, ocurrida en la familia del novio. Amortecida la vieja, desmayada la niña, los criados hácense dueños del campo. Como merodeadores audaces en un incendio, métense por los rincones, revuelven las cenizas, a robar lo que pueden. Pero allí está ella, Conchona, con su coraje viril, que por algo tiene pelos en la cara, cosa que no le importa—puesto que a don Cástulo no le importa—, y en esta ocasión lo celebra. Por medio de un ardid imponderable, aprisiona a los criados en el henil, allá fuera, junto al establo de las vacas, y vuelve a encerrarse en la casona, como en una fortaleza, con la anciana moribunda, la niña cuitada y el mastín guar-

dián. Es noche ya. Grandes alaridos de angustia agitan el silencio de la morada. Acude Conchona, con un velón. En el umbral de la abuela, está Simona, rígida como una estatua, adornada de joyas resplandecientes. ¡Ay, aquellos ojos de loca—abrasados tizones—sobre la piel de leche, y el rojo pelo de fuego! Acaba de morir la abuela. En esto que resuenan grandes aldabadas. Es la justicia con el usurero, que vienen a posesionarse de la casa. Conchona a gritos desde la ventana responde que no abrirá. Allí no hay alma humana, sino el cadáver de una santina, un ángel desvariado por el dolor y el miedo, un mastín y un tigre, que es ella, Conchona. Los bienes de la casa están a seguro: la rapiña de los criados, conjurada; de lejos se les oye gritar y blasfemar, prisioneros. Que vuelva la justicia otro día, cuando la señora esté enterrada. Ahora, Conchona no consentiría la profanación; se defendería con una lanza envenenada, de las Filipinas. Estas razones convencen al usurero y a los alguaciles. Hela aquí, a Conchona, frente a la realidad funesta, ella sola, árbitro y responsable de las consecuencias. ¿Qué hacer?

Difícilmente se dejaba amilanar Conchona, como no fuera por el amor (el miedo de parecer estúpida o zafia a su señorín; apelativo de intimidad al

referirse a don Cástulo); mas el amor, ahora, le daba bríos animales y agudeza de juicio (el amor a sus amas y sobre todo la certidumbre de merecer admiración y aplauso de su prometido).

—Siéntese, neñina; siéntese y rece, si puede, por el alma de la güela; a bien que falta no hace. Voló derecha al reino de Dios y por encima de la calva de San Pedro pasó, sin detenerse, como saeta. Siéntese y duérmase, neñina; y, si no tiene sueño, cierre los ojos, para no ver la triste faena que con estas indignas manos tengo que cumplir, como Dios manda en las obras de misericordia—Simona se sentó. Prosiguió la fuerte servidora:—O no cierre los ojos, que los actos de caridad no meten miedo, antes consuelan. Menos pesa que una criatura de pecho; nada de carne, y no como nosotros, pecadores; los huesos, pequeñinos y livianos, de pajarín; sólo era alma, y el alma volóse al cielo. Beso estas manos, como reliquias de la Iglesia—Conchona había levantado en alto el cuerpo deleznable de la muerta, que conservaba la postura encogida, con lo cual, siendo ya menudo, se reducía de tamaño—. La señora pasó a la otra vida sin sufrir, gozosa como los bienaventurados. ¡Qué cara traquila; sonriendo está! Más guapa entodavía que endenantes. Quitáronsele las arrugas; asomósele la color. De rosa de te tornóse rosa de Ale-

jandría. Reverencia me da andar con este cuerpo. Dios lo manda, sierva obediente soy—Conchona alzaba la voz, por que la niña no oyese el crujir de los huesos de la muerta; según ella, con tiento, iba enderezando los doblados miembros.

Simona, con las pupilas dilatadas, miraba sin ver, oía sin escuchar. Cerezo permanecía inmóvil, en pie.

Luego, Conchona desvistió a doña Rosita; la lavó, peinó y perfumó; la revistió con el atavío de virgen desposada; la depositó en el lecho nupcial, tejiéndole las manos, como en las plegarias, y cubriéndole la cabeza con un lenzuelo de encaje. *Cerezo* saltó sobre la cama, a acostarse a los pies de la señora. Iba Conchona a ahuyentarle. Simona dijo, y fué lo único que dijo en toda la noche:

—¡Déjale!

Cerezo se tendió, al pie de su dueña, como en las piedras tumbales de las castellanas.

Conchona se arrodilló a mascullar oraciones. El pensamiento se le iba hacia su idolatrado señorín.

Oíase el silencio estremecido de la noche.

Llegaban a veces, ondulando como infernales banderas desgarradas, voces soeces de los criados cautivos. Y volvía a fluir el agua negra del silencio, que sonaba como un zumbido de oídos.

Cantó el ruiseñor.

Simona se llevó las manos a la garganta y rompió en un sollozo, prolongado en modulaciones musicales. Luego, lloró calladamente.

Vió Conchona que Simona se había dormido. En brazos condujo a la niña a su alcoba, sin que, rendida por el sueño y la pena, Simona acordase.

Era todavía noche cerrada. «Por poco, por poco, la señorita tiene sueño para tres horas, de un tirón. Me sobra tiempo», pensó Conchona.

Salió de la casa. Anduvo a campo traviesa, con buen andar, hacia la vivienda de don Arcadio Ontañón, el viejo médico de la familia. Alborotaban los gallos en las quintanas. Una carreta astur chirriaba: era como un insecto formidable, desperezándose. Amanecía.

La fachada de la vivienda doctoral estaba tapizada con una enredadera de campanillas azules, que teñían tácitamente en la brisa auroral, y en vez de sonido despedían perfume. Conchona llamó a la puerta. Después de un rato, preguntaron de dentro:

—¿Quién va? ¿Algún parto?

—¡Pluguiera a Dios!—respondió Conchona, a gritos—. Una muerte.

—Pues ¿para qué llaman? Aquí no vive taumaturgo que resucite a los muertos.

—Abra, don Arcadio. Soy la Conchona, la criada del Collado. Doña Rosita murióse. Estamos en el mayor apuro.

Un zagalón a medio vestir abrió la puerta y guió a Conchona hasta la cama del doctor, a quien la sirvienta puso al tanto de todo.

—¿Y yo qué voy a hacerle, mujer? ¿Quieres que yo, por encantamiento, haga venir a la viudita prófuga? ¿Quieres que derogue las leyes y levante la hipoteca que ha hecho cambiar de propietario a la finca? ¿Quieres que mate al usurero? Mira, eso sí lo podría hacer. Todo consiste en que venga a consultar conmigo. Convéncele.

—Joasús qué hombre, sin chicha ni sesada. Y eso que es dotor. Lo que tiene usté que ocuparse es de encargar depriesa la caja al carpintero, avisar al cura y todo lo que haga falta pal intierro, que usté lo sabrá mejor que yo, por la mucha gente que mató. Vuelvo escapada a la casona, no sea que despierte la neñina. Usté también debe ir más tarde, por si la neñina se pone mala, que nada tendría de particular.

—Todo eso haré, Conchona, de buen grado, por amistad y afecto a la difunta tanto como por deber de conciencia. Anda, anda, Conchona. Eres grande y pareces tarda como un proboscidio; al propio tiempo, ágil e industriosa como una comadreja.

—Lo último entendílo; lo primero, no.

—No lo dije para que lo entendieses. Corre a tu puesto. Lo absurdo de la selección conyugal: si los mozos mirasen en las mozas más las cualidades que la cara bonita, tú ya tenías galán y el mejor de todos.

—¿Quién le dijo que no?

—Corre a tu puesto.

Conchona volvió a la finca. Al pasar junto al henil, los criados, detrás de las rejas, aullaban de hambre:

—Raposa maligna, que todo lo furtaste pa ti: danos algo de comer siquiera.

—Comei yerba, gochos.

Entró en la casa. Dormía la señora el sueño inconmovible. Yacía Simona en una muerte breve. Cuando llegó el doctor, mediada la mañana, la niña no había despertado. Poco después trajeron la caja. Entre el doctor y Conchona metieron a doña Rosita en el ataúd, que dejaron abierto. Después, Conchona lo cubrió con flores del jardín.

—Adiós, amiga mía—dijo don Arcadio, besando con devoción las manos de la muerta.

Conchona lloraba, y entre hipos decía:

—Pero ¿no llore usté, señor dotor, ahora que Simona no puede vernos? ¡Joasús, qué corazón de pedernal!

—Bien descubres tu carácter bondadoso y fiel con esa frase: llorar, ahora que no nos ve la niña. Casi todo el mundo lloran para que les vean llorar. A mí también me gustaría que me vieses llorar. Mis lágrimas son secas, hija; mucho más ardorosas que las lágrimas líquidas. Y en cuanto a que mi corazón es de pedernal, aciertas; pero advierte que en la entraña del pedernal se esconde el fuego.

Y don Arcadio sacudía aflictivamente la cabeza, donde descollaba la carnosa nariz, cilíndrica y llameante en la extremidad, como un cirio. Habíase sentado en la butaca, junto a la ventana, sin quitarse el ineludible capote, color mostaza, la sombrilla verde entre las piernas.

Constante en su llanto, Conchona suspiraba:

—Deje que le alivie de esa albarda, que sólo de verle embajo de ella me sofoco. Con perdón; quise decir el capote.

—No te preocupes, mujer. El capote no me pesa, como no le pesaría a doña Rosita, si se lo colocase encima. Me ves vivo y muy vivo: pues estoy medio muerto, tres cuartos de muerto, cinco sextos de muerto; cada día se me muere una parte de mí mismo. ¿Crees que ha muerto sola doña Rosita? Con ella se han muerto, para siempre, cuarenta años de mi vida. ¡Oh, muerte, muerte! De esto tú no entiendes, mujer.

—Entiéndolo aina, ¡ay!—exclamó la sirvienta, con un sollozo explosivo.

—Mientes, Conchona, que soy yo quien lo digo y no lo entiendo; ni nadie lo ha entendido nunca; ni jamás inteligencia humana penetrará el misterio de la muerte.

—Entiendo, y bástame, que murió la señora, y que el dolor me traspasa.

—Más vale así; que se haya muerto.

—No diga eso.

—Dios se acordó de ella en buen punto. Siempre había vivido en su casa, sin salir de ella, como una perla en la concha de nácar. ¿Quién averigua adónde pararía la perla, arrancada de su concha? Dios la ha tomado para aumentar sus tesoros celestiales. Ahora, en la concha de nácar se aposentará una sucia babosa.

Presentóse Simona, blanca y con paso inaudible. Se arrojó sobre el féretro a besar a la abuela. Conchona quería retirarla; pero el anciano doctor, con un gesto, contuvo a la sirvienta. Así permaneció la niña, hasta que poco después llegaron los enterradores.

Abajo aguardaba el cura de Pendueles, con su capa pluvial de seda negra y galones amarillos, acompañado del bermejo acólito.

Simona declaró su voluntad de ir al entierro.

Conchona la disuadía. Don Arcadio decidió que se cumpliese el deseo de la niña.

—Podemos aguardar hasta que la señorita y la criada se vistan de luto—ofreció el sacerdote.

—¿Por qué de negro? Mi abuela va de blanco—respondió Simona.

A la puerta de la casa estaba el carricoche de don Arcadio.

—Aguarda aquí hasta que volvamos—dijo el doctor al mozallón que sostenía el caballo de la rienda.

Llegó un aldeano ijadeante, la montera al sobaco:

—Señor doctor, la mi Felisa está con los dolores de madre, pa soltar la creatura en un istante.

—Dile que no la suelte hasta eso de las tres de la tarde, que yo podré ir.

—¿Y si la suelta deseguida?

—Señal que no le hago falta.

Echó a andar el humilde entierro; cuatro hombres, con el ataúd a cuestas; el cura y el acólito; la nieta, de blanco; Conchona, de mil colorines, y don Arcadio, con su capote color mostaza y su sombrilla verde abierta. Detrás, *Cerezo*, cabizbajo, el rabo entre piernas. Iban por las callejas rústicas, orilladas de florecidas zarzamoras y de laureles espontáneos. Sonaba a distancia un coro de

canteros y el ritmo del martillo sobre el cortafríos que pule la piedra.

En el cementerio de Pendueles no había sino un panteón, el de la familia de los Cerdeño. Era una construcción adusta, de granito negruzco, estilo oriental, semejante a la entrada de los hipogeos. No tenía puerta; una verja de hierro, entre dos columnas chatas. Descendíase hasta la cripta; en la cabecera un altar; en las paredes, nichos con inscripciones. Dentro, oíase el murmurio del mar, como si llegase rodando por subterráneas galerías. Depositaron a doña Rosita en las losas del suelo, al pie del altar. Simona quería quedar allí, velando a la abuela, hasta que la encerrasen en el nicho. Don Arcadio se opuso.

De regreso a la finca, hallaron al usurero, con unos escribientes, instalados en la casa y tomando nota de todo. El usurero intentaba registrar el baúl de Simona y el cofre de Conchona antes que los sacasen. Terció el doctor.

—Comprenderá que está bien garantizada la honradez de esta mujer, después de lo que ha hecho por evitar que el resto de la servidumbre le robase a usted; cosa que, en último término, a ella no le importaba un pito, y yo dudo si alabárselo. Pero usted debía manifestarle su agradecimiento con un regalo de valor. A mí se me da un

ardite que el mundo sea honrado o deje de serlo; lo que me preocupa es que el mundo esté gordo, alegre y sano. Por mi parte, en cuanto a eso de honradez y pillería, soy de opinión que la pillería debiera estar mejor dosificada, y el gran exceso de ella que unos pocos acaparan repartirlo entre la mayor parte de los hombres, infelices que pecan por no saber ser pillos a tiempo. Pero a ustedes los prestamistas, los banqueros, los ricos, los hombres de ley y de orden, les conviene, siquiera sea por instinto de conservación, que no acabe la casta de personas honradas, para lo cual no es suficiente, como ustedes se figuran, castigar duramente al pillaje inofensivo y proteger jurídicamente el pillaje de alto bordo: es preciso, sobre todo, recompensar de veras a quienes acrediten honradez.

—Ni más ni menos. Eso es la Biblia, y a ese capítulo me atengo, sin olvidar el mañana, por lo que pudiera ocurrir, que hay más días que longanizas. A esta criada pienso regalarle dos metros de percal, para una chambra—dijo el usurero, carraspeando antes de emitir cada sentencia.

«Infeliz—pensó el viejo doctor—, me compadezco de tus prevenciones para el mañana y de tus longanizas. Estás tísico pasado.»

—El percal de la chambra puede usarlo para moqueros, que buena falta le hacen, con ese ca-

tarro—acudió la Conchona—. Lo que hice, no lo hice por usté, que malos diaños lo arrastren; hícelo porque esta casa es de la señorita, y, si hay justicia cabal, a la señorita retornará.

—No lo has de ver tú, lagarta.

Amarraron el equipaje a la trasera del carricoche, y luego montaron Simona, Conchona y el doctor, que tomó las riendas. A la zaga seguía *Cerezo*, con trote borriquil. En mitad del campo, el doctor detuvo al caballo, y dijo:

—Ahora, debemos decidir adónde vamos.

—A buscar a Urbano—respondió Simona.

—Larga jornada para mi rocín menguado—objetó el doctor.

—El señorito Urbano vendrá él mismo y apriesa. Pásmome que no estén ya aquí; él y el señorín. Como no se haya puesto peor el su padre. No se apene, reina mía, que pronto estaremos todos juntos—dijo Conchona.

—Pues entonces llévenme a que tome la diligencia para Pilares. Iré sola. No tengo miedo. Con Urbano quiero estar. Nada más que él me queda.

—Y su mamá, señorita—corrigió el doctor.

—Es verdad, me olvidaba. Estoy como tonta. Tengan compasión de mí.

—Demos tiempo al tiempo—añadió el doctor—. Ustedes se vienen por lo pronto a mi casa. Allí se

instalan; allí tomarán algún alimento; allí se reposan. Mañana, Dios dirá.

—O a mi casa—sugirió, emocionada, Conchona—. Casina aldeana; probeza y limpieza; lujos, quien los diera; borona y leche a fartar; y pote abundante, con fabes y morciella. Diez sobrininos tengo, de una hermana que llevóse Dios, todos de color maíz, alegres como jilgueros, el mayor de diez años; padre, madre y güela. Si la señorita nos honrase, recibiríamosla como la emperatriz de los cielos.

—Simona decidirá—concluyó el doctor.

Simona callaba. Prosiguió don Arcadio.

—Como viejo, escarmentado de tretas y dobleces, leo mejor en el silencio que en las palabras engañosas. Ea, a casa de Conchona. Arre, *Carlos quinto.*—El médico había impuesto este nombre a su rocín porque, a causa de la mandíbula prognata y floja, le hallaba gran parecido con el emperador y toda su real descendencia. Continuó:

—No me ofende su elección, Simona. Juzgo natural que a la covacha de un buho cargado de años prefiera usted un nido lleno con la alegría de los pájaros nuevos. Arre, arre, *Carlos quinto.*

—Pero tendrá usted que escribir a Urbano en seguida, diciéndole dónde estoy. Que corra a buscarme.

La familia de Conchona acogió a la señorita con receloso respeto. Los chiquillos, el dedo en la nariz, haciendo corro a distancia, miraban atónitos a Simona y al perrazo. Todos tenían pupilas claras y vírgenes, de animalejos montaraces.

Se le ofreció a Simona el único aposento de la casa, en donde había dos lechos. Conchona durmió por tierra en el destartalado cobertizo, a teja vana, que era propiamente corazón y estómago de la vivienda—hogar, cocina, comedor, estancia—, medianero entre la habitación de las dos camas y el establo del ganado; dividido de entrambos por unos como valladares de tablones sin desbastar, a través de cuyas rendijas penetraba a veces el aliento nuboso de una vaca matrona y el vagido tierno de un recental. El resto de la familia durmió, como de costumbre, en el hórreo, promiscuamente, sin desvestir, sobre jergones de hoja de maíz.

A Simona le interesaba y atraía todo aquello, por su novedad pintoresca. Se hundía en el gárrulo jergón, como si por juego se revolcase en el suelo de un bosque otoñal, amontonado de seca hojarasca. Al menor movimiento, levantábase del jergón un gran murmullo, como del viento que arrastra hojas muertas. Oía a Conchona roncar en la cocina, a las vacas rumiar en el establo, a los

cerdos gruñir con flema en el cubil; fuera, el canto aflautado de los sapos, y el de los grillos, como un menudo y tímido cascabel. Los pájaros la despertaron de madrugada. En las cerradas maderas del ventanuco los nudos de pino brillaban redondos y purpúreos como cerezas mojadas.

Durante el día, Simona estableció amiganza con los usos y personas de la casa, señaladamente con la tropa menuda.

Bajo el hórreo, la madre de Conchona hilaba la estopa en la arcaica rueca de rueda. A Simona, aquel artefacto sencillo e ingenioso y aquella industria venerable e inmemorial le parecieron un juguete. Ensayó, por pasatiempo, a girar el huso y a hilar la hebra. Luego hizo que le mostrasen los lienzos que con aquellas madejas tejían. Sacáronle unos rollos de hilo robusto y moreno, obrado en telares de mano. A Simona se le figuró que la tela tenía color de pan de centeno y que también olía a pan caliente. Preguntó en qué empleaban aquel lienzo. Respondiéronle que en camisas de vestir y para sábanas de lujo. Simona extrañó que resistiesen sobre la piel tanta aspereza. Replicáronle que ella había dormido la noche anterior entre aquellas sábanas, y Simona, que no recordaba sino la sensación de una grata frescura, no lo quería creer.

Los chiquillos agasajaron a Simona con higos de San Juan, cogidos de la misma higuera, húmedos todavía de rocío.

La comida del mediodía—el pote aldeano y la borona migada en leche tibia—le supo a gloria, después de dos días sin apenas probar bocado.

Todo, en torno de Simona, la excitaba saludablemente a salir de sí misma, como en una admonición a la paz del alma y al olvido. Pero Simona estaba triste y desolada. Conchona y los chiquillos procuraban distraerla. Simona, de tiempo en tiempo, decía:

—Falín, Xuanín, Xuaco; del lado de allá de la quintana, subid al otero y desde el árbol más alto, mirad si a lo lejos viene un coche, o un caballero en su caballo, o siquiera un mozo andarín.

—Si no vienen, vendrán—pronosticaba Conchona—. No se atormente, reina mía. Vendrán, el señorito Urbano y el señorín. No desconfíe. La mujer desconfiada no es mujer ni es nada. Acuérdese que el día de la boda, el señorito desapareció, como perdido. Todo el día siguiente estuvo usté esperándole en la torre; desesperaba ya, y el señorito volvió.

—No desesperaba entonces. Mi abuela me había dicho que Urbano volvería. Ahora desespero. Mi abuela, antes de morir, nos dijo, a Urbano y a

mí, que alguien, no sé quién, nos iba a separar el uno del otro, por mucho tiempo, mucho tiempo.

—¿Eso dijo?

—Eso dijo; aún me resuenan en los oídos algunas de sus palabras; sólo algunas palabras sueltas; varias de ellas sin sentido.

—Santina de Dios; bien se comprende que deliriaba.

—No, no deliraba. Yo soy la que a veces comienzo a delirar. Verás. Mi abuela hablaba, hablaba. Yo estaba en el suelo al pie de ella, llena de susto. Oía a la abuela, pero su voz era sólo un ruido. No podía descifrar una sola palabra de lo que oía. Y sin embargo, me daba cuenta de que sus palabras iban llenándome, y quedaban dentro de mí, encerradas, como dormidas y a obscuras. Luego, todo lo que pasaba fuera de mí me oprimía, me apretaba; y las palabras de mi abuela, y las otras que todos llevamos dentro del pecho y la cabeza, para saber lo que sentimos y pensamos, cada vez se obscurecían más y se confundían, amontonadas con fuerza unas con otras. No podía discurrir. De tan llena, estaba como hueca. Aquí, en tu casa, dejé de notar la opresión de afuera. Al contrario. Es como si me agrietase poco a poco. Aquellas palabras de mi abuela, metidas en lo más profundo y callado de mi alma, salen

ahora por las grietas, de aquí y de allá, en hileras que se juntan y se separan, como hormiguitas. Casi me marean. No sé si deliro. Son frases sueltas. Cada una por sí dice algo; juntas, no acierto a darles sentido. Sólo sé que mi abuela predijo la separación de Urbano y mía. Y mi abuela no se podía equivocar, porque veía ya las cosas desde el otro mundo, como los espíritus que están en el cielo.

—Aprensiones de la debilidad; todo eso piénsalo porque está floja, del poco comer, del no dormir y de los terrores. Entodavía tiémblanle un poquitín las manos. No sea aprensiva, reina; la persona aprensiva no vive ni deja que otro viva.

—No vivo, no. Y más me angustio porque no sé el motivo. Lo olvidé. Se me olvidó al ver muerta a la abuela. Era una cosa que yo llevaba dentro; aun me queda el recuerdo de una carga dulcísima. ¿Qué era, Dios mío, qué era? De pronto, se evaporó aquel peso gustoso; convirtióse en un vacío amargo...

—Coral de los mares, aljófar de Oriente, canela de las Indias, reina mía; muchas desgracias le afligen, mucho perdió, pero entodavía goza la ventura mayor y le queda entodavía lo que más vale en la tierra: un marido enamorado.

—Y ausente.

Al recobrarse del gran dolor pasado, inconsciente en su violencia, germinaba en Simona una nueva conciencia, dolorosa y resignada, de la vida. Era como si le hubiesen permutado su personalidad. Aquella niña de tres días antes, inocente, ignorante y confiada, se había trocado en una mujer triste, pusilánime, trabajada interiormente por un remordimiento insidioso. «No sé de qué acusarme—pensaba—; pero, sin duda, he pecado. Las desgracias no se obran de casualidad: son castigos que Dios envía. He sido mala hija, mala nieta, mala esposa, sin saberlo. Si no, mi abuela viviría, mi madre hubiera acudido en las horas horribles, Urbano no me habría abandonado.» Aquella noche no podía dormir. Le lastimaban la reciedumbre y tosquedad de las sábanas. Después soñó que la llevaban a enterrar en un saco, hecho con cortezas de árbol.

A la mañana siguiente, estaba Conchona fuera de la quintana, desgranando mazorcas de maíz para las gallinas, cuando, al extremo de la pomarada, surgió don Cástulo, el sombrero en una mano, la cabeza abrasada de sol y chorreando de sudor, el cuello de la camisa desabotonado. Conchona se lanzó a estrecharle entre sus brazos fornidos y cubrirle de besos.

—Un cangilón de agua; una ferrada de agua,

por favor—suspiraba don Cástulo, desfalleciendo sobre el seno opíparo de su amada.

—¿Agua? No lo permitirá Dios del cielo: pa que atrape un dolor de costao y me lo lleve la trampa... Si ya decía yo que tenía que volver el mi señorín, y bien aina. Ahora que caigo, ¿y el señorito Urbano?

—Déjame que tome aliento. Tenemos que hablar, antes que Simona me vea.

Sentáronse en la hierba, a la sombra de un manzano. Don Cástulo abría la boca, para respirar; iniciaba su narración, en una carrerilla de vocablos; volvía a quedarse sin aliento. Las gallinas subíanse hasta el enfaldo de Conchona, a picotear las mazorcas. Don Cástulo, en veces, fué completando la narración. Había llegado la víspera, en la diligencia de la noche. Ya de mañana, fué a casa del viejo doctor, calculando perspicazmente que nadie como él le pondría al tanto del paradero de su prometida y de Simona. Luego, preguntando a unos y a otros, extraviándose, volviendo acaso al mismo lugar y, desandando tal vez lo andado, derritiéndosele los sesos bajo el sol, allí estaba por fin, a la vera de su adorada Conchita.

—Muy guapamente—interrumpió Conchona—. Pero ¿y el señorito Urbano? A mí impórtame más que nada la vuelta del señorito Urbano.

—Ingratitud, tienes género femenino—exclamó don Cástulo, chancero.

—Impórtame por gratitud hacia los mis señores. Si el señorito no vuelve, la señorita muéresenos.

Don Cástulo explanó ante su novia la situación presente de los amores de Urbano y Simona. La madre de Simona se había quedado sin un real; los padres de Urbano, ídem. ¿De qué iban a vivir los recién casados? Conchona destruía todas las objeciones, apoyándose en una razón suprema: «Ellos quiérense.»

—Si no tienen para vivir, que trabaje el señorito—decía Conchona.

—Tiene que aprender a trabajar, que es largo aprendizaje.

—Pues que coman pan y cebolla, o que vivan de la caridad. Tampoco nosotros tenemos un ochavín.

—En eso te equivocas. Yo tengo unas pesetillas.

—¿Como cuánto?

—Por los cuarenta mil reales.

—¡Joasús, Joasús, Joasús! Eso es un fortunón. Ocúrreseme una idea. ¿Por qué no damos esos cuartos al señorito Urbano y a la señorita Simona? Y todo arreglao.

Don Cástulo, perplejo ante esta proposición des-

concertante, no atinó a encarecer el rasgo de Conchona. No era cuestión solamente de dinero. La madre de Urbano, una señora que siempre se salía con la suya, estaba ahora resuelta en deshacer el matrimonio. Conchona se escandalizó. Nunca tal había oído, que los casados pudieran descasarse. Don Cástulo indicó que aquellos dos estaban casados, pero que, en puridad, todavía no se habían casado del todo. A pesar de los púdicos circunloquios del narrador, Conchona adivinó. No quería dar crédito a don Cástulo. ¡Por las ánimas del Purgatorio; si habían llevado ocho días viviendo juntos!... Don Cástulo contestó que habían vivido como niños, porque eran inocentes y no sabían. Conchona no se entregaba; eso, hasta los animales lo saben, que también son inocentes. Don Cástulo redargüía que los animales saben nadar, y los hombres no, si no les enseñan. De todas suertes—concluía Conchona—, un cura los casó, y casados estaban. ¿Quién los descasaría? La Santa Madre Iglesia no iba a permitir tamaña infamia.

—Lo que un presbítero hace lo deshace el obispo; lo que hace un obispo lo deshace el papa. No digo que siempre, pero con harta frecuencia. Desconfía de los curas, Conchita, vayan vestidos de negro, de morado, de rojo o de blanco.

—Pero, ¿van vestidos de esos colores los curas?

—Los curas mandones, sí. Curas, al fin y a la postre. Te alecciono, Conchita: desconfía de los curas. Un cura es un vencido en la vida, un hombre malogrado; por donde, a pesar suyo, aborrecen, porque lo envidian, todo lo que es amor y felicidad. El pobre aborrece al rico, el tonto al inteligente, el ignorante al sabio, el feo al guapo, el enfermo al robusto, el eunuco al semental, el cura al hombre. ¿Por qué el cura aborrece al hombre? Por lo mismo que el pobre al rico, el feo al guapo, el doliente al sano; porque otros poseen lo que ellos aman y no pueden poseer. El cura ama a la mujer, y por eso aborrece al hombre. Ni confesar te consentiré, para ponerte y ponerme a salvo de los clérigos. Por la confesión, el cura se convierte en esposo espiritual de la mujer. *Cocuage mistique*, como si dijéramos cornudismo místico, llama un autor francés a la confesión. *Hoc est magnum sacramentum*. Pido a Dios, Conchita, que nunca llegues a vulcanizarme con un cura.

Don Cástulo se sentía terrible, diciendo estas cosas, y consideraba que a su novia le producirían la admiración que él más ambicionaba: la admiración escandalosa. Como así fué. Conchona, que veía en los inmigrantes de América, en los indianos, el arquetipo de la superioridad señoril, había

observado que no entraban en la iglesia y que alardeaban de impiedad. Desde el principio, se enamoró de don Cástulo por su semejanza externa—a lo que ella juzgaba—con los indianos. Este último toque de parecido, de casi identidad, la colmaba de orgullo.

—¡Virgen del Rosario! ¡Qué blasfemia! Va a condenarse. ¡Ay! Tengo que convertirlo, pa que no estemos separaos en el otro barrio—decía Conchona, sobresaltada y satisfecha.

—Me convertirás en lo que quieras, amor mío, *Parthenis*, virgencita mía; me convertirás en cerdo, si te lo propones, como la encantadora Kirke a los compañeros de Odysseus—exclamó don Cástulo, en un arrebato de sentimentalidad, estampando en el carrillo de Conchona un ósculo que espantó a las gallinas. Murmuró suplicante: —¿Cuándo me vas a tratar de tú?

—Desque nos casemos. Entodavía no me atrevo.

—¡Angel de pudicicia!

Ahora tomó Conchona la palabra, y narró, con sobriedad calificada de sublime por don Cástulo, su entereza y determinación en aquella lúgubre noche de la muerte de doña Rosita. Don Cástulo, enterneciéndose, hizo el panegírico póstumo de la muerta. Concluyó:

—En solos siete días habíamos llegado a cono-

cernos y estimarnos con amistad como siempre. Eramos dos almas mellizas; peregrina rareza en este valle de discordia. Dos cuerpos distintos y un solo pensamiento, como esas cerillas que casualmente salen pegadas por la cabeza. Parecíame que ella discurría con mi fósforo y yo con el de ella; tal era la unanimidad de nuestros juicios.

Don Cástulo comunicó a Conchona que doña Rosita, la propia mañana del ataque, le había prometido ser madrina de boda. Conchona rompió en un llanto convulso, que le agitaba borrascosamente la superficie del oceánico seno, con no floja curiosidad e inquietud de don Cástulo. Cuando se serenó, don Cástulo dijo:

—Se hace tarde. Hay que darse prisa. Dos negocios, de la mayor gravedad, he de ultimar lo más pronto. Preparar a Simona gradualmente. Pedirte a tus padres.

Conchona no entendió qué era aquello de pedir algo a sus padres. Que no les pidiese nada, porque nada tenían; y aun cuando lo tuviesen, no lo darían. Era pedirla en matrimonio, pedir el consentimiento paterno, elucidó don Cástulo. Esto lo entendía menos Conchona. Ella era quien tenía que consentir, y ya había consentido. Por lo demás, los padres tan contentos, aunque casase con un aldeano; una boca de menos; casándose con

un señor, ¿qué iban ellos a responder sino que bueno y bendito sea Dios? Aun así y todo, don Cástulo no quería omitir aquella solemnidad ceremoniosa.

En cuanto a preparar a Simona, Conchona, «aunque se tenía por una burra», expuso su parecer de hablar claro a la niña.

—Un poquitín de lloro, ¡porque a las mujeres alívianos tanto el llorar!..., y luego que se hunda el mundo, no por eso nos arredramos—decía Conchona. Añadió, mirando maliciosamente a don Cástulo: —Las mujeres somos más valientes que ustedes.

Don Cástulo percibió la alusión. En los amores con la Conchona, ella era la que había ejecutado todos los avances, con singular osadía y tanto tino que el pudor no padeció menoscabo. Replicó don Cástulo, ruboroso:

—¿Más valientes? En amor sí. Digo, digo: ni en amor siquiera. ¿Eres tú valiente?

—Eso sábelo usté.

—Vaya; tan valiente como eres, ¿a que no te atreves?...

—¿A qué?

—A tratarme de tú.

—Porque el respeto es tan grande como el amor. Aguarde que nos casemos. Entóncenes quizá que

le trate de tú, y aun daréle azotes, no como a las personas grandes, como a los neños, jugando.

A don Cástulo volvía a acometerle el acceso sentimental:

—Déjame que bese estas manos de lirio, estas manos que me van a azotar; cuando me azoten me moriré de gusto—y besó, con golosina, aquellas dos manos honestas y hacendosas; por otra parte, carnosas y sanguíneas como dos solomillos.

Encargóse Conchona de hablar con la señorita. Con todo su coraje, se le cortaba la voz. Simona no le dejó concluir.

—No son menester tus bondadosos oficios, Conchona. Anoche he pensado mucho; y no he pensado con mis palabras, las que cada cual lleva dentro, sino con las palabras que mi abuela me introdujo en el alma antes de morir. Todas aquellas palabras apelmazadas y obscuras se han ido soltando, desparramando, aireando. Y la voz de mi abuela se hacía oír en mi corazón. Dijo: «Creí dejaros ricos; nada os dejo en bienes materiales. Mis palabras sean mi herencia. Es preciso que tú, Simona, no te anonades en la adversidad. Os desgarrarán el uno del otro, como el leñador corta un arbusto y lo reparte en dos haces de leña. Apartados, pensad que un día arderéis en la misma hoguera.» Nada más quiero saber. Quién sea el

leñador no me importa. Si lo supiese, acaso no le querría bien, y no se debe querer mal a nadie. Esperaré, esperaré, con esperanza de certidumbre, el día en que brille la hoguera. No me anonado en la adversidad. Digo: estar lejos de Urbano, sabiendo que nos hemos de juntar, es un dolor, pero es un dolor gustoso, porque así mereceré mejor su amor. Yo no llamaría a esto adversidad. Y mi abuela anunció la adversidad. Venga. Estoy preparada. Dijo también la abuela: «Aunque Urbano tarde días, semanas, meses, no te impacientes. Es tu esclavo, es tu dueño, es tu fiel. Tú eres su dueña, su esclava, su diosa. Nadie romperá su esclavitud; nadie destruirá su señorío; nada enfriará su adoración.» Ya ves si puedo estar confiada y tranquila. Además, hay otra cosa, una cosa divina, que me infunde valor sobrehumano. Ayer se me había olvidado, y esto me causaba un vacío angustioso. Ya te hablé. Pero ha vuelto otra vez, inundándome de emoción. Te lo diré al oído. Voy a tener un hijo...

—¡¡Un hijo!!... No fastidie.

A Conchona, en el colmo de la sorpresa, no se le ocurrió sino esta expresión vernácula y nada poética, aunque quizá sí elocuente.

—Acabando de casarnos—prosiguió Simona, con seriedad candorosa—, según íbamos en la di-

ligencia, se me apareció el arcángel, y yo, al instante, sentí el niño en mi garganta. ¡Oh Conchona; el alma se me derretía!

—¡Joasús glorioso! Entóncenes fué como con la Santísima Virgen María...

—Claro, mujer; y como con todas las demás mujeres. Tú eres soltera y no puedes adivinar lo que esto es.

—¡Ay, mi neñina, blanca como leche y nieve y armiño!—suspiró Conchona, abrazando y besando a Simona, a tiempo que pensaba: «Tiene razón el mi señorín. Qué inocencia. Oigola y no me convenzo.»

Otra noticia le quedaba a Conchona por comunicar a la señorita, y aquí le flaqueaba más el valor acreditado: la noticia de su boda. No siendo muy ducha en parlerías sutiles, decidió disparar la nueva de sopetón: «como quien tira una piedra a un gato», pensó ella en su interior. El gato era su propia timidez, que deseaba ahuyentar. Dijo, inflando los carrillos:

—Soltera soy; pronto dejaré de serlo. Cásome. Doña Rosita estaba en ser la madrina.

—Yo lo seré, Conchona, si me lo permites.

—¿Permitir? ¿Preguntáme si permitiré que el sol luzca en la mi boda?

—Nada tengo que regalarte, como no sea una

de las joyas antiguas que me dejó la abuela. Su voluntad era que yo las conservase; pero los anillos son muchos para mí. Uno puedo darte.

Conchona rehusaba. Simona insistía.

—Allá veremos—concluyó la sirvienta, retirándose de la quintana.

—Oye. No me has dicho quién es el novio.

Conchona ya estaba fuera de la portilla. Sin volver la cabeza, gritó:

—Don Cástulo—y salió corriendo, como perseguida, entre los pomares.

Simona no supo si aquello era una respuesta o que Conchona llamaba al preceptor. Sin duda era lo último. ¿Cómo iba a ser lo otro? Absurdo.

Presentáronse don Cástulo y Conchona. Después de una breve escena, de condolencia y ternura, con Simona, don Cástulo, que se sentía cohibido ante la niña, «inició sus relaciones, tan apetecidas, con la familia de Conchona y con la humilde casería donde su amada había visto la luz y crecido hasta alcanzar la presente sazón de fruto suculento y sin sofisticaciones». Esto fué lo que don Cástulo decía por lo bajo a Conchona. Y examinándolo todo, exclamaba en voz alta y emotiva:

—¡Eglógico! ¡Encantador! Uno se imagina transportado a las edades de la poesía auténtica. El numen me acude por sacudidas y me agita, como

Apolo a sus predilectos. ¡Oh Juan Jacobo; acato tu salvadora admonición: volveré a la naturaleza!

Al ver a la madre de Conchona en la rueca, sacó a relucir los gineceos y la esposa helénica, modelo de esposas, tejiendo en la sombra, con gesto pensativo, la blanca lana, para el esposo y la prole.

Cuando Conchona le mostró los diez huérfanos de su hermana, don Cástulo comentó:

—El nunca en vano frecuentado lecho de los pobres, como dijo el poeta.

Todos le escuchaban boquiabiertos. Conchona rezumaba orgullo.

Aunque don Cástulo se industriaba, con observaciones eruditas y filosóficas, en aplazarlo, llegó el trance de la petición de mano. Dirigiéndose a la abuela y a los padres de Conchona, dijo, en tono declamatorio:

—Venerable anciana, bienquista de los dioses, quienes te han gratificado con la dicha de conservarte en la posesión del amable cuerpo mortal hasta la plenitud de tus días y verte florecer y reflorecer por tres veces en tres generaciones rubicundas y joviales; laborioso padre y madre virtuosa, una vez, otra vez, y otra vez todavía, felices, puesto que habéis engendrado la doncella más hermosa y mejor adornada de dones cordiales y de ingenio, delicia de vuestros ojos y de todo el

que la mira. ¿Qué hombre hay digno de apropiarse este tesoro, abrazándose con él en los suaves delirios del sacrosanto Himeneo? Ninguno. Sin embargo, su misericordia y generosidad, que no mis méritos, me han diputado a mí, el más cuitado, para que la conduzca al ara de las nupcias como legítimo esposo y señor, lo cual no haré si antes no me otorgáis el beneplácito indispensable como procreantes que sois.

Al concluir, don Cástulo se dobló por la cintura, en una reverencia ritual. Los monólogos interiores de don Cástulo eran siempre en este estilo frondoso y altisonante, así como su lenguaje articulado era muchas veces desmedrado y premioso. Siempre se aturdía delante de gente. Nunca pudo concluir unas oposiciones, porque le daban soponcios. Sólo con doña Rosita, en las charlas íntimas de la mañana, había comenzado a sentirse facundo y diserto. (Facundo y diserto eran los vocablos que él empleaba mentalmente, analizando este fenómeno.) ¡Oh, si él pudiera hablar en voz alta como hablaba por lo inaudible, en el hermético retrete de su cráneo! A tales fechas sería ya catedrático, rector de Universidad, ministro, archipámpano, ¡funesto destino el de los mortales! Las más generosas facultades ingénitas llevan al nacer aparejado un freno que las entorpece o las destruye.

El, un gran orador silencioso, carecía de osadía para producirse en público. Por el contrario, los osados de lengua carecen de Minerva y hasta de sentido común, como acontece con casi todos los oradores. Pero ahora, ante los progenitores de su prometida, explayábase en un raudal de miel, semejante a la elocuencia que se atribuye a Platón. ¿Por qué? Porque tenía allí un auditorio adecuado. Este auditorio lo componía una sola persona: su novia. Mirándola de reojo, había observado que Conchona se desvanecía de entusiasmo y admiración.

Todas estas cosas, y muchas más, pensaba vertiginosamente don Cástulo, doblado por la cintura, aguardando la respuesta de los aldeanos. Estirábase la espera. La abuela y los padres de Conchona no podían responder, porque no habían entendido una palabra. Al cabo, Conchona, que tampoco entendía, pero presentía, aclaró la situación:

—Quier decise, hablando en cristiano, que el señorín cásase conmigo.

Hubo un silencio de estupor. El padre de Conchona, aldeano cazurro, imaginó que si el señorito quería casarse con una criada de servir era con su cuenta y razón; algo tramaba. Así porque sí, desinteresadamente, el asunto no se le aparecía muy diáfano. Arañando la tierra con una vara de avellano, abatida y recelosa la testa, rezongó:

—Adviértole que aquí no hay de qué. Ni el mordisquín de una uña podemos dar a la moza. La casería tenémosla en arriendo; con mucho trabajo, sacamos pa comer.

Don Cástulo, enarcando las cejas en una sonrisa de conmiseración y superioridad, replicó:

—¡Por Dios! Me ofende, señor Bernardo. Yo quiero a Conchita desnuda. Bueno; es un decir. He querido dar a entender, que cuando tome a Conchita para mí la tomaré desnuda, como la parió su virtuosa madre. Tampoco me he explicado. Digo, que ni las ropas que lleva encima las aceptaré como dádiva. Saldrá de esta casa, si sale, con los vestidos que yo le compre.

—¿Dice el señor que si sale? El casado casa quiere. Si Concha se casa, figúraseme que saldrá de esta casa pa la suya—dijo el señor Bernardo.

—Pues aquí viene lo bueno—don Cástulo inició una sonrisa enigmática—. Tengo un dinerillo; por los cuarenta mil reales. Este dinero lo pondré en sus manos, señor Bernardo, para que juntos emprendamos alguna industria agrícola. Dedúcese que Conchita y yo nos quedaremos a vivir con ustedes. Ya les he dicho que quiero seguir el consejo de Juan Jacobo: volvamos a la naturaleza.

—¿Tiene usted algo que decir, padre? Porque

si no, ahora me toca a mí declarar mi voluntad—atajó Conchona.

—Dos hombres en una casa, como no sean padre e hijo, y aun así y todo, no ayuntan bien—dijo el aldeano, rayando la tierra—. Cada uno tira por su lado. Entrambos quieren mandar. ¿Quién mandaría aquí? Uno probe, otro con cuartos, átame la conclusión...

—Ea, llegóme la vez—interrumpió Conchona—. Nosotros casámonos; y desque nos casemos, padre, no tema, que no le hemos de estorbar. Usté seguirá tan señor de su casa como el rey en sus palacios. El pelo no nos ha de ver, sino en visita. Iremos a la ciudad. Lo que hemos de hacer con el dinero de mi marido ya lo tengo dispuesto, hasta el maravedí, pa ganar cada vez mucho más. Y ahora, todos debíamos estar contentos como unas pascuas, si no fuera maldad; que la señorita Simona está triste. Vamos a comer; con las glorias vánsenos las memorias.

Penetraron todos en la cocina labriega. Sentáronse en torno al lar. Conchona distribuía la comida y don Cástulo contemplaba hechizado su manejo garboso. Rodeáronla los chiquillos, en tanto—ella en pie—cortaba rebanadas en la borona, de dorada miga y corteza rocosa.

—¡Qué cuadro de belleza inefable! Se me saltan

las lágrimas—suspiró don Cástulo, con el cuenco leno de pote, entre las rodillas, una cuchara de boj en la diestra.

—¿Lágrimes? Es el humo de las árgomas—rectificó Conchona, riéndose.

—Es la emoción, Conchita—insistió don Cástulo—. Representas la efigie de la perfecta maternidad. El humo azul y plateado del hogar te circunda como una aureola. Se apoderan de mí ideas patriarcales. Me figuro que esos diez tiernos infantes son nuestros hijos. ¿Cuándo llegará el caso?

—Eso de usté depende. Sóbrame enjundia con que criar diez y también veinte, si usté tiene empuje pa tanto.

—Salgo fiador de tus aptitudes. Serás madre de una raza magnífica. Y yo le transmitiré mi espíritu.

—Deje ya ese cantar y coma el pote. Mal año pal diaño si en cuanto que nos casemos no le hago engordar.

Después de comer, don Cástulo preguntó a su prometida en qué había dispuesto emplear el peculio matrimonial. Conchona desarrolló su propósito. Lo mejor era fundar en Pilares una Academia de preparación para el Instituto y la Universidad: una Academia con internos. De la administración se encargaba ella. Don Cástulo sería el director y

buscaría otros profesores y pasantes, entre ellos Urbano, al cual se le debía dar el mejor sueldo. Había que poner a la Academia un nombre muy bonito y muy raro; cuanto más raro mejor. Don Cástulo estaba estupefacto.

—Pero a ti ¿quién te ha informado de todas esas zarandajas de Academias, Institutos y Universidades?

—Lo que le digo es que una Academia sería para ganar cuartos a montones; para barrer centenes. Juro que no sé lo que son centenes; pero así se explicaba el señor Noriega, y no se me olvidó.

—Centenes son monedas de oro. ¿Quién es el señor Noriega?

Conchona despejó aquella curiosísima incógnita. Antes que con doña Rosita, había servido Conchona en casa de un indiano rico, apellidado Noriega, el cual tenía dos hijos, uno que estudiaba en el Instituto y otro en la Universidad, por libres, precisamente porque el padre no quería que anduviesen libres.

—Esto, como lo de los centenes—decía Conchona—, nunca se me logró entenderlo; pero bien lo recuerdo, que el padre los tenía estudiando libres porque no le gustaba que estuvieran libres. El intríngulis usté me lo desatará.

—Sí que lo haré. Ahora, prosigue.

Con frecuencia, el señor Noriega lamentaba que no hubiese en la provincia una sola Academia donde los chicos viviesen internos y vigilados, con buenos profesores. Conchona le oía con curiosidad: siempre había sido curiosa de saber y de ilustrarse. Aún conservaba en la memoria las sentencias del indiano: «Este es un país viejo, cansado, sin iniciativas. Tanto letrado de sobra y ni una Academia, que se podría montar con muy poco dinero, y después, a recoger cuartos y barrer centenes.» De suerte que, así que Conchona oyó a don Cástulo lo del pequeño capital, en el mismo punto le saltó en la mollera la idea de la Academia. Don Cástulo recompensó la feliz y promisora ocurrencia de Conchona con un abrazo difuso y varios besos concentrados, sobre los carrillos. Aún no osaba probar el beso *saporito*, en los labios, de que habla Rousseau, porque temía desmayarse de felicidad. Después de la honorífica osculación, don Cástulo indicó que tenían que casarse a paso de carga, a fin de ir instalando juntos la Academia, de manera que pudiera abrirse a principios de curso, en el otoño próximo. Ya le corría a don Cástulo un hormiguillo o comezón conyugal por todo el cuerpo. Se puso en pie (estaban, como por la mañana, sentados en la hierba, bajo un manzano).

—¿Qué va a hacer?—preguntó Conchona.

—Voy derecho a Pilares, a arreglar mis papeles. A ver si la boda puede ser en una semana.

—¿Va a ir andando? Hay nueve leguas...

—Voy a casa de don Arcadio, que me preste el carricoche hasta Regium. Allí tomo la diligencia de la tarde.

—Un poquitín de calma. Conmigo ¿no cuenta?

—¿Contigo?

—¿Si yo no quisiera casarme en una semana?

—¡Conchita!...

—Mientras la señorita Simona esté así, abandonada, yo no me caso.

—¿Y qué inconveniente hay en que nos casemos? La llevamos con nosotros.

—Entóncenes, bueno. Ya puede usté echar palante. No, no. Aguarde. La señorita Simona quedrá escribir al su marido. Usté puede llevar la carta.

En la casa no había papel ni pluma. Don Cástulo tenía lapicero; pero todo el papel que llevaba en el bolsillo consistía en varios pliegos llenos de notas en letra menuda y metidos en un sobre resobado y mugriento. Don Cástulo, con ademán espléndido, se allanó al sacrificio de borrar las notas de uno de los pliegos. No había goma. Simona sugirió la miga de pan, que en las Salesas usaban en

la clase de dibujo, para borrar. No había pan. Intentaron utilizar miga de borona, con resultados desastrosos, pues, si bien desaparecieron las notas, el pliego quedó negro e inservible. Entonces la ingeniosa Conchona, fértil en recursos, indicó que se podía escribir en el revés del sobre. Simona, con pensativa serenidad, trazó unas líneas.

Despidióse don Cástulo. Conchona salió a lo alto de la pomarada, a verle partir. Descendía el sol. Don Cástulo, ya a distancia, volvió la cabeza hacia su amada, la amarilla Conchona que, envuelta en la luz azafranada de la tarde, le pareció una montaña de oro macizo.

La carta de Simona decía:

«Amor mío: Me han alejado de ti, pero no pienses que te quiero menos. No soy una mala mujer. Si estoy separada de mi marido no es por mi voluntad. Sufro mucho, y en el sufrir hallo alegría, pensando en ti. Comprendo que no podrás ser mío, porque antes no había sufrido para merecerte. Ahora ya te merezco. Pido a Dios que me ocurran juntas todas las desgracias que debo padecer antes de conseguirte, todas en un solo minuto; y, en pasando ese minuto, que me abraces y beses. ¡Dios mío, un minuto es una eternidad! Basta un segundo, aunque en ese segundo sea la más desgraciada de las mujeres. La más desgraciada de las mu-

jeres soy, en las eternidades de los minutos, y de las horas y de los días. Tu amor, Urbano mío, es mi consuelo y mi tormento. Quiero consolarme amándote más y mi tormento aumenta. Acuérdate de lo que te dije al oído la última noche. ¿Cuándo volverás a besarme?»

Don Cástulo envió esta carta a Urbano por un propio.

Urbano contestó, por correo:

«Simona de mi corazón: Simona idolatrada, alma mía, vida mía; acabo de leer tus líneas y escribo nerviosamente, como en un frenesí, para que recibas lo más pronto mi respuesta. ¡Si supieras lo que he pasado en estos días!... Todo, todo, todo lo anterior ha dejado de ser. Nuestro matrimonio ha dejado de ser; mejor dicho, no ha sido nunca. No pienses en lo que me dijiste al oído la última noche: es una ilusión. No estamos casados. Ya te lo revelarán a ti también, como a mí me lo han revelado; y te lo mostrarán brutalmente, sin que deje lugar a dudas. ¡Oh, no; jamás, jamás consentiré que tú te veas en esa congoja mortal y mortal vergüenza! Nadie puede revelarte eso sino yo mismo. Sólo de pensar que tú aprendas la verdad de otros labios, quizá de los labios de otro hombre, aunque sea un hombre con faldas, la sangre se me agolpa en la cabeza y me siento asesino. No puedes com-

prenderme; creerás que me he vuelto loco. Lo que te digo—y, si me quieres, tenlo presente siempre como una verdad indestructible, como mi verdad, la verdad de tu Urbano, y que nadie te haga vacilar, ni aun las personas más autorizadas, aunque te afirmen lo contrario—; lo que te digo es que me alegro que no estemos casados; que ahora te quiero más, infinitamente más que nunca; que por eso mismo que te quiero no quiero casarme contigo; que no consentiré que nadie te revele el porqué no estamos casados; y, últimamente, que para evitar esa infamia, hoy mismo, mañana, cuanto antes pueda, te robaré. No tengo dinero. Mi padre no tiene dinero. No sé cómo me lo agenciaré. Lo robo, si es menester. Lo robo y te robo. Iremos por los caminos, huiremos lejos, viviremos de los frutos del campo, pediremos limosna, trabajaré un oficio en una ciudad apartada. Lo que sea. Te robo. Dormiremos en un bosque. A mi lado no tendrás miedo. Allí, ya te contaré... y entenderás lo que ahora no puedes entender en esta carta. Y me darás la razón. Qué ganas tengo de besarte ahora.»

Urbano no supo agenciarse dinero. Transcurrió un día, otro día, muchos días. Y no recibió contestación de Simona. «¿Se habrá ofendido?», cavilaba Urbano. «No sé lo que escribí. Fué un momento de delirio. De seguro le dije alguna mons-

truosidad, que le causó terror y repugnancia hacia mí. Ha dejado de quererme. Estoy certísimo de que ha dejado de quererme. Mejor. Así empezaré desde el principio, como todos los demás hombres; empezaré por enamorarla, y no que antes, desde que teníamos uso de razón, supimos que de mayores nos íbamos (nos iban) a casar y nos encontramos enamorados por decreto familiar. Ahora va de veras. Lo haré yo todo, por mi cuenta.

Finis. Pongo una cruz. Esta cruz está en la tumba del pasado. No hay un ayer. Sólo hay un mañana. Y el mañana se llama, *Simona de carne y hueso*.»

DOS SEMANAS DESPUES de haber escrito la carta a Simona, llamó un pilluelo de calle a la puerta de don Leoncio y dijo que tenía que hablar con el señorito Urbano.

—¿Qué encomienda te trae?—preguntó Urbano.

—Unas personas que desean verle—respondió el mozalbillo.

—¿Qué me importa a mí de nadie ni qué le importa a nadie de mí? ¿Es una o son varias personas? ¿Hombres o mujeres? ¿No te han dicho el nombre?

—A mí dijéronme sólo que le viniera a buscar y encomendáronme mucho, amenazándome con que si no lo hacía dajaban de darme una peseta, que callase si era uno o más, hombres o mujeres. Conque si quiere venga conmigo.

—¿Adónde?

—A la posada del Avilesino.

Urbano salió con el pilluelo, hasta la posada. Subieron; se adentraron por un lóbrego pasadizo. El guía golpeó con el puño una puerta. Sonaron dentro broncos ladridos. Abrieron. Destacó en la cenizosa penumbra la flaca silueta de don Cástulo, quien tomó al visitante de la mano y le introdujo, diciendo:

—Entra, hijo mío muy amado. Este miserable aposento de mesón es el templo suntuoso de Eros inmortal y omnipotente. Te parecerá obscuro, porque la luz que despiden las antorchas del Himeneo es invisible; no la ve sino el que sacrifica en el ara del dios. Te presento a mi esposa Concha Carruégano, unida a mí por la ligadura inconsútil del connubio, desde ayer mañana. Te he llamado, ¡oh discípulo amadísimo!, para que tú, antes que nadie, seas testigo de mi felicidad. Estoy ebrio. Conchita me embriaga. Es un tonel del que fluye inagotable el licor del amor. Esto de tonel no lo digo por su corpulencia, que reputo canon perfecto de la belleza monumental, sino por su copiosa capacidad amorosa. Muy profundamente lamento verte sumido en la tristeza, cuando yo me cierno en las esferas de Afrodita Urania. No desalientes. Aseguro que llegará tu día. Como más viejo, justo es que yo te adelante. Ahora sí que puedo servirte de maestro. De todos modos, Urbano—abrazándole—, perdóname mi felicidad, en gracia a lo mucho que me duele tu infortunio.

Urbano exteriorizó su contento efusivamente. Lo que no perdonaba a don Cástulo era el anterior tapadillo y no haberle invitado a la boda. Don Cástulo se excusó; no había osado aproximarse a casa de don Leoncio por miedo a doña Micaela.

Urbano protestó; su madre estaba tan abatida que no inspiraba miedo, sino piedad y amor. Pero ¿no le decían nada de Simona? Él le había escrito y aún aguardaba la respuesta.

—Cuando le escribí—confesó Urbano—estaba un poco perturbado. Le puse muchas estupideces e impertinencias. Se conoce que se enfadó, y rompió conmigo. Yo me alegro. Como quiera que en rigor de verdad no estábamos casados, principiaré de nuevo. Ella es una extraña y yo un enamorado que se ha propuesto primero ser su novio y luego hacerla suya. Hay tiempo por delante, y todo llega: no hay rienda que pare el tiempo.

Conchona replicó a Urbano que se equivocaba. La señorita no le había escrito porque no había podido. Acabando de recibir y de leer la carta de su marido—que por cierto había besado, llorando y riéndose de contento, mientras la leía—, aparecieron, como dos feos fantasmas, las dos hermanas más viejas del perillán de don Eleuterio Muñiz, el cura que acompañaba a la madre de Simona en sus correrías. (Aquí comentó don Cástulo: «¡Inmundo levita! ¡Execrable presbítero!») Venían con orden escrita de la madre, para llevarse a Simona. ¡Lo que gimió la infeliz! Pero, ¿qué iba a hacer sino seguirlas, como una cordera? Debían de tenerla incomunicada y presa. No había sino ver la

cara de bruja de las dos solteronas. Algo dejaron traslucir de que iban a encerrar a Simona en un convento.

Oyendo esta historia y la muerte de la abuela, Urbano quedó muy perturbado. Por confortarle, a Conchona no se le ocurrió cosa mejor que decir:

—Aquí está *Cerezo*. No aguanté separarme de él. Quería mucho a las señoritas. Es lo único que nos queda de aquellos días en la finca del Collado.

—¡Aquellos días!...—suspiró Urbano, acariciando la cabezota del mastín. El perro le olfateaba las manos, como si todavía percibiese un perfume de su dueña, y luego se las besaba a su modo, lamiéndoselas.

—¡Aquellos días! ¡Ay!—suspiró Conchona, con una especie de suspiro, cuyo monopolio sólo ella disfrutaba, y que era algo así como si se desgarrase el velo del firmamento.

—Imbécil, imbécil de mí, aquellos siete días...—bramó Urbano sordamente, las manos enclavijadas y mesándose el cráneo.

—Vaya, hijo, vaya: serénate—aconsejó don Cástulo, con voz temblorosa, dándole palmaditas en las mejillas—. Nada hay perdido. Bien has dicho antes, y muy filosóficamente: no hay rienda que pare el tiempo. A la hora del triunfo mirarás hacia atrás y te parecerá que no has andado nada o

que has andado demasiado de prisa. Más de cuarenta años de peregrinación hacia mi Conchita he consumido yo. Debiera sentir fatiga, asomos de vejez. Nada de eso. Estoy como un adolescente. Paréceme que me asomo a la vida. Bueno: hablemos de otra cosa.

—Ay, mi señorín—exclamó Conchona—: oyéndole, caéseme la baba.

—Pero, Conchita, ¿cuándo me vas a tratar de tú?

—No me atrevo. Usté es mi Dios.

—Precisamente a Dios todo el mundo le trata de tú.

Confiaron a Urbano el proyecto de la Academia y prometieron hacerle profesor; de gajes, lo que él necesitase. Don Cástulo sugirió a Urbano que viese de pasar las lecciones para los exámenes de septiembre a ciertos muchachos de familia rica, suspensos en los de junio; de esta suerte, se ejercitaba para su magisterio en la Academia y a la vez ganaba algún dinero. Si meditaba reconquistar a Simona, era imprescindible que dispusiese de dinero propio. Urbano asintió a esta idea; buscaría discípulos; rogó a don Cástulo que se los buscase también.

Volviendo a su casa, a lo largo de las calles, se le figuraba a Urbano que el cuerpo le pesaba más a plomo sobre la tierra y que su paso era más fir-

me y varonil. Era que el último reducto del misterio se le había entregado, a su parecer. Pocos días antes, poniendo un *Finis* a su vida previa, había procedido de ligero, puesto que no sabía dónde se hallaba Simona, ni el porqué de su silencio. Ahora sí que se cerraba una etapa de su historia y se iniciaba otra, larga quizás, acaso tediosa, tal vez combativa; pero él iba a ser, y no el designio ajeno, el hacedor de su propia historia. En el atrio del futuro escribía alegremente: *Incipit.* ¡Poco que le envanecería a él escalar un convento y raptar una monja! ¡Qué deliciosa debía de estar Simona de monja! Sólo de pensarlo se le extendió por el rostro una sonrisa beatífica y bobalicona. Pasaban a su lado unas modistillas, que chillaron, entre carcajadas:

—Un señorito que se ríe solo. Está lelo.

A la hora de la cena, Urbano contó a sus padres que don Cástulo se había casado.

—O mi razón comienza a extraviarse o es que el mundo se ha vuelto loco y las leyes naturales no rigen ya—comentó doña Micaela. En otro tiempo sus ojos eran imperativos y hostiles hacia la realidad externa. Recientemente habían cambiado en una expresión de susto, junto con una movilidad de ansia melancólica—. El mundo se desquicia. Todo anda del revés. Me decís que los bueyes

vuelan, que los asnos cantan melodiosamente, que los peces tiran de los carruajes, que el sol se enfría, que el mar hierve, que las montañas son hoyos, que los pozos son torres, que llueve hacia arriba, que la nieve es negra: pues lo creo. Nada me sorprende ya. Pero me decís que Cástulo se casó y con una mozona de servir; por contera mucho más joven que él, y de muchas carnes, él tan alfeñique; él un sabio Merlín, ella una bestia; y esto me resisto a creerlo, excede mi comprensión. Cierto que con toda su sabiduría siempre le tuve por algo idiota, y aun mucho.

—Micaela, eres injusta—dijo don Leoncio, con afectuosidad en el tono—. Yo hallo lógico y loable el matrimonio de don Cástulo, en todos sus detalles. En cuanto a la diferencia de edad, la apruebo. ¿Qué son veinte años de diferencia? Ten en cuenta que son pocos los hombres que a los sesenta no están tan jóvenes como de cuarenta y poquísimas las mujeres que a los cuarenta no están tan viejas como de sesenta. En mi dictamen, la regla para medir la proporción justa entre marido y mujer no debe aplicarse en el momento de concertar el matrimonio, sino por cálculo y mirando a los años futuros, cuantos más mejor; porque el matrimonio no es el hecho de la boda, sino una larga vida en común.

—Te entiendo, Leoncio. Tus palabras me martirizan, pero no puedo por menos de rubricarlas. Tú y yo somos casi de la misma edad. Tú aún estás joven; yo, de pronto, me volveré vieja—dijo doña Micaela, con voz de amargura.

Urbano miró a su madre y observó que las canas de pocos días antes habían desaparecido.

—No me refería a nuestro caso, mujer—rectificó don Leoncio, confuso—. Hay excepciones. Yo hablaba de don Cástulo. Don Cástulo, por la vida que siempre ha hecho, está como un mozalbete; ha conservado su juventud. Además yo soy más viejo que él.

—Qué bueno eres, Leoncio. Te afanas en arreglarlo, para no disgustarme. Dejemos eso de lado. Acepto que no hay desproporción de edad entre Cástulo y esa tía ordinaria que ha tomado por esposa. Pero ¿y la diferencia de educación, de ilustración?

—En ese punto, el tino en elegirla es más notorio Tendrá una mujer ignorante; cierto. ¿Qué cosa mejor? Una mujer que no pretenda saber más que él, que no le enmiende la plana, que le escuche como un oráculo. Una mujer sin educación; sin duda. ¿Qué más puede pedir? Una mujer modesta, sin humos ni ambiciones, fiel, sometida, que él podrá educar como mejor le plazca...

—¡No me reprendas! ¡Por Dios! ¡No me conde-

nes! Lo contrario de ese ideal de esposas que tú pintas he sido yo. Eso quieres decir. Mujer presuntuosa, dominante, ensoberbecida, insoportable. Pero no me condenes tú. Esa mujer ha muerto. Yo misma la he condenado. ¿No ves, Leoncio, que es verdad lo que te digo?

El rostro de doña Micaela así enrojecía como palidecía. La voz se le quebraba. Rompió a llorar desolada.

—Hijita, no te tortures con aprensiones infundadas—balbució don Leoncio, enternecido, levantándose a mimar a doña Micaela—. ¿Me crees tan bárbaro y grosero que te aludiese de esa manera ofensiva?

—No, Leoncio; tú no querías aludirme, ya lo sé. Te entusiasmabas describiendo el modelo de esposas, tal como tú lo imaginas. Tú no pensabas en ofenderme, ni siquiera te acordabas de mí; quiero decir que no pensabas en mí con la cabeza. Pero con el corazón, sin tú quererlo, sin tú saberlo, estabas formando la mujer apetecida (la que tú hubieras querido), como un tipo de mujer en todo contraria a lo que yo he sido para ti.

Don Leoncio quedó un punto sobrecogido, mudo. Pensaba: «Micaela posee el don de adivinar. Penetra no sólo dentro de mis pensamientos, y aun de mis intenciones, sino más profundo, en rendijas

del alma que yo ignoraba hasta que ella me las muestra. Acaso éste es don de todas las mujeres. Mi madre era lo mismo.» Y don Leoncio se sintió empapado en una manera de ternura filial, de admiración y de remordimiento, hacia su esposa. Dijo, abrazándola con dulce violencia:

—No, Micaela, no. Desde que te conocí te quise, te admiré y te puse en una alta cima, sobre todas las mujeres. Eres mi esposa y la madre de mi hijo: esposa abnegada y sin tacha; madre como jamás hubo otra. Nadie te aventaja, ni marido alguno ha sentido por su mujer un cariño tan puro como por ti siento. Debes creerme, porque hablo con el corazón. Lo juro.

Don Leoncio se reconocía perfectamente sincero en sus protestas.

También doña Micaela le reconocía sincero. Pero ella no se daba por satisfecha con aquel cariño tan puro. Esto era lo que al presente la hacía desgraciada. Esto es lo que le hubiera confesado ahora, acercando su cara a la de él, de no estar allí delante Urbano, de estorbo, como un pasmarote. ¡Oh, qué hijo; no había servido para otra cosa que para proporcionarle sinsabores, incluso de pretexto para que algunas veces su padre, inclinándose al lado de él, se enfrentase con ella! Ahora, oyéndole masticar, se ponía nerviosa e irritada.

Por su parte, a Urbano le causaba un halago muy íntimo y algo ambiguo aquellas ternezas y arrumacos de sus padres; una hermosa novedad en el hogar. Con plácida sonrisa, dijo:

—No se quejará usted, mamá.

—¿Quién te da a ti vela en este entierro? Tú tienes la culpa de todo—volvióse a decir doña Micaela, contraída y áspera—. A propósito: pasan los días y ahí te veo, traje de cheviot, botas de treinta reales, estólido y holgazán, comiendo y durmiendo, sin decidirte.

—Mamá, comenzaré a trabajar en seguida. Ya he discurrido una ocupación.

—No hablo de eso. Digo decidirte por la Orden religiosa en que has de profesar. Tú lo dijiste; nadie te forzó; la palabra empeñaste. Un hombre, si es hombre, cumple su palabra. Las gestiones, que tú sabes, no han proseguido contando con tu profesión. Si te vuelves atrás, como una mujerzuela, yo seré quien me vea empujada a proseguir adelante el proceso de divorcio.

Urbano inclinó la cabeza sobre el plato. Durante el resto de la velada, en la atmósfera pesaba un silencio cargado de magnetismo.

A la mañana siguiente, estando doña Micaela en misa, don Leoncio, antes de salir a su trabajo, llamó a Urbano:

—Acompáñame y de camino hablaremos.

Salieron juntos.

—Tú no piensas hacerte fraile, claro—dijo don Leoncio. Urbano denegó con la cabeza—. No es que yo no respete la profesión religiosa. La respeto demasiado. Por eso no me gustaría tener que respetar a un hijo como a una persona venerable. Todavía, si mi padre viviese y de viejo se antojase en meterse fraile, creo que no me disgustaría mayormente. Pero tú... Tampoco pienses que tu madre tiene especial empeño en eso. Tu madre es muy razonable. No llevándole la contraria al pronto y persuadiéndola con blandura se convence y cede a la sensatez. Recordarás cómo se opuso en un principio a que aceptase mi empleo en el almacén de Velasco; a los tres días ella misma me aconsejaba aceptarlo. Es toda corazón. Yo no la conocía, lo que se llama conocerla, hasta ahora. Como providencial aceptó nuestra catástrofe, porque después de ella tu madre se ha mostrado tal cual es. Yo lo explico así: las personas más sensibles al frío son las que más ropa se ponen encima; pues, lo mismo, las personas más afectuosas, las que tienen el alma más sensible al frío del desamor, son las que más cubren y envuelven y disimulan sus afectos, por miedo a enfermar de ellos. Yo lo sé por mí. Ahora bien; llega una gran catás-

trofe, un naufragio, una bancarrota, un incendio, y todos, hasta los más frioleros, salen escapados sin vestirse, se quedan sin ropa, y se muestran tales cuales son, olvidados de sí propios. Que es lo que le ha ocurrido a tu madre. Tu madre se había formado aquel exterior rígido, como defensa, por lo muy blando y jugoso que tiene el corazón. Con el golpe que la pobre ha sufrido, la dura corteza se le resquebrajó, y ahora toda ella se derrama fuera, en tanta abundancia que a veces me inspira inquietud. —Urbano apoyó con la cabeza—. ¿Tú también lo has notado? Espero que sea cosa pasajera: las heridas recién abiertas sangran copiosamente: luego viene la laxitud, una debilidad apacible, y más tarde la convalecencia. Está la pobre en un estado que exige todo nuestro amor y... también nuestra tolerancia. Por ejemplo: a veces te trata con desabrimiento. Es un movimiento involuntario que debes perdonarle. Supongo que no lo atribuirás a falta de cariño.—Urbanó denegó con la cabeza—. Tan imposible es que una madre deje de querer a su hijo, a no estar loca—aquí, don Leoncio tomó aliento un breve instante. Inopinadamente, le corrió un escalofrío por la piel y sintió flojedad y como que se le caía el brazo con que accionaba—, como que el fuego deje de calentar y consumirse. Lo que pasa es que tu madre había

concentrado en ti toda su vida y todos sus sueños. No sé si aquellos sueños eran caprichosos y excesivos; de su intención inmejorable respondo. Los sueños se han desvanecido. Quizás a veces, cuando tu madre te mira no te ve a ti, ve su fracaso, se le renueva el dolor y da un grito instintivo como criatura zaherida.

—Padre; de esa misma manera me lo explicaba yo, aunque no tan claramente como usted me lo ha expuesto.

—Tu deber es hacerle comprender mansamente, dulcemente, que no existe tal fracaso. No se trata de engañarla. Es que no existe tal fracaso. Para que ella hubiera fracasado era menester que tú estuvieras fracasado. Y tú no estás fracasado; en nada, fíjate bien, en nada. Simona será tuya, en la buena oportunidad.

—Eso mismo pienso yo.

—Estoy en los cincuenta, largos de talle, y comienzo a vivir, en todas las acepciones de la palabra, hijo mío, en todas las acepciones. Figúrate tú, a los veinte. Quiero que seamos amigos, tú y yo: que me confíes tus esperanzas y desesperanzas.

—Padre, siempre le he tenido a usted por un amigo.

—Y yo a ti; pero éramos amigos silenciosos.

Seamos amigos comunicativos. Díme; acerca de tu situación como casado ¿qué piensas, qué sientes?

—Siento como que todo lo anterior fué quimera y que ahora estoy en la realidad. Acabo de enamorarme de Simona, puesto que mi amor es una cosa flamante y distinta al amor de antes. El nuevo Urbano es un hombre desconocido para ella. Tengo que enamorarla, ganarla y conseguirla.

—Yo siempre dije que tu matrimonio era prematuro. Claro que el proyecto de tu madre era perfecto, maravilloso; tan maravilloso y perfecto que para realizarse sería preciso que el mundo y la sociedad fuesen perfectos, como lo es tu madre en sus ideas. No debes guardar rencor a tu madre.

—Mucho sufrí, mucho me queda por sufrir; pero advierto que todo ha ocurrido para mejor.

—Parece que con mi sangre has heredado algunos de mis gustos y mis principios, aunque siempre los he guardado para mí. Esa es mi máxima; todo lo que ocurre redunda siempre en nuestro bien. Muchas veces resulta incomodísimo avenirse a la veracidad de esta máxima. Lo digo por ti, recordando tu entrevista reservada con el señor Palomo, de la cual me informó tu madre. Al saberlo, se me heló la sangre. Cuando estabas encerrado en tu cuarto, yo deseaba entrar, abrazarte y pedirte perdón.

—Perdón ¿por qué?

—Yo mismo no lo sé; pero sentía esa necesidad. Estaba avergonzado, con una vergüenza del espíritu; y me torturaba imaginando lo que pensarías de tu madre y de tu padre. Nos despreciarías, con asco quizá—Urbano, muy rojo, iba a hablar. El padre le cogió la mano, oprimiéndosela, y continuó—. Estamos hablando como amigos. El disimulo mina y estraga la amistad; es como un gusano dentro de un hermoso fruto. Todos, aun los que hemos aprendido esas cosas muy de mozuelos, gradualmente, insensiblemente, de modo que no debieran chocarnos o repelernos más que otro acto cualquiera de la vida, sin embargo, al llegar al pleno conocimiento de ellas, lo primero hemos pensado en nuestros padres, con rubor y desencanto. ¿Qué no habrás experimentado tú, hombre ya hecho, y, esto no obstante, puro como un ángel, cuando te colocaron de pronto y sin miramiento ante ese misterio temeroso, que es todo el misterio de la vida? Pues bien, aun así y todo, fué lo mejor que pudo ocurrir.

—Sí, padre.

—Soy de opinión que esas cosas los hombres deben aprenderlas de boca de su padre, y las mujeres de su madre. Tengo para mí, por intuición o corazonada (quizá estoy en un error), que aun-

que las mujeres son en general tenidas en opinión de más pudorosas que los hombres, lo cual es cierto, porque si las mujeres no se protegen con el pudor están perdidas, a pesar de esto se me figura que las mujeres, al conocer los secretos íntimos del amor y de la maternidad, no padecen la grave crisis de sorpresa, confusión y vergüenza que al hombre le produce la novedad de este conocimiento, o la padecen en mucho menor grado.

—¿Cree usted eso, padre?

—Las mujeres nacen casi aprendidas. Luego, todo en ellas es como una preparación para el amor y la maternidad. Desde niñas, el propio desarrollo de su cuerpo las instruye. Una niña no puede pasar a ser mujer sin enterarse, sin perder en alguna manera su inocencia. Un hombre, en cambio, se hace hombre sin que su cuerpo se lo pregone escandalosamente; de aquí que no sea inverosímil un hombre con toda la barba e inocente como un niño de teta. Pero no concibo una mujer formada y a la vez absolutamente inocente.

—No le entiendo, padre.

—Hablaremos de esto en otra ocasión, que ya vamos llegando al almacén. A lo que iba: terrible ha sido que tuvieses que aprender de un hombre extraño ese grave secreto. Terrible, que no lo hayas aprendido hasta ahora. Con todo, eso ha

sido, no lo menos malo, sino lo mejor. En cuanto a saberlo de un extraño, claro es que ha sido menos violento que saberlo por boca de tu padre. En cuanto a saberlo con tanto retraso, sin duda tu madurez de juicio te ayudará a comprenderlo mejor y darle su lugar verdadero en la vida. Aunque sin ilustración, yo sostengo que el criterio y la manera de educación que tanto la Iglesia como la sociedad nos obligan a aceptar, en lo tocante al amor, están mal, están mal, están mal. No sabré decirte en qué consiste el mal, ni en qué sentido podría reformarse; pero están mal, están mal y están mal. Nos mencionan el amor, lo mismo la Iglesia que la sociedad, como lo más bello, lo más santo, lo más sublime de la vida. ¿Qué es el amor?, preguntamos ilusionados. Nadie nos lo quiere decir. El amor, nos responden evasivamente, es el Amor, todo el mundo lo sabe. Entonces, un día, llegamos también a saber lo que es el amor. Pero lo tenemos que aprender de tapadillo, cuchicheado, con el corazón oprimido y las mejillas abrasadas, porque resulta que el amor es un acto vergonzoso, indecente, bestial, que la Iglesia y la sociedad reprueban y persiguen. ¿Cómo salimos de este enredijo? El Amor, palabra, palabra vacía, es lo óptimo. El amor, acto, el amor encarnado, es lo pésimo. La Iglesia y la sociedad sólo

toleran el acto del amor oculto, disfrazado de sacramento y de contrato: el matrimonio. Unicamente así el amor es limpio y legítimo; de otra suerte es pecado y delito. Pero el amor acto, el hecho del amor, es el mismo con matrimonio que sin matrimonio. Si un hombre está enamorado purísimamente de su novia ¿incurre en pecado mortal y se halla fuera de la ley hasta tanto que no se casa? Quia: la Iglesia y la sociedad no entienden por amor al amor puro, sino el hecho del amor. Ahora bien; si un hombre y una mujer se aman de hecho, sin estar casados, la Iglesia y la sociedad a ella la llaman prostituta, a él libertino. Sin embargo, no de otra manera se aman el esposo y la esposa. La Iglesia y la sociedad quieren que precisamente ese acto, hacia el cual se esfuerzan por todos los medios en inspirar aversión y bochorno a los fieles y a los ciudadanos, quieren que a estos mismos ciudadanos y fieles no les repela ni abochorne cuando se le hace objeto de un sacramento y un contrato. Como quien dice: matar a un hombre es criminal, pero si el asesino ha ido de antemano a declarar ante un notario y un cura que está decidido a asesinar, eso ya es diferente; en tal caso el asesinato es un juramento ante la Iglesia y un compromiso ante la ley; es santo y es lícito. Porque no nos engañemos; la Iglesia y

la sociedad entienden por matrimonio ese mismo acto de amor que sin matrimonio califican de lo más vil y nauseabundo.

—Sí, padre; el señor Palomo dijo que ese acto es la esencia del matrimonio.

—Pues eso está mal, está mal, está mal.

—Está mal.

—Si tal brebaje es un vomitivo, seguirá siendo vomitivo aunque me lo sirvan en un vaso de cristal de roca que lleve grabadas la cruz del Redentor y las armas del rey. Yo considero, en mi corto caletre y ciencia escasa, que, si desde niños la Iglesia y la sociedad nos hubieran sugerido la idea de que el comer es cosa asquerosa, concluiríamos por no poder soportar ver comer a otros sin que se nos volviese el estómago, y cada cual comería a solas en un cuarto excusado. Ahora figurémonos que la Iglesia y la sociedad añadiesen: excepción; el comer es un acto ceremonioso, devoto y civil, cuando se celebra un banquete al cual asisten el párroco y el alcalde. Si nos sentábamos en uno de esos banquetes, evitaríamos mirar comer a los otros y no podríamos impedir que al hacerlo nosotros mismos nos invadiese un sentimiento íntimo de pudor y desasosiego. ¿Es acaso el comer más vergonzoso que el amar? Eso dependerá de quién es el que come y cómo come, o quién es el

que ama y cómo ama. ¿Vituperarías secretamente a tu padre si le ves, de raro en raro, en solemnidades, beber y paladear un buen vino de Burdeos a la comida, o una copita de coñac viejo después del postre? Otra cosa distinta, si tu padre se refocilase a diario con vinazo y aguardiente de taberna: esto ya sería vicio y flaqueza.

—Cierto.

—No se me alcanza por qué la Iglesia y la sociedad hicieron del amor un acto inmundo, corrigiendo la obra de Dios omnipotente. Dios ha querido que animales y racionales seamos semejantes en el mero acto del amor. Si inocentes son los animales, inocentes serán los hombres. ¿Hay algo feo o repulsivo en el amor de dos pájaros? ¡Oh Dios mío; si se dijera un juego gracioso!

—Eso me pareció a mí.

—Si bien en los hombres el amor no se reduce a los sentidos, sino que es divino sentimiento del alma; y por eso es sublime. Pero esto no significa que el amor de los sentidos sea indecente. Distingo, claro está; una cosa es que el amor de los sentidos en sí mismo no sea indecente y otra cosa que no pueda ser abusivo, vicioso, vituperable y asqueroso, como lo es el exceso y la falta de propiedad en todos los actos humanos; comer con gula o comer cosas podridas y mal olientes. Dios

ha dispuesto que el género humano se conserve mediante el acto del amor: acatemos su voluntad, con frente alta y alegre, y no con cerviz gacha y los ojos de través, como culpables. Pero ¿hemos de concretarnos a cumplir estrictamente la voluntad de Dios y no amar sino para propagar la especie, de manera que todo lo que no sea esto lo condenemos y evitemos como amor vicioso? En mi sentir, así como a pesar de que comemos para vivir también comemos para comer, por gozar un gusto, y esto, dentro de términos moderados, a nadie se le echa en cara, así en el amor podemos, con prudencia, amar el amor mismo, el deleite del amor desinteresado. Porque en último término, ¿qué empeño tiene Dios en conservar el género humano, ni los hombres tendrían en propagarse, si la vida estuviese huérfana de todo deleite inofensivo? Esto es lo racional, y no lo que se obstinan en imponernos la Iglesia y la sociedad, cuyos dictados (dicho sea entre paréntesis), salvo en esto, en todo lo demás acato y reverencio. A mí que no me vengan con que siempre ha sido así y así será siempre. A don Cástulo he oído una vez que los griegos antiguamente no se asustaban del acto del amor, antes tenían, como protectores celestiales de este acto, nada menos que un dios y una diosa, con templos numerosos. Serían esos griegos tan

paganos como se quiera, pero sin duda entre ellos el matrimonio tendría más valor, más valor espiritual que entre nosotros, y sin ninguna escoria de bajeza, pues, considerado en aquella sociedad el acto del amor, aunque sin sacramento ni contrato, como una acción hermosa que los dioses protegían, ¡con qué predicamento y honor no sería coronada la abnegación ferviente de un hombre y una mujer que se prometiesen, y lo cumpliesen: mi amor hacia ti es tan grande y de tal suerte embarga toda mi persona y potencias que te entrego mi voluntad y no amaré a nadie sino a ti, de por vida! Viene a ser como el dar limosna con relación al desprenderse totalmente de los bienes de fortuna. Si dar limosna es meritorio, regalar la hacienda entera será santidad. Pero, si me forzáis a calificar de inmoral la limosna, ¿cómo me convenceréis luego de que la dádiva completa de la riqueza no es mucho más inmoral y por lo tanto monstruosa? Eso no tiene sentido. No, no ha sido siempre como ahora. No podrá seguir siendo como ahora. Sin meternos más con los griegos, de los cuales sé poquísimo y eso de oídas, veamos lo que pasaba en nuestra España, en la época de su grandeza, cuando, a lo que dicen, había más religión que al presente. En mi mocedad he sido muy aficionado al teatro: vi representar muchas obras de Lope,

Guillén de Castro, Calderón, Moreto, Tirso de Molina. Pues mi impresión es que los españoles y las españolas de aquel tiempo se amaban fuera del matrimonio con bastante libertad. Empleaban a veces un lenguaje atrevidísimo. Para ellos el acto del amor no era un misterio nefando, sino una cosa dulce y apetecible, y los galanes no se recataban en proclamarlo, con franca desenvoltura, a las damas. Ya ves...

—¡Ay padre! ¿Por qué no habremos hablado muchas veces así, de amigo a amigo, antes, desde hace años?

—Hijo, hace años es probable que no te hubiera hablado así. Entre otros motivos, porque yo mismo no había descubierto la mayor parte de las cosas que acabo de decirte. Te repito que todo ocurre para mejor. En quince días, quince días de aparente infortunio, cuando a todos inspiro lástima, he adquirido más experiencia y más nociones de la vida que en cincuenta años. Comienzo a vivir, en todas las acepciones, hijo mío, en todas las acepciones. Soy más feliz que nunca. El único punto negro eras tú. Ahora, con la certidumbre de que no te sientes desesperado, antes en la adversidad te has hallado a ti mismo, como yo lo he hecho, ahora soy feliz del todo. Ea, adiós. Dame un beso.

El padre besó al hijo en la frente y penetró a su quehacer. Los dependientes del almacén le saludaban con solicitud respetuosa, movidos de la simpatía comunicada por el hombre que sabe descender de posición con llaneza y dignidad; le preguntaban por su señora, por su hijo, por el estado de su salud y humor. Cuando era dueño de su negocio, los subordinados no le demostraban tanto respeto y afectuosidad. Por este lado había salido ganando. Sentirse en una atmósfera benévola era para don Leoncio uno de los elementos de la felicidad. Otro elemento, más importante, consistía en haberse libertado de la zozobra del mañana y del sentido de la responsabilidad, que le torturaban y consumían cuando era amo de un comercio, y la prosperidad o abatimiento de las ganancias, así como el bienestar o privación de su familia, dependían exclusivamente de su ingenio y arbitrios mercantiles. «Los castellanos—solía pensar—no somos negociantes. Nos servimos para las grandes empresas, de agio, aventura y mucho capital. Lo primero, porque somos demasiado honrados, si en honradez cabe demasía. Lo segundo, porque lo único que nos da miedo es la responsabilidad.» Prefería que otro, el dueño, asumiese la responsabilidad del negocio; él estaba más a gusto como mandado, poniendo, en el cumplimiento

de las órdenes y vigilancia de la ejecución, todo su celo y honradez. Desde luego, ahora ganaba mucho menos que antes, pero ganaba de sobra, ya que a Micaela le había entrado la ventolera de sentar plaza de pobre de solemnidad, y *la otra*, ¡qué portentos nos depara la vida!, se negaba a recibir dinero de él; por el contrario, se emperraba en que había de dárselo. Estas (Micaela y *la otra*) constituían los dos factores capitales en la actual ventura de don Leoncio. Después de toda una larga vida conyugal bajo el talón de una mujer altanera, despótica, despectiva e insultante, cuando las circunstancias adversas se habían conjurado para derribarle en el polvo de la derrota, como hombre desvalido y acabado, aquella mujer, repentinamente, se trueca en la criatura más rendida, mansa, dulce y amorosa. Demasiado amorosa quizá. Don Leoncio, a pesar del cotidiano alimento de vejaciones, rumiadas en el silencio sombrío de su corazón, nunca había dejado de querer a su mujer y de admirarla; pero, debido a la ausencia, durante muchos años, de comercio amoroso, porque ella se negaba (dormían en alcobas separadas), don Leoncio había ido depurando el cariño hacia su mujer, hasta que llegó a quererla como un padre quiere a un hijo descastado e insolente, como a un ser de su carne, pero no con

un cariño de la carne, con un cariño desencarnado, tanto más constante cuanto más dolido. La propia Micaela se apañaba escrupulosamente para anular la traza externa del sexo, con ropajes austeros, casi sacerdotales, el peinado liso y unos justillos o coseletes que le dejaban raso el pecho. Hasta había adquirido catadura masculina. Don Cástulo decía que su perfil recordaba a un señor italiano, llamado el Dante. El amor que se le había despertado a Micaela no podía ser—trataba de pensar don Leoncio—sino un amor espiritual, una pasión del alma. Cierto que últimamente se había quitado el fiero coselete y, a pesar de enflaquecer a ojos vistas, el seno, no obstante, le abultaba de manera inadmisible, como si fuese postizo. ¿Podía obedecer tan inesperada prominencia a una intención maliciosa, a una tentativa de seducción, por parte de Micaela? ¡Qué barbaridad! Era, evidentemente, que le había dado por vestir a lo pobre, sin corsé, y se desparramaba la vieja carne oprimida. Además, en quince días de duelo y quebranto, Micaela había envejecido quince años. Por el cuadrante del hogar, todo era dicha y bonanza para don Leoncio, bien que le desazonaba un tanto el extemporáneo ímpetu amoroso de su mujer. Porque su mujer, desde mucho antes, no era mujer, sino esposa y madre de su hijo, don Leoncio

se había visto impelido a buscar otra mujer, una mujer verdadera y palpable. Una mujer que no es la mujer legítima, ya se sabe que no acepta a un hombre maduro si no es por conveniencia; y a esta especie de mujeres la sociedad las tilda de mujeres inconvenientes. Don Leoncio protestaba contra esta descalificación; son convenientes y aun necesarias. Don Leoncio le daba a *la otra* todo el dinero que le pedía, a cambio de un poco de cariño, aunque fuese fingido, las ocasiones rarísimas que podía escaparse a visitarla. Llamábase María Egipciaca. Don Leoncio llevaba varios años de relaciones con ella. No se hacía la ilusión de que su amante le quisiese, sino por el interés. En sus entrevistas, María Egipciaca se mostraba amorosa, pero sin fuego. Don Leoncio se satisfacía con aquel frío simulacro erótico. Apabullado de continuo con la hosca vecindad de Micaela, acecinada y cetrina, anhelaba sin cesar la coyuntura de gozarse en la presencia de María Egipciaca, con su blanca gordura, de jamona firme, que a don Leoncio le hechizaba, y su risa rubia y sosa, de hembra sin nervios ni perversidad. Don Leoncio, un día, había descubierto que María Egipciaca se parecía a Simona. Un parecido remoto, poco preciso, y por esto mismo inquietante. En un principio, esto le causaba una especie de repugnancia moral. Luego, se aquie-

taron sus escrúpulos, pensando: «¿Qué de particular tiene? Lo natural es que se hereden los gustos.» Cuando la quiebra, don Leoncio pensó: «Ahora que no le puedo dar dinero, María Egipciaca no querrá nada conmigo. Esas mujeres son así. Hacen bien. Ellas no han profesado de Hermanas de la Caridad.» Y este pensamiento fué uno de los estímulos que pusieron en su mano la teutónica navaja suicida. Estando Micaela de viaje, en busca de Urbano, María Egipciaca se presentó en casa de don Leoncio. ¡Dios, si algún día lo averiguaba Micaela! Al día siguiente de la escena dramática de la esposa prosternada ante el esposo mártir, segunda edición de la misma: esta vez, prosternada la amante. Pero ¿era presumible que aquel abundoso montón de nieve encerrase dentro un volcán? Las miradas, los ademanes, las palabras de María Egipciaca habían sido volcánicos. Juró fidelidad eterna a don Leoncio, «el mejor de los hombres y el más decente de los amantes»; se obstinaba en darle unos miles de duros que ella había ahorrado, puesto que eran de él, es decir, procedían de la generosidad de él. No poca elocuencia, y aun enojo, hubo de derrochar don Leoncio hasta conseguir que volviese a guardarse el dinero. Después de aquel día, había visto algunas veces a María Egipciaca, que perseveraba en

el mismo diapasón agudo. Por todo lo cual, don Leoncio había declarado a Urbano que comenzaba a vivir y que en quince días había adquirido más experiencia de la vida y más nociones del amor que en cincuenta años. ¡Y lo que le restaba por experimentar y aprender directamente en aquellos dos textos vivos, el uno, enjuto infolio de pergamino—su mujer—; el otro, macizo volumen en cuarto mayor, aforrado de velludo blanco y sedeño—María Egipciaca!

«La pepita del fruto de la felicidad es de sabor amargo», pensaba don Leoncio, cuando, a poco de morder y golosear en este fruto, había tropezado ya con la malhadada pepita. Doña Micaela le inquietaba más y más. Don Leoncio no acertaba a decidir si su mujer se iba poniendo enferma seriamente o si lo que ella aseguraba sentir eran aprensiones y rarezas de la imaginación, destemplada por el choque y contraste de las emociones sufridas. Unas veces decía que el cuerpo le había dejado de pesar y que se sentía subir, como el reflejo del quinqué, hacia el cielo raso; otras, que sus piernas eran sacos de arena y que no podía levantar el pie del suelo. Ahora se sofocaba, enrojecía, se asfixiaba, sudaba; luego palidecía, se arrebujaba en un mantón, tiritaba, con castañeteo de dientes. Acometíanle acaso insólitas for-

mas de dolor que expresaba siempre con imágenes inquisitoriales, asociando sus torturas a los recuerdos de un libro, *Las mazmorras del Santo Oficio*, que de niña había leído. «Es como si unos sayones me desgarrasen las entrañas con garfios abrasadores.» «Es como si me vertiesen plomo derretido por la nuca.» «Es como si me clavasen cañas entre las uñas y la carne.» «Es como si me pusiesen en la rueda; los huesos se me quebrantan, particularmente las caderas. Se oyen crujir.»

—No crujen, Micaela, ni se oye nada. Son preocupaciones tuyas. Debes distraerte—aconsejaba don Leoncio, a quien la relación de aquellos refinados suplicios le ponían la piel como la de un ganso pelado.

Disuadía a su mujer de sus imaginaciones, animándola a distraerse, y el remedio era peor que la enfermedad, porque doña Micaela, mirándole con ojos lastimeros y como líquidos, replicaba:

—Mi distracción eres tú; tú, mi medicina.

A don Leoncio se le caía el alma a los zancajos. En vano cerraba los ojos a la verdad. Su mujer le amaba, no como él se había figurado, con el fuego sin quemadura de los amores ideales, sino con el amor íntegro, espiritual y carnal, de una reciéncasada por el esposo. A don Leoncio le invadía una misericordia desfalleciente y dolorosa; re-

primía las lágrimas. Sentía impulsos de abrazarla estrechamente contra su pecho, llorando, como a un niño perdido a quien se vuelve a hallar. Pero esto hubiera sido peligroso; ella lo interpretaría conforme a su anhelo. ¿Cómo le podría hacer comprender y sentir que la adoraba, sí, la adoraba, pero que no podía contemplarla como mujer, sí solamente como compañera de toda la vida, como madre de su hijo, como fiel o inseparable amiga; más aún, que si la viese como mujer dejaría de adorarla? Don Leoncio se lo ocultaba a sí propio; pero ante la idea de que su mujer pudiera volver a ser su mujer, en la plenitud del tálamo, sentía repugnancia física. Esta repugnancia, represada hacia las regiones obscuras del espíritu, salía acaso a la superficie, permutada en otros modos de sensación. En ocasiones, oyendo la quejumbre de su mujer, sonábale su voz como estridencias de un instrumento de metal; le arañaba los oídos y le daba dentera. Pero lo que más le desconcertaba y abatía eran los melindres mimosos de doña Micaela. Le había dado por fijarse en el cabello borrascoso y acaracolado de don Leoncio, dedicándole primores de encarecimiento, requiebros líricos y manipulaciones voluptuosas.

—Nunca había apreciado tu pelo—suspiraba doña Micaela—. Obtusa de mí. Una telilla tuve

sobre los ojos. Tu pelo bruñido, caprichoso y enroscado, que parece que tiene voluntad propia y que juguetea. Tu pelo, multiplicado en mil rizos, como el mar en mil ondas, o como el cabello del Divino Pastor, en las imágenes de la iglesia. No; como el mar, como el mar; estos hilos de plata son las espumas marinas. Sale de tu pelo un aroma que me penetra, como en la playa.

Y doña Micaela insinuaba cautelosamente, cariciosamente, las afiladas yemas de los dedos en la raíz del cabello de don Leoncio.

Don Leoncio botaba en su asiento y gemía:

—¡Por los clavos de Cristo, hijita! Ya sabes que retraso ir al peluquero y a veces me cuelga la guedeja, como a un hotentote, porque nada me aterra como que me soben en el cuero de la cabeza que me entran respingos.

—¡No me quieres! ¡No me quieres!—mascullaba doña Micaela, como para sí, encogiéndose y retrayendo sus manos lentas, elásticas y tentaculares dentro del abombado chal, a la manera de un caracol.

—Sí, te quiero, Micaela. Tú no comprendes cuánto te quiero...

—Me quieres y no me quieres. No me quieres como yo quiero que me quieras.

A don Leoncio le entraba el escalofrío de lo so-

brenatural. Pensaba: «Mi mujer ve dentro de mí, como si mis costillas fuesen los barrotes de una jaula y mi corazón un pájaro asustado, dentro. Y, sin embargo, no comprende. ¿Será que a las mujeres les ha sido otorgado el don de amar, de amar más que nosotros, pero les ha sido negado el don de comprender?

—¡Cómo sufro! ¡Cómo sufro!—monologaba doña Micaela, como si evitase y a la vez procurase que su marido la oyese—. Primero fué el infierno. Largos años de vida matrimonial, en que esta casa era el infierno. Era el infierno porque yo era el diablo; yo hacía el infierno. Y me hallaba a gusto, como el diablo en el infierno; porque yo era el diablo. Dios omnipotente ha permitido que el diablo se salve, no sin pasar por un dilatado purgatorio. Estoy en el purgatorio, que me atormenta más que el propio infierno, si no fuese por la esperanza. Subiré al paraíso, subiré. Me aguardan los brazos de mi amado, que es la luz del universo.

Apenas movía los labios. La voz se desparcía difusa, como un halo, en torno a su perfil dantesco.

¡Cómo sufría! Su obsesión permanente se cifraba en recuperar el ansia viril de don Leoncio. El arrepentimiento por su vida pasada no se mitigaba hasta tanto que no restaurase la vida conyu-

gal en un renacimiento de las nupcias. Necesitaba otro hijo. Una hija quizá; la bautizarían Angeles, símbolo de aquellos otros ángeles que resucitarán con sus trompetas a los muertos para el juicio final y sacarán a las almas del purgatorio. Pero ¿habríasele marchitado ya el incentivo con que la mujer atrae al hombre? Lo que nunca había hecho; una noche se examinó al espejo, desnuda de cintura arriba. Los pechos, angustiados tantos años bajo el coselete férreo, casi habían desaparecido. Y otro detalle más espantoso todavía: se le enderezaba un arbusto de hirsutas cerdas sobre el esternón. También el pelo se le propagaba, mandíbula abajo, en patillas. Su osamenta traslucía bajo el cuero. Fué a una farmacia de los barrios extremos a encargar unas píldoras para aumentar el seno y otras para engordar, cuyo anuncio había leído en *El Eco de Pilares*. Entre tanto, repudió el corsé y rellenó la blusa con trapos, confiada en que al poco tiempo la propia exuberancia supliría el relleno, sin que Leoncio echase de ver la transitoria mixtificación. Las píldoras no produjeron el hechimiento anunciado. Se tiznaba el blanco cabello, cada vez más numeroso, con corcho quemado, a fin de ocultar la canicie. Doña Micaela comenzó a dolerse del estómago. Le daban vahídos, durante los cuales el mundo de lo invisible

se le materializaba. Muchas noches se olvidaba de sí, mirándose al espejo el torso desnudo. Se estrujaba los senos, distraídamente, por instinto, como si su cuerpo fuese una masa plástica y pudiera modelarlos, erectos y mórbidos. Una vez que ejecutaba esta operación, advirtió que, al exprimirlos, le manaba un licor sonrosado. Quiso entornar los párpados, en un gesto de deliquio amoroso, pensando en su Leoncio; pero el párpado superior no la obedecía, sino que continuaba encogido y la esfera del ojo casi al descubierto. Viéndose en el espejo, se aterró. Ibase desvaneciendo y los sutiles fantasmas, disueltos en el aire, espesándose, corporizándose. Vió delante de sí su propia persona, pero de joven, recién casada, y oyó que la aparición le decía: «¿Por qué nos desalentamos? Tú no has dejado de ser yo misma. Eres tan mujer como yo lo soy; bien lo sabes. Esa aurora de rosa que fluye dé tus pechos anuncia la claridad del día, blanco y luminoso como leche. Tendrás un hijo.» Aunque una timidez enfermiza, acompañada de palpitaciones vertiginosas, la domeñaba siempre que intentaba clarearse con don Leoncio, como no fuera por medio de gestos, ademanes y acciones mudas, resolvió desde el día siguiente que su marido se le entregase. Apretó el cerco de seducción, con disparos de palabras, to-

davía no descubiertas, pero harto incendiarias. Don Leoncio, acoquinado, se acogía de retirada a una segunda línea de defensa. Esta posición defensiva se hallaba situada en el domicilio de María Egipciaca. Así como la voz agria de Micaela le sonaba a don Leoncio a estridencia de metal, la de María Egipciaca le sonaba a instrumento de cuerda, trémula y aterciopelada. Se le antojaba que era una voz rubia, transparente y dulce, como resina o caramelo. Le hacía bien al alma, como meter las manos en agua muy caliente, cuando en invierno volvía a casa con ellas ateridas. Pero también aquel fruto carnoso y níveo escondía su pepita acibarada. Era un amargor precisamente opuesto al de Micaela; amargor, sin embargo. Micaela enflaquecía rápidamente—y era ya flaca—. María Egipciaca engordaba por instantes—y cuidado que era mantecosa—. El pergenio de María Egipciaca se iba modificando, perdiendo las líneas femeninas y pareciéndose a un hombre obeso y afeminado. Micaela había perdido el apetito; María Egipciaca devoraba. Don Leoncio temía que se emborrachaba. Disculpábase ella, diciendo: «No me emborracho, que soy mujer bien nacida. No olvides que mi padre era magistrado, Pero, a no ser que beba y cargue algo la cabeza, no pego el ojo en toda la noche. Todavía, si estu-

vieras a mi lado, ¿qué me importaba no dormir? Pero sola, me entran tristezas y llantos.» La piel de doña Micaela ennegrecía. La de María Egipciaca no cedía en blancura a la cal de las paredes. Las manos de doña Micaela eran sarmentosas y ardían; las de María Egipciaca, gordezuelas, muelles, frías y húmedas. En lo que entrambas se identificaban era en la pasión, contenida y celada de la una, desbordada en la otra. Don Leoncio cada vez amaba más a Micaela (o se apiadaba) como a su esposa, distanciándose de ella paralelamente como mujer. Con María Egipciaca se enardecía cada vez más, y al propio tiempo la estimaba menos con el corazón. Los transportes, progresivamente más frecuentes y extremosos, de María Egipciaca prendían al punto en don Leoncio, con recóndito y grave recelo, de parte de él, por su resistencia y salud. «No sabía lo que es amor hasta ahora», alentaba con delgadísimo soplo, María Egipciaca, oprimiendo, hasta anegarlo en su fluctuante adiposidad, a don Leoncio. Don Leoncio le besaba la boca y la garganta, absorbiéndose en una delicia penetrante, que jamás había concebido ni esperado. Una vez, después de besarla, con desacostumbrado ahinco, el cuello y todo en torno de la boca de María Egipciaca quedaron de color bermellón: se había deshecho la cascarrila de

crema y polvos de arroz con que la piel estaba enjalbegada.

—Pero, hijita—exclamó don Leoncio, contrariado—, ¿por qué te pones esos afeites y porquerías? ¿Qué necesidad tienes de ellos? Tu piel es lisa y delicada como papel de seda.

—¡Goloso!—replicó María Egipciaca, con melindre doncellil poco adecuado—. La culpa la tienes tú, que me comes. Pongo eso (y nunca antes lo puse, ¿eh?) porque me salió alrededor de los labios y en el pescuezo una rojura como de erisipela.

A don Leoncio algunas palabras de María Egipciaca (goloso, pescuezo, erisipela) le sentaban malísimamente. ¿Por qué no hablaría María Egipciaca el lenguaje depurado y lindo de Micaela?

—Mujer; ese rojo encendido te agracia. Ahora sí que se puede decir de tus labios que son como pétalos de clavel fragante.

—Dirás que tengo el hocico como un tomate.

Esto del hocico y del tomate a don Leoncio le sentó mucho peor. Pensaba: «Qué simple, qué ordinaria, a pesar de ser hija de magistrado. Pero no puedo vivir sin ella. ¿Por qué María Egipciaca y Micaela no se fundirán en una sola mujer: el alma de la una y la envoltura de la otra? Ello es que no puedo vivir sin ellas, ni puedo vivir con ellas.»

La asiduidad de María Egipciaca le debilitaba a don Leoncio el cuerpo, señaladamente en los goznes de la rodilla. La asiduidad de Micaela le iba debilitando el espíritu y la voluntad. Tenía que poner fin a aquella tensión, o concluiría por desmoronarse exhausto. No se trataba ya de una segunda retitada, sino de una huída decorosa, dejando el camino desembarazado para cuando tuviese a bien volver, de tiempo en tiempo. Un episodio decisivo con doña Micaela fué lo que finalmente le proporcionó energía para libertarse.

Cerrábase el ciclo del verano. Era en los comedios de septiembre. Domingo. Habían almorzado solos don Leoncio y doña Micaela. (Urbano comía fuera muchas veces; cuándo con don Paolo, cuándo con su antiguo preceptor.) Doña Micaela estaba vestida de menestrala, con abigarrados colorines; una chifladura que don Leoncio le respetaba mientras no se antojase en salir a la calle con aquel disfraz.

—Tengo un plan, Leoncio. Si algo me quieres, me concederás este favor. Quiero que salgamos de paseo juntos a la aldea.

—Bueno, mujer. Eso es un placer para mí.

—Pues andando.

—Pero ¿no mudas de traje?

Doña Micaela se arrojó de rodillas, llorando; que

por Dios le concediese el gusto de salir con él, así vestida. Podían ir siguiendo calles solitarias y salir al campo sin que nadie les viese. Si don Leoncio no accedía, ella no respondía de lo que pasase; quería distraerse; no podía resistir más una angustia secreta; temía volverse loca. Don Leoncio, mirándole los ojos, caviló, en su corazón, repentinamente exangüe: «¿Loca? ¿Micaela loca?» Hizo levantar a su mujer, la acarició temblando; sin hablar salieron juntos, del brazo. Doña Micaela guiaba. Don Leoncio se dejaba llevar, desmadejado el cuerpo y la voluntad suprimida. Como castellano viejo, don Leoncio no veía en el campo sino la tierra que nos da el pan, mientras vivimos, y nos da sepultura, muertos. Doña Micaela, que había sido siempre dura e insensible para la belleza del mundo, se hallaba emocionada aquel día.

—No sé, Leoncio mío, cómo cantan y pregonan tanto la primavera, con su verde antipático de hortaliza y su insolencia de formas. El otoño sí que es bello. ¡Qué sereno! ¡Qué apacible, qué triste! La primavera es una mozuela frívola y sin seso. El otoño es una mujer enamorada y no correspondida. Le salen ya los huesos, que son los árboles, casi desnudos. Cierto que se les han caído las hojas casquivanas de juventud; pero en lugar de ellas tienen frutos, frutos de oro. Todo está dora-

do. La copa del cielo parece llena de vino de Jerez, que emborracha. Sentémonos aquí en la hierba.

—¿No atraparemos un reumatismo, Micaela?

—Tú no recuerdas este sitio.

—No, la verdad.

—Hace cerca de treinta años. Era también en septiembre. Yo iba vestida como ahora. Nada ha cambiado. Mira por todas partes. Nada ha cambiado. ¿Ves aquellas vacas pintas? Ahí mismo estaban hace treinta años. Aquel humo azuloso, que sube de un tejado, es el humo de entonces. ¿Nada ha cambiado? Sí, algo ha cambiado; pero ha sido para mejor.

—Es mi máxima, Micaela: todo ocurre para mejor. Por eso no debes excitarte nunca ni repudrirte. Deja que corran los días. El mejor aliado es el tiempo. Ya verás cómo todo ocurre para mejor.

—Algo ha cambiado—prosiguió doña Micaela, con los ojos muy abiertos, proyectados sobre el infinito—. Entonces era yo una mozuela frívola y sin seso. Ahora soy una mujer enamorada y no correspondida. Entonces, ¿recuerdas?, me diste el primer beso, al cual yo, ¡insensata!, no quise corresponder. Dijiste: «Eres mala, Micaela. No te castigue Dios y un día quieras besarme y yo me niegue.» ¿Te acuerdas?

—No recuerdo, Micaela—balbució don Leoncio,

sobrecogido ante el futuro inminente. ¿Qué pensaba hacer Micaela?—. Si lo dije, serían niñerías y chanzas. Déjate de eso ahora, al cabo de los años mil.

Al cabo de los años mil, Dios me tenía deparado el día de la expiación. No la rehuyo, la anhelo. ¡¡Leoncio, quiero darte un beso en la boca!!

Don Leoncio sintió como que su cuerpo se hacía de trapo o de esponja reseca. Por unos instantes no pudo articular palabra. Estaba con los párpados caídos, y, esto no obstante, se los traspasaban los ojos flamígeros de Micaela; los adivinaba clavados en él. Le entró pánico. Del propio terror cobró fortaleza para decir:

—Sí, Micaela mía; ¿por qué no me has de besar? ¿Por qué no te he de besar? ¿No eres mi esposa? Mi santa esposa...

—Digo en los labios.

—Claro, claro..., esposa mía.

Y los músculos del rostro se le agarrotaban en una mueca agónica, que pretendía ser una sonrisa, como los niños obedientes cuando toman una purga.

Doña Micaela, sedienta, febril, aplicó sus labios, delgados y trémulos, a los labios de don Leoncio, ciñéndole a la par en sus brazos fúnebres.

—Leoncio, Leoncio—suspiraba doña Micaela—,

en tus labios percibo el sabor de otros labios de mujer. Leoncio, tú has besado a otra mujer. No importa, Leoncio. Quiero que me beses, quiero que me beses, de todos modos; aunque sea, si no puedes de otra manera, cerrando los ojos y pensando en la otra.

Don Leoncio repelió bruscamente a su mujer. ¡Bendito Dios! Un cirio iba a ofrendar al Cristo del Socorro en señal de gratitud. En la revuelta de un camino desembocó un grupo de aldeanos.

—¿Nos habrán visto?—murmuró don Leoncio ya sereno—. Mujer, esas escenas no se deben representar al aire libre. Convéncete y tranquilízate. Esto se acabó.

—Temo que sí—respondió doña Micaela, con cadencia cavernosa. Y acercándose a su marido, bisbiseó: —Por las noches, sola, me dan espantos. El cabello se me pone de punta. Una mano invisible me estrangula. Me entra miedo, mucho miedo. Una mañana me encontráis muerta, de susto. No quiero seguir durmiendo sola.

Don Leoncio, que entendió, adelantóse a replicar:

—Pobre Micaela mía... ¿Por qué no me lo has contado antes? Eso hay que remediarlo en seguida. Desde esta noche, la muchacha dormirá en tu cuarto.

—Y ¿por qué no tú?

—Mujer, a estas alturas... ¿Qué pensaría Urbano?

—Tienes razón. Esto se acabó. Es mi expiación. No la rechazo ni la recibo con desabrimiento. Apuraré el cáliz hasta las heces. Sudaré sangre. Pero no me oirás una queja. Nadie sufra por mí. Simón, te prohibo que cortes las orejas al soldado.

«¡Loca!», pensó don Leoncio; y su propia razón vacilaba.

Entonces fué cuando se le vino a la frente la idea libertadora. El mismo día siguiente diría a Antidio Velasco que deseaba ser viajante, aun con mitad de sueldo, y en el acto, con las cajas de muestras, a divagar por los pueblos de la provincia, a olvidar, a reponerse...

—Se me había pasado contarte—dijo don Leoncio, afectando naturalidad—que ahora soy viajante; vamos, viajante provisional. Las ventas no son satisfactorias. Mañana mismo emprendo una larga visita de inspección a nuestra clientela.

Doña Micaela comentó:

—Y me dejas sola con Urbano...

—¿Con quién mejor que con tu hijo?

Volvieron en silencio. Don Leoncio justificaba la huída ante su propia conciencia, reflexionando: «¿Está loca? No diré que del todo; pero amagos

tiene. ¿Soy yo el culpable de esta perturbación, por resistirme a corresponder a su amor, en la forma que ella apetece? Señor, esto no depende de mi voluntad. Lo más probable parece que esa especie de amor, tan extemporáneo, proviene de chifladura. Si alejamos de ella la causa de la excitación, se le pasará la chifladura; me querrá como es debido y volveremos a ser felices. Lo mejor es que me ausente largas temporadas. Deseo en mi alma ver transcurridos otros veinte años; ella y yo dos viejecitos, con un cálido rescoldo en el corazón, pero bien tapado con cenizas. Para entonces tendremos nietos ya crecidos. Señor, señor; lo que es la vida...; un impacientarse por el mañana; un constante desear la muerte.»

Dos días después, don Leoncio salió de viaje, con sus cajas de muestras. Quedaron solos en la casa doña Micaela y Urbano.

Ur día, al lado de Simona (en el septenario virginal de su luna de miel y de hiel), Urbano, como esos extraordinarios frutos mellizos que nacen y crecen dentro de una misma piel, se había contemplado escindido en dos hombres, sin detrimento de la unidad de su persona; uno el hombre externo, activo y plástico; otro el hombre espiritual, discursivo y analítico. Ambos hombres habían hallado ahora ocupación incesante. El hombre prácti-

co no paraba un punto. Tenía Urbano varias lecciones diarias. Sus discípulos eran muchachos poco más mozos que él. Para pasarles las lecciones, debía antes estudiarlas él mismo; estudiarlas, escudriñando su alcance, y no a la manera de antes, que las aprendía mecánicamente, para luego recitarlas de carrerilla, como si fuesen párrafos en Kopto o en Calmuco. ¡Qué placer; ir sabiendo y recibiendo noticias de lo actual y de lo pretérito; relacionar las cosas con los conceptos y los conceptos entre sí; corregir un concepto no ajustado, o sea injusto, intentando acomodarlo a la realidad, y corregir una realidad nociva y ciega inscribiéndola en un concepto preciso! Verdaderamente—discurría Urbano—los hombres no debieran empezar sus estudios académicos hasta los veinte años, que no sino entonces cabe amor al estudio y comprensión. No estudiaba Urbano solamente en los tratados; éstos no le proporcionaban sino sugestiones y conceptos, nociones geométricas, el perfil de las cosas; estudiaba con sus discípulos la vida, los cuales, por razón de paralelismo de edad con el pasante, no habían tardado en hacerse sus amigos y le confiaban todos sus afanes y experiencias. Cada hora que transcurría era para Urbano como el rápido volver las páginas de un libro cabalístico.

Aparte de la de sus discípulos, le ocupaban a Urbano otras dos amistades más estrechas: una la de don Cástulo, otra la del centauro Paolo. Don Cástulo había sido su maestro, y no le había enseñado nada. Es decir, eso creía Urbano hasta ahora; que don Cástulo no le había enseñado nada, sino superfluidades, citas poéticas, frases clásicas, episodios de la edad de Maricastaña, zarandajas. ¡Qué equivocado había estado Urbano!... Ahora que iba palpando con manos impacientes el cuerpo musculoso y cerril de la realidad cotidiana y que advertía su dinamismo tumultuoso y sus movimientos feos o crueles (Urbano comparaba la realidad con una potranca bronca, que todos se vanaglorían de poder cabalgar; pronto la salvaje criatura los derriba y arrastra, engargantado el pie en el estribo, hasta desnucarlos; pocos son los que se sostienen algún tiempo a lomos de ella); ahora era cuando Urbano comprendía el alto magisterio de don Cástulo y sus enseñanzas incomparables, sentimientos delicados, pureza de intenciones, amor a la belleza, desinterés en los pensamientos, culto de la inteligencia, elegancia del espíritu. Quizás estas enseñanzas—más ejemplares que expresas—de don Cástulo no valían cosa por sí mismas; pero tampoco la realidad cotidiana por sí misma valía nada, antes al contrario, era, aunque

fascinante, odiosa. El problema consistía en aplicar aquellas normas de don Cástulo al ejercicio de la íntegra y crespa realidad cotidiana. Aquí, Urbano empleaba otra metáfora: «Como quien dice, domar la bronca potranca y cabalgarla a la alta escuela.» Estas metáforas de equitación debíanse al amistoso contagio de Paolo. Paolo era un caballista acérrimo. No hablaba nunca, a no ser de caballos y de escuelas de montar. Tanto como de los textos escolares, de las confidencias con sus discípulos y del ejemplo de don Cástulo, aprendía Urbano del silencio de Paolo. Aprendía de él la paciencia y la esperanza. Paolo era un hijo sumiso. Su madre vivía todavía: siempre le llamaba «el niñito» (y Paolo andaba ya por los sesenta). Desde hacía cerca de cuarenta años tenía novia, a quien quería imperturbablemente. La madre se había opuesto al matrimonio, porque la novia era de condición humilde. Y Paolo estaba esperando con paciencia, sin que mermase su amor. «Si te impacientas—decía Paolo a Urbano—, ni dominas un caballo ni dominas tus sentimientos, sino que ellos te dominarán a ti. Si te impacientas, te descalabras; si te descalabras, te desconfías: hombre perdido.» De aquí provenían las imágenes hípicas de Urbano. Urbano no se impacientaba. Muy al revés: pasaban los días y Urbano se pasmaba

de su rápido curso, pensando: «Como han pasado estos días podrán pasar meses y años, y un día me sorprendo con que he dejado de querer a Simona. Eso no. Simona está en mí, es mi alma.» Y en esta linde sentimental comenzaba la hegemonía del hombre interior. Recordaba la frase de Espinoza, que tanto le había afectado, cuando por vez primera se estremeció al contacto del cuerpo de Simona: «alma, idea de su cuerpo». Su alma de él era la idea inolvidable del cuerpo de Simona. Aún perduraba en su epidermis la impregnación inmarcesible del cuerpo de Simona; aún la sentía, formando parte de sí propio, como los mutilados sienten presente el miembro desaparecido. Y esperaba sin impacientarse.

En las relaciones de Urbano con su madre el hombre interior había principiado por situarse en una postura cómoda; luego se había erguido en una actitud noble y abnegada. Todos los que adquieren una nueva facultad tienden a abusar de ella. Recién manifestada en Urbano la facultad del análisis interior, la sutilizaba y retorcía conforme su inclinación, en una especie de casuística egoísta, pensando entre sí: «Cuando mi madre me amaba descompasadamente no conseguía sino contrariarme, empequeñecerme y hacerme sufrir. Ahora que no me quiere—bien se ve—, parece que me

provoca a que por reacción me sienta dueño de mí mismo, y esto me proporciona un goce. Hay una como ley de compensación psicológica. Pero, analizándolo más hacia lo hondo, este goce escondido e hipócrita ¿no será un sentimiento vindicativo, un instinto de represalia: me hiciste sufrir, te hago sufrir; ojo por ojo, diente por diente? ¿Esa presumida ley de compensación psicológica será simplemente la vieja y brutal ley del Talión? ¿Es que llevamos todavía en la caverna de nuestro pecho al hombre primitivo, estúpido y sanguinario? Evidentemente. ¡Oh, qué alegría descubrirlo, conocerlo! Porque en cuanto una cosa está conocida, está asimismo dominada. Lo único que no se domina es el misterio. Ya te tengo, sujeta e inmóvil, bestia cavernaria, padre de los sentimientos bajos. No me dejo dominar de estos sentimientos. Yo los domino, puesto que los conozco. Y con qué sencillez he triunfado. Paréceme que si siempre pudiéramos comprobar cómo funciona el mecanismo de los telares con que nuestra alma teje sus ensueños, sus ilusiones, sus codicias, sus odios, sus desabrimientos, sus resentimientos, sus envidias, sus vanidades, sus recelos, sus espantos, la mayor parte de los conflictos de conciencia desaparecerían. Teje el alma unas engañosas tapicerías, con figuras que parecen de verdad, y nos pasman o

nos amedrentan; si las viésemos del revés, cesarían el pasmo y el susto.»

Y comenzó a amar a su madre con un nuevo amor, acendrado y consciente, amor del corazón y amor del intelecto. «¿Cuál es el mayor tesoro de la vida?», reflexionaba. «La vida misma. Estoy vivo; soy una criatura viva. ¡Qué tesoro! ¡Qué orgullo! ¡Qué entusiasmo maravilloso sentirse y saberse vivo! Aun el mismo dolor, el dolor más intenso, es un toque frenético de clarín con que el hombre pregona su victoria y sus prerrogativas sobre la naturaleza muerta, que no siente, y la naturaleza bruta, que no sabe. Nunca el hombre está más alto ni más vivo que cuando siente y sabe que sufre; cuando experimenta un dolor vivo. ¿Y quién me ha otorgado este tesoro por excelencia tesoro de tesoros, tesoro único en el universo: la vida? Tú, madre mía. Lleno de llagas y enfermedades, despreciado de las mujeres, aborrecido de los hombres, en una prisión sin luz, con un mendrugo negro por comida y un cántaro de agua pútrida por bebida; aun así y todo, por estar vivo—y quien dice vida, dice esperanza—me desharía en amor, ternura y gratitud hacia ti, madre mía, que me diste la vida. Aunque fueras la mujer más vil, infamada de los buenos, corrida de los malos a pedradas por las calles, condenada a garrote por la

justicia como criminal, yo te amaría lo mismo; te amaría más, infinitamente más, en la vergüenza y en la desgracia; y ofrecería a los jueces mi vida a cambio de la tuya, diciéndoles, con altivez y vanagloria: no hay otra mujer en la tierra como ésta; esta mujer es mi madre; quiero morir por ella; ningún mérito tiene mi acción; no hago sino devolverle lo que ella me ha dado: la vida. Aunque me odiases y me maltratases, de palabra y obra, yo humillaría la cabeza, te besaría la mano y murmuraría en mi corazón: gracias, madre mía, pensando en la vida que me has dado. Antes, cuando me amabas y me hacías sufrir, me rebelaba calladamente contra ti. Ahora deseo que me hagas sufrir más, más, más, a cambio de que ceses en tus sufrimientos; no sé cuáles son, pero bien veo que te están matando.»

A pesar de estos vehementes sentimientos, cuando don Leoncio le anunció que se quedaba solo en la casa con su madre, Urbano hubo de arredrarse. En la primera comida juntos, doña Micaela dijo:

—Urbano, ¿me temes? Anteayer dije a tu padre: nadie sufra por mí. Y yo soy de las personas que cumplen su palabra. Bueno; sin querer, ya te estoy haciendo sufrir. Pensarás que ha sido alusión a cierta palabra que me diste, sin yo pedirla. No he tenido mala intención. Se me ha escapado la

frase inadvertidamente. He nacido adornada con un raro talento, ¿sabes?, el talento de saber molestar a la gente. Te aseguro que éste es un talento muy raro. ¡Cuántos lo quisieran! Luego, ejercité tanto este talento que aun sin darme cuenta y contra mi voluntad lo pongo en práctica, como por rutina. Pero ya le he dicho a tu padre: Se acabó. Urbano, seamos amigos.

—Sí, madre—respondió Urbano, besando con dilatada adhesión la mano de doña Micaela.

De meditación una mañana en la iglesia de Pendueles (a los tres días de casado: Simona estaba, de rodillas, no lejos de él), Urbano había verificado un hallazgo acerca del mundo y los hombres; todas las personas mayores se van haciendo viejas sin dejar de ser niños; la única persona (había pensado entonces) que lo era cabalmente, sin mixtura ni asomo de niñería, ¡por desgracia!, era su madre; no parecía haber sido niña jamás. Proseguía en sus consideraciones: ¿no le estará tal vez reservada una niñez completa y tardía?

Acordábase Urbano ahora de aquellos pensamientos, observando a su madre hundirse por instantes en la puerilidad, a tiempo que por instantes envejecía. Desde mediados hasta el final de septiembre se transformó. El pelo se le volvió absolutamente blanco; la piel, casi negra, fruncida

en arrugas sinnúmero; el cuello, hinchado; los ojos, exaltados y fijos. Vestida a lo menestral, las manos a la espalda, paseábase todo el día a lo largo del pasillo, a grandes zancadas. Días enteros no desplegaba los labios; otros días, desde el amanecer hasta acostarse, salíale de la garganta un rumor encerrado y hervoroso, como gorjeo de un ave nada canora, y, de vez en vez, rompía en una risa inocente. A Urbano le decía:

—¡Ay, manojuelo de mis entrañas, manojuelo de plantas de olor! ¿Dónde están tus flores? Florece, florece. Tomillo y romero; salvia y espliego; manzanilla y malva real; hierbaluisa y laurel... Señor, yo lo quiero; Señor, yo lo ruego; Señor, que traigan el rosal; Señor, el rosal bajo el laurel. Con mis lágrimas regaré el jardín. Mi vida ofrezco en holocausto; Simón, no cortes las orejas al centurión.

Frente a su hijo, doña Micaela permanecía con sonrisa de arrobo. A Urbano se le laceraba el corazón. Sólo le consolaba la certidumbre de que su madre vivía ahora en estado de beatitud dichosa. Había ascendido al paraíso, hallándose todavía en carne mortal. La acariciaba como a una niña de cortos años:

—Esta es mi niñita, mi niñita querida—murmuraba Urbano, besando la blanca cabeza de su madre.

—¡Ah, tontuela! Niña me dices; la niña eres tú. El manojuelo floreció. Trajeron la rosa. Los ángeles la trajeron. En el laurel la injertaron. Angeles dijeron los ángeles que te llamases. Las trompetas del juicio tañen una muñeira. Tanto bailé con el ama del cura...

Desde entonces, doña Micaela aseguraba que Urbano era una niña, Angeles de nombre.

Urbano no podía acompañar mucho tiempo a su madre. Andaba muy atareado con los exámenes de sus discípulos y los últimos arreglos de la Academia de don Cástulo, que se abriría a principios de octubre, bajo el rótulo de: «El vergel de Atenea». La verdadera diosa que presidía los destinos de este incipiente vergel no era la hija de Zeus, sino Conchona, fértil en recursos. Ella lo había dirigido y dispuesto todo, con insuperable parsimonia económica, comodidad, limpieza y buen gusto sencillo. Estaba instalada la Academia en un caserón antiguo, lo más majestuoso y a propósito al caso; a la espalda, un hermoso huerto, para la recreación. Contaba ya con veinte alumnos internos, a pensión de veinte duros por mes, y más de cuarenta externos. Don Cástulo había querido adornar el refectorio y las clases con yesos clásicos de Venus desnudas. Pero la sutil Conchona le hizo encarar este dilema práctico: o tener la Aca-

demia llena de estatuas en pelota y sin un alumno, o tenerla llena de alumnos y sin una estatua. Don Cástulo había respondido: «Tienes razón, aguda Conchita. Vergüenza me da vivir en estos tiempos; pero tienes razón. Desterraremos la belleza inmortal de este vergel. Huyamos, sin embargo, los extremos, que son viciosos siempre. Has dicho que sin una estatua; eso no. Una tendré en mi despacho: la Afrodita de Melos. Y si los gazmoños papás de mis pupilos se escandalizan y me retiran su favor, allá ellos. Prefiero no tener un solo alumno a vivir sin una sola convicción.»

Urbano deseaba que don Cástulo volviese a visitar a doña Micaela:

—Le participa usted la próxima apertura de la Academia. Se distraerá, oyéndole. Se alegrará con su buena fortuna. Siempre le ha querido. Manía tenía por usted.

—Y yo la he querido, y la quiero. Mira, Urbano, tu madre es la mujer más admirable y extraordinaria que he conocido; más aún que Conchita (que aquí está presente), y es cuanto puedo decir. No me ciega el amor conyugal. Conchita posee en grado sumo todas las virtudes vulgares, caseras; para mujer propia, un arquetipo. Pero las cualidades y talentos de tu madre, su carácter señaladamente, son de esos que aparecen por excepción

en el deleznable barro humano. En otras edades, tu madre hubiera llegado a ser reina, emperatriz, papisa. Y no digamos, si nace hombre. Por todo lo cual, tu madre me da miedo. Después de tantos años de ser como de la familia, me he escapado egoístamente, no os he dado parte de la boda, no he vuelto por allí. Si ahora me ve... No lo quiero pensar.

—Mi madre no es la mujer que usted ha conocido. Se va usted a asustar y compadecer de la triste situación a que ha descendido. Es una criatura inocente, toda dulzura y timidez.

—Vaya, señorín, vaya; es obra de caridad—rogó Conchona, pasando la mano a don Cástulo por el cogote.

—Vamos, Urbano. Conchita, dame el sombrero.

—¿Pero va usté a salir así?—preguntó Conchona, en jarras.

—¿Cómo así? Pues ¿qué tengo?

—Sin abrocharse el pantalón—murmuró Conchona, muy encarnada.

—¡Cielos!—rezongó don Cástulo, avergonzadísimo, enmendando el descuido—. Es un olvido (insociable, soez; lo reconozco) en que he incurrido con frecuencia, desde niño. Como concedo tan poca importancia al atavío y al bien parecer... Urbano te puede decir que esto me sucedía con fre-

cuencia. Micaela me lo reprochaba y don Leoncio se reía. También llevaba la corbata torcida y los puños de la camisa sin gemelos, lo cual, gracias a tus manos providentes y solícitas, ya no me pasa ahora.

—Es verdad, Concha—confirmó Urbano.

—Si ya lo sé. Si yo misma, aunque me esté mal el decirlo—bajando los ojos—, noté ese descuido algunos días, cuando llegó usté a casa de doña Rosita. Pero, ahora, de casado, es distinto. ¿Qué se figurará la gente? Pues ¿y si le ven así los alumnos? Le perderán el respeto.

—Me corregiré, Conchita. Ea, adiós. Dame un beso y perdóname.

Doña Micaela recibió a don Cástulo con muestras de alegría infantil.

—Cástulo, Cástulo—decía doña Micaela, riéndose alborozada—. Vuelves, con el rodar de los años. Cuántos años, cuántos años. ¿Te acuerdas? Eramos niños. Jugábamos bajo los arcos de la plaza del Mercado... ¿Sabías que he tenido una niña? Angelines; aquí está. Ahora te quedarás ya con nosotros. Serás niñera de mi niña. Te pondremos delantal blanco y cofia. Tú siempre has sido un poco mariquita. Bueno, que te preparen la habitación. Aquí te quedas; no te dejo marchar.

Don Cástulo la escuchaba con luto en el espíritu. Apenas le obedecía la lengua al responder:

—Micaela; vendré a verte a menudo. No puedo quedarme, ¿sabes?, porque... Dispénsame que no te lo haya dicho de antemano... Estoy casado.

—¡Ah, sí! Se me olvidaba. Y ¿quién es tu marido?

—¿Cómo mi marido? Dirás mi mujer, Micaela.

—No digo tu mujer, sino tu marido.

Don Cástulo guardó silencio. Le dió un vuelco el corazón. Siempre había sido sincero y valeroso para consigo mismo, en sus cogitaciones y exámenes de conciencia (en lo único en que no era cobarde). Pensó ahora: «Mujer excepcional; hasta en su locura y sinrazón la inspira un soplo adivinatorio. Mirándolo bien, ¿no es Conchita el marido y yo la mujer?» Por no contrariar a doña Micaela, respondió don Cástulo:

—Mi marido, Micaela, es un hombre casi perfecto.

—No lo dudo; más fácil es hallar un hombre perfecto, ¡ya ves mi Leoncio!, que una mujer perfecta. No pienses que los hombres, por regla general, son más perfectos que nosotras en lo tocante al alma, no. Nosotras, de alma, somos más perfectas, por más limitadas. La imperfección es del cuerpo. Eso que los hombres llaman nuestra perfección, el tener cuerpo de mujer, y todas las servidumbres con que está dañado el cuerpo de la

mujer; eso es nuestra imperfección, a tal punto que a veces la imperfección de nuestro cuerpo estropea la perfección de nuestra alma. Qué mal hecho está el cuerpo de la mujer. Ya ves el parto, qué barbaridad. ¿Vas tú a parir, Cástulo? ¿Cuándo pares?

Don Cástulo la escuchaba entre fascinado y empavorecido, como a una criatura más allá de las habituales regiones del espíritu, a quien él reputaba insensata y genial, de consuno. Se le hacía demasiado duro—aunque fuera siguiendo el humor a una loca—contestar a la última pregunta, alusiva a lo que para él representaba la mayor emoción de su vida.

—Contéstame—insistió, suplicante, casi llorosa, doña Micaela.

—Dentro de ocho meses—respondió don Cástulo, desfallecido, con imperceptible aliento.

¡Oh Dios! Aquella secreta emoción de llegar a ser padre, que él conceptuaba como la más sublime («el corazón de un padre es la obra maestra de la Naturaleza», recordaba haber leído, en alguna parte), bien poca cosa era comparada con la emoción continua, creciente, entrañable, abrumadora y dolorosa en que la madre está totalmente absorbida el largo lapso desde que concibe hasta que da a luz el hijo. Esto se lo había hecho sentir,

más que comprender, doña Micaela, por virtud de su aberración cerebral, ahora, en una especie de sugestión física. Añadió don Cástulo, con voz segura y triste:

—No digas, Micaela; no es imperfecto el cuerpo de la mujer sino cuando se le quiere emplear en aquello para que no ha sido creado. Nada hay en la tierra que el hombre tanto maltrate como al trigo, a la uva, al lino y a la mujer. El hombre los arranca del lugar donde nacieron y crecieron, los tira por tierra, los desprecia y humilla, los pisotea y apalea, los tritura y aniquila, para exornar su casa y gozarse con ellos en forma de pan, vino, hilo e hijos, puesto que todos los halagos sensuales de la existencia se circunscriben al comer, al beber, al amar, al vestir y al yacer. El hombre hace hijos, hace telas de hilo, hace vino y hace pan; pero el pan sigue siendo carne del trigo, el vino sangre de la uva, la pureza del hilo pureza del lino, el hijo carne, sangre y pureza de la madre. ¿Qué ha puesto el padre en él? El pan es sagrado y consagrado; el vino es sagrado y consagrado; el hilo es sagrado y consagrado. Sagrada y consagrada sea la mujer, sobre todas las cosas. En el sacrificio que el hombre celebra, como homenaje de gratitud a los dioses, rindiéndoles culto interesado, por que le conserven la felicidad

de vivir, el ara está revestida con hilo, se liba del vino, se bendice el pan; y la mujer es la víctima propiciatoria. ¡Santo destino el de la mujer!

—¿Me tomaste por loca, Cástulo? A otro can. No estoy loca. Te oigo boquiabierta. Dices verdad, como si Salomón te soplase al oído. ¡Santo destino el de la mujer! Malhaya la mujer que se enemista con su destino. En todo te aplaudo menos en eso de hablar de Dios en plural, vieja y risible manía tuya... Los dioses... como si fuesen judías o castañas, que nunca se dice en singular (la judía me enamora; a mí que me den la castaña), porque se entendería otra cosa. Pero, en fin, no cortes las orejas al centurión, Simón.

Toda esta charla había sido peripatética, paseando arriba y abajo del pasillo, doña Micaela y don Cástulo, de interlocutores; Urbano, de oyente, y tan pronto le entraba comezón de reír, como aflicción patética, como deslumbramiento, como meditativa preocupación.

Al final del diálogo, doña Micaela no dejó de pronunciar las obligadas invectivas contra la riqueza. Don Cástulo salió muy removido en sus viejos afectos. Prometió volver a visitar a su amiga de niñez frecuentemente.

PLENILUNIO

OS CUENTOS DE HADAS son mitad verdad y mitad mentira Lo triste de los cuentos de hadas encierra una verdad de la experiencia cotidiana, una verdad vulgar; la parte maravillosa todos sabemos que es mentira, pero es una mentira dulce, más preciosa y saludable, y, en resolución, más verdadera que la misma verdad.

Con cuentos tristes de hadas se tropieza uno a cada paso, en las chozas de los leñadores, en las cabañas de los mareantes, en las garitas de los torreros, en las sendas de los peregrinos, en los atrios de las iglesias, en las buhardillas de las ciudades, en los sótanos de los palacios; por dondequiera.

Aquella casa, aislada de las otras, al extremo de la calle, circuida por un jardín sin cuido ni desbrozo, pintada de un color verde de bilis o ajenjo, contenía un cuento triste de hadas en acción. De las ventanas colgaban siempre, a secar, blusas de colores escandalosos, enaguas y cintajos; en ocasiones, asomábanse unas mujerotas, largas y flacas, de fosca catadura brujesca, muy pintada la piel, muy esponjoso el pelo, y con lacitos; a menudo, oíanse dentro gritos cascados y querellosos, altercando. Por el alero deslizábanse a veces un

gato negro y bruñido, como de alquitrán, y un gato blanco y leve, como de algodón. El humo que salía de la chimenea era casi bermejo, como humo de azufre, manaba en un surtidor sutil e iba trazando signos agoreros sobre la atmósfera azul.

En aquella casita estaba encerrada Simona. Sus guardianes eran las siete solteronas, hermanas del clérigo que acompañaba siempre, como capellán, a la madre de Simona. En Regium, donde vivían, murmurábase, como cosa averiguadísima, que el clérigo había sacado mucho dinero a la viuda y que era uno de los más responsables de su ruina. Las siete hermanas habían sido menestralas; ahora vestían como unas petimetras. Habitaban primero un sotabanco pobre; ahora, casa propia. Cada vez las trataba menos gente, pues, por todo esto, estaban muy desacreditadas. Por todo esto, pero sobre todo porque eran feas, antipáticas, presumidas, cascarrabias y envidiosas, bien que ellas no tuvieran culpa de haber nacido así, ni de las hazañas del hermanito. Parecía que el mismo diablo las había bautizado, con nombres cristianos, porque esto es inevitable, pero eligiendo de entre ellos los más desgraciados del santoral; tres, comunes de dos, que así valen para un varón como para una hembra, Práxedes, Leonidas y Onofre;

dos, que sonaban a veneno de la botica, Arsenia y Sulforiana; uno, que sonaba a tormenta, Trifona; uno, que sonaba a crimen, Degollación. Comenzando ya desde el crisma y el bautismo, las siete hermanas estaban furiosas con todo lo que les ocurría. Mil veces intentaron hacer un arreglo en el nombre, como los hacían con vestidos, manteletas y sombreretes, y adoptar un diminutivo gentil; pero aquellos infaustos rótulos personales no tenían compostura posible. Eran indelebles; eran el mal sino. No acertaban a explicarse si la gente se reía de ellas a causa del nombre o si el nombre parecía estrafalario por llevarlo ellas. «Porque—decía Arsenia, que era la más racionalista—¿hay nombre tan malsonante como Cleopatra? Y sin embargo dicen que es muy bonito, muy poético y qué sé yo. Todo porque cuando se oye Cleopatra se piensa en una mujer guapísima, reina además, y sobre todo meretriz. Si Cleopatra se hubiera llamado Trifona o Práxedes también lo encontrarían precioso. Si nosotras fuéramos princesas alegres de cascos, pondrían nuestro nombre en verso. Si yo me llamase Simona, lo mismo se reirían de mi nombre. Se llama así esa mocosa y todos lo celebran como un nombre dulce y lindo. Creedme, hermanas, los hombres son idiotas.»

Al ordenarlas la viuda que recogiesen a Simo-

na, alegráronse, calculando que les pagaría una buena pensión por mantener de huéspeda a la hija y cuidar de tenerla bien guardada. Doña Victoria había escrito a Práxedes, la mayor: «Por un telegrama de un amigo de confianza me entero que el marido de Simona la ha abandonado tan pronto como supo de ciertas pérdidas de fortuna que me han acaecido, creyéndome sin duda arruinada y en la calle. El y su familia son gentuza, criados en infames pañales, sinvergüenzas y estafadores, que se hacían pasar por ricos y me burlaron con promesas mentirosas. Cuando averigüen que no estoy para pedir limosna, ¡gracias a Dios!, ese mozuelo descastado y holgazán querrá de nuevo vivir con Simona y que yo les mantenga. De ningún modo. En ustedes confío que sabrán evitar este riesgo. Son siete para vigilarla.» De dinero, con que pagar este servicio, nada decía la viuda. Las solteronas consideraron que era excusado hacer mención; lo sabido se calla. No iban ellas a aceptar una carga y una responsabilidad de balde.

Fueron por Simona. Todo se les volvía darle mimos y decirle ternezas; pero eran mimos simulados y ternezas hipócritas, como en la fábula del lobo que quería seducir al cordero, para devorarlo. El corazón se les agriaba de celos y odiosidad.

Ellas, tan amojamadas y huesudas; Simona, tan fragante y tierna. Ellas, tan amarillas; Simona, tan blanca. Ellas, cardos; Simona, violeta. Ellas, talludas, y todavía sin novio; Simona ya casada, una chiquilla. «Cielo», «Preciosidad», «Alba de primavera», «Jardín florido», «Rosa de musgo», «Arroyo del Edén», «Pintura al óleo», le decían, con torcida mueca, las siete solteronas, Práxedes, Leonidas, Onofre, Arsenia, Sulforiana, Trifona y Degollación, pasándole, a modo de caricia, por cabeza y espalda, la mano, que se les engarabitaba nerviosa, con impulsos de arañar, y deseándole, en la sombra de sus corazones, que le diesen las viruelas. Ni siquiera tenían el consuelo de que Simona se desolase por el abandono y ausencia de Urbano, bien que ellas lo procuraban sin descanso, con palabras pérfidas. «Pobre mártir—suspiraban, contrahaciendo ademanes de compasión y gozándose en las entrañas—, sacrificada a un hombre villano y cruelísimo. Hiena en dos pies, eso es. Sólo tu dinero buscaba. Creyéndote pobre, escapó rabigacho. Bien haces en aborrecerle. Mucho dolor te causa; quieres olvidarle y no puedes. Tardarás en arrancar su recuerdo de tu alma; dura espina. Paciencia, preciosa, paciencia. Ojalá se muriese. Quedabas libre. Otro marido no te ha de faltar; si no ahora, andando los años. Eres dema-

siado niña. Te ocurrió lo mejor. ¿Qué hacías, casada con un hombre así? Fortuna, que enseñó su hilaza. Como palomo ladrón, osado sería de volver, si sabe que tu madre aun tiene cuartos. Tú te esconderías de él y le despreciarías, ¿verdad, paloma? Y si flaqueases, que, como una niña acaso eres crédula y simple, acuérdate de lo que dice tu madre. Lee otra vez estas líneas de su carta. Tus guardianas nos instituye. Si viene como gavilán, aquí estamos siete gavilanes. Por si acaso, bueno es que no salgas de casa. Triste de ti; qué lástima nos das. ¿Qué le vamos a hacer? Por nosotras no dejes de llorar. Llora cuanto quieras, que el lloro es bálsamo.» Y se repudrían y encolerizaban íntimamente, viendo que Simona lejos de llorar sonreía, angelical. Simona no les tenía miedo a ellas ni a nadie. Contra todos los enemigos malignos sabía unas palabras que destruían el maleficio y llevaba en el seno un talismán; las palabras de la abuela («volveréis a arder en la misma hoguera») y la carta de Urbano. Simona sonreía, y las solteronas, rabiando por dentro, inventaban nuevas frases ponzoñosas, a fin de irritarla de alguna manera. «No ponemos espejo en tu alcoba, por si eres aprensiva. Por la misma razón, tenemos nuestros aposentos bien cerrados. ¡Ay, cielín; no queremos que te desconsueles ni amilanes! Consumiéndote

estás. Hasta fea te vas poniendo. Lo que se llama guapa, nunca lo fuiste, pero los pocos años y los colores sanos suplen la lindeza. Perdiste la buena color. Decímostelo nosotras y no es menester que te mires al espejo y te asustes.» En efecto, encerrada sin salir al aire, Simona tenía la tez cada día más láctea, los labios más carmesí, el cobrizo pelo de un tono más pulido, los ojos de azabache más brilladores: estaba más hermosa. Las siete solteronas proseguían, exasperadas: «¡Cómo echarás de menos los días del bodorrio! Dinos: el matrimonio ¿es cosa rica? ¿Besábate mucho? ¡Ah ladrón! ¿A qué saben los besos? ¿Cómo te quedó la lengua, dulce o amarga? Cuando te abrazaba ¿qué te decía? ¿Dábate un cosquilleo cuando te tenía? Apuesto que sí. Y ahora, durmiendo sola, como viuda. ¿Y aun te quejas, tú que lo cataste?

Estas preguntas herían y desconcertaban a Simona; pero ella no lo dejaba traslucir. Sonreía siempre. Las siete solteronas cuchicheaban luego, en conciliábulo: «Es una pánfila.» «Sangre de chufas.» «No lo creas. Una cosa da a entender, otra esconde. Doblez, mucha doblez, tiene en la cáscara esa chiquilla.» «¿No le visteis la sonrisa aviesa, el ojo mofador?» «En eso sale a la lagartona de su madre, que nunca pude atravesar, pese a nuestro hermano.» «Búrlase de nosotras, a las claras.»

«Ya nos las pagará.» Las siete solteronas, que siempre andaban a la greña antes de la llegada de Simona, se habían hermanado ahora en un sentimiento común de aversión y de envidia hacia su prisionera. Toda su preocupación, durante toda su vida, había consistido en cazar un novio; con la presencia de Simona, esta preocupación se exacerbó al extremo del frenesí. Tenían un San Antonio de Padua catalán (porque la imagen estaba fabricada en Barcelona), abogado de las solteras sin novio, a cuyos pies ardían noche y día siete lamparillas de aceite, una por cada hermana luego las lamparillas eran catorce, luego veintiocho, y así en progresión geométrica, como si, en un anhelo ciego de tardío desquite, las siete solteronas aspirasen inconscientemente a la biandria y después a la poliandria. Cuando no unas, las otras pasaban largas horas en la iglesia, haciendo votos y ofrendas a la Virgen, a San José y al Niño, para que les concediese un novio, siquiera fuese de tercera clase. Aparte de este conato de soborno místico, se entregaban a otras prácticas supersticiosas: consultar los naipes, hacer auspicios con las aves y, particularmente, adivinar el porvenir según la conducta de los dos gatos. El gato negro se llamaba *Barrabás;* el blanco, *Lohengrín.* Cuando *Barrabás* salía al tejado a maullar amorosamente,

predecía «hombre moreno»; si *Lohengrín*, «hombre rubio». Al primer regazo adonde saltaba el gato, después de su predicción, significaba que aquella era la predestinada al «hombre rubio» o al «hombre moreno». Todas las siete solteronas competían en agasajar a *Lohengrín* y *Barrabás*, en captarles su favoritismo, de suerte que, volviendo del tejado, les saltase la primera en el regazo. Cuando esto sucedía, la interesada, durante un mes, comía con los ojos a cuantos hombres rubios o morenos, según el oráculo, veía en la calle o en la iglesia. Inútilmente. Pero las solteronas no desesperaban. Desde que Simona entró en la casa, *Barrabás* y *Lohengrín* se le aficionaron y los dos se disputaban acomodarse runruneando en el enfaldo de la niña. Sólo esto faltaba para colmar de ira a las siete solteronas. «¿Cómo es tu marido?», preguntaban a Simona. «¿Rubio o moreno?» Simona respondía: «Ni rubio ni moreno.» «Será acebrado», comentaba Trifona, que era la que dominaba a todas, por su carácter despótico y su talento para el sarcasmo.

Pasó un mes y doña Victoria no mandaba dinero. Y otro segundo mes, también de vacío. Las siete solteronas se reunieron en conciliábulo, cuchicheando: «Está visto que la viuda no suelta mosca.» «Se figurará que es obligación nuestra re-

coger y calentar en nuestro pecho a esa viborilla.» «Piensa acaso, aunque no lo dice, que nuestro dinero es suyo.» «¿Suyo? A mí no me consta de dónde procede mi dinero. Mi hermano me lo dió, que es sacerdote, y no lo iba a robar. Poco o mucho, el dinero es nuestro y bien nuestro.» «No te sulfures. ¿Quién se atreverá a decir lo contrario?» «La mano pongo en el fuego a que ahora la viuda vive de guagua y a costa de nuestro hermano. Es un bragazas y por ahí se pierde.» «No critiques; vengamos a cuento. ¡Guapa pejiguera nos cayó con la rapaza!» «Del mal el menos; que trabaje y ganará lo que come.» «Ahorraremos en criada.» Desde aquel día, Simona trabajó para las siete solteronas. Esperaban que se rebelase o al menos que se lamentase. Simona, con dulzura sonriente, dijo: «Mi gusto es trabajar. Enséñenme a hacer las cosas bien; corríjanme si no acierto. Quiero aprender a ser muy mujer de mi casa.»

Murmurábase en Regium que las siete solteronas se aprovechaban sin pudor del dinero ajeno, sustraído sacrílegamente por su hermano, y que, para mayor abominación, a la que debiera ser legítima poseedora de aquel dinero la mantenían secuestrada y hambrienta. Todo el mundo dejó de tratar a las solteronas. Hasta el sacristán de la iglesia de San Tirso volvía la cabeza y hacía como

que no las oía cuando ellas le hablaban; fenómeno explicable, porque al dicho apagavelas le salían del agujero de los oídos unos matorrales pilosos como pelotas de crin. Se les hizo imposible la vida en Regium. Una mañana hallaron que durante la noche les habían apedreado la fachada con excremento vacuno. Otros días, aparecían letreros difamatorios, escritos a brochazos con imborrable galipote, que chorreaba. Las solteronas se cobraban de estas afrentas descargando su furia sobre Simona. La insultaban con saña. En esta situación presentóse un forastero, que pretendía alquilar la casa. Degollación, que era la más astuta, y tenía ideas de malignidad chinesca, propuso: «Dios, que no sufre ver perseguida la inocencia, es nuestro aliado. Alquilemos la casa. ¿No llevamos la incumbencia de Simona con nosotras? Ayúdenos la viuda con su escote. Aquí nadie nos quiere bien; vayamos a una gran población, donde no nos conozcan. Pilares es sitio que ni pintado. Unas casas hay allí, de la viuda, en la calle del Calvario. Uno de los pisos, vacío. Este piso tenían destinado a Simona, en casándose. Casada está; que viva en él. Y nosotras también. Alzamos el vuelo y cátanos allí, en un santiamén. El marido vive en Pilares, con sus padres. Mejor que mejor. Le entrará inquietud a la viuda, por si los tórto-

los se ven y se encandilan otra vez. Que no sea así, de nosotras depende. Pues no faltaba otro dolor de muelas... Pero deja a la viuda que se sobresalte. De esta forma la tendremos a nuestro albedrío. Lo que le pidamos hará, porque guardemos segura a la niña. Y en cuanto a la niña... ¡Cielín, monina, preciosidad; lo bien que lo vas a pasar con el maridito tan cerca!... Tan bien como aquel a quien dan a comer bacalao crudo y luego le ponen agua cristalina al alcance de la mano, pero no se la dejan probar. Nuestra recompensa; su castigo. Hay un Dios de justicia. ¿Qué me decís?» Las otras seis no decían nada, porque el alborozo les había llenado la boca de saliva viscosa y no podían hablar.

A principios de noviembre, las siete solteronas, Simona y los dos gatos, se aposentaron en Pilares, en aquel piso de la calle del Calvario donde Urbano y Simona creían que iban a vivir la fase segunda y perdurable de su luna de miel. El antaño soñado nido de amor, nido de serpientes hogaño.

No tardó Urbano en saber que Simona estaba en Pilares. Paseó varios días la calle, enfrente de la casa, la mirada fija en el balcón. Las solteronas estaban siempre asomadas. Ni para comer se retiraban, figurándose que aquel galán era el cortejo de alguna de ellas. Todas siete le hacían dengues

seductores y le enviaban sonrisas espasmódicas; cada una, en la ilusión de ser la predilecta. «Vaya un coto de caza este Pilares—decían, exaltadamente—. Al primer tranco, saltó la liebre. ¡Y qué liebre!» Urbano, sin saber qué pensar de aquel juego ridículo y desesperante, continuaba, con la esperanza de llegar a ver a Simona, paseando arriba y abajo, la mirada fija en el balcón, que le parecía una jaula de monas de titiritero, vestidas de mamarracho. Hasta que averiguaron las solteronas que el galán era el marido de Simona. Rabiosas, cerraron balcón y ventanas, con maderas y todo. Ahora, visto por fuera, dijérase que el piso estaba deshabitado.

Urbano fué a desahogarse con sus dos grandes amigos, don Cástulo y Paolo. El temía—les dijo—hasta que aquellas siete furias fueran capaces de dar tormento a Simona.

Paolo discrepó, moviendo fogoso la cabeza, los ojos horrorizados: era su estilo de elocuencia sin palabras. Alma pura e inofensiva, no podía aceptar que existiese maldad en el mundo.

Dictaminó don Cástulo, con sus distingos y vaivenes de pensamiento:

—Que le den tormento, no lo creo; por muchas razones. Ahora, que no sean capaces de dárselo... ese es otro cantar. Si no se lo dan es porque no se

atreven o porque no les conviene; pero no por falta de ganas ni porque no sean capaces. Son solteronas y son beatas. El celibato se basta para hacer de una mujer un monstruo. El abuso de las prácticas religiosas se basta asimismo para hacer un monstruo de una mujer. Reunidos celibato y beaterio, esos dos agentes de deformación corporal y psicológica, el resultado es un tipo de monstruosidad mucho más monstruoso que cuanto ha concebido la pusilánime imaginación de los hombres sencillos. El endriago, el vestiglo, el vampiro, la arpía, el basilisco, el dragón, la tarasca, son como canarios enjaulados o perrillos falderos si se les coteja con la perversidad y la fealdad de una solterona beata.

—¡Vaya un consuelo que usted me proporciona!—exclamó Urbano.

—Hijo mío, la verdad es el único consuelo de los hombres fuertes.

Resultaba algo cómico oír a don Cástulo, tan endeble, asentar este duro aforismo.

—Usted ¿qué me aconseja?

—¿Qué le aconsejaría usted, Paolo?—preguntó, a su vez, don Cástulo.

Paolo, con un gesto inequívoco de las manos, aconsejó esperar, esperar...

—Pero Simona sufre—replicó Urbano, acalorán-

dose—. Yo podría esperar. Lo que no puedo es decirle a Simona: sufre, amor mío, sufre y espera.

—Lo primero: ¿quién te dijo que Simona sufre?—opuso don Cástulo—. Las que sufren, de seguro, y sufren que braman, son las otras, las solteronas. Si encerrase Simona en el alma unos granitos de mala intención (lo cual es conveniente, pues da sazón a la vida como la sal a los manjares), la furia envidiosa de las solteronas le proporcionaría ocasión de gozarse. No es que te niegue, en absoluto, que Simona sufre. Por naturaleza, por maldición divina, por lo que sea, el amor, en la mujer, va acompañado siempre de sufrimiento. Si la mujer quiere emanciparse del sufrimiento, emancípese del amor; que es el caso de la prostituta. En todos los demás casos, el hombre hace sufrir a la mujer, sólo por el hecho de amarla. Tú haces sufrir a Simona; en estos momentos la estás haciendo sufrir; pero te juro que, de todas las formas de sufrimiento que necesariamente has de causar a Simona, el sufrimiento que ahora le produces, obligándola a esperar, es el más leve, el más llevadero, el más gustoso. Ella te lo dirá, después de muchos años, recordando estos días.

Hubo una pausa. Urbano dijo:

—¿Ha concluído usted ya? Pues sigo donde estaba. Nada práctico me ha dicho,

—Dispensa, Urbano. ¿Querías algo práctico? Pues allá va. Sal de aquí al Juzgado y reclama ante el juez a Simona, como tu legítima mujer.

—Eso que usted propone es absurdo.

—Por el contrario, todos dirán que lo absurdo es lo que a ti te sucede.

—Todos menos usted. Yo no estoy casado.

—Casado sí que lo estás, ante Dios y ante la ley. Todavía, hace tres meses, aunque también casado, quizás por respeto y temor a tu madre, que se obcecaba en deshacer el matrimonio, cabía que tú te juzgases casado a medias y en vísperas de divorcio. Ahora, desdichadamente, tu pobre madre nada puede hacer ni deshacer, y a ti no te he oído que pensases proseguir el proceso de divorcio.

—Porque no hace falta; porque no estoy casado. Ni ante Dios ni ante la ley, puesto que no lo estoy ante mi conciencia. Ni tengo intención de sentirme casado dentro de media hora. Reconozco que no soy un hombre del todo hecho, para admitir alocadamente esa responsabilidad, como la otra vez.

—Pues entonces...

—Pues entonces, su idea de reclamar a Simona ante el juez es descabellada. Aun admitiendo que yo me considerase casado, ¿con qué nos íbamos a mantener? ¿De dónde saco yo el dinero?

Aquí, el taciturno Paolo rompió a hablar, con labio balbuciente:

—Yo soy rico. Mi dinero es tuyo.

—Eso sería vivir de limosna.

Paolo se ruborizó. Don Cástulo dijo:

—De la Academia sacas un sueldecito, que aumentaremos cuanto tú hayas menester. Podías comenzar por vivir con modestia.

—Otra limosna. Además, no quiero vivir con modestia, y mucho menos obligar a Simona a la escasez. Soy ambicioso.

—Herencia materna—comentó don Cástulo.

—Y voluntarioso; también herencia materna—afirmó Urbano, con ceño, proyectando fuera la recia mandíbula—. Tengo mis planes.

—¿Por qué, entonces, nos consultas?—inquirió don Cástulo, con boca redonda, de pez, gesto que solía componer para expresar el asombro.

—Consulto nada más que lo que me pasa con Simona.

—Pero ¿qué es lo que pides? Sepamos, con claridad.

—Toma, pues si yo lo supiera... Salir de este estado, por lo pronto. Verla... siquiera de lejos. Hablarle... siquiera por señas. Escribirle, por lo menos.

Paolo y don Cástulo meditaban sobre este gra-

ve problema, como si se tratase de un asunto suyo personal.

—Quien puede dar solución al conflicto es el *Pentámetro*. En ardides de amor ese galopín sabe más que Ovidio—sugirió Paolo.

Urbano batió una mano contra otra, en señal de júbilo, aplaudiendo la ocurrencia.

—Pensaba yo—susurró don Cástulo, como hablando entre sí—pue puedes verla pasado mañana. Hoy es viernes. Domingo, tempranito, te colocas de guardia en la calle. A misa la han de llevar...

Urbano batió palmas nuevamente. En esto surgió Conchona, seguida de *Cerezo*, celador, ahora, del Vergel de Atenea. (Hallábanse los tres interlocutores en el despacho de don Cástulo, antes de la hora de cenar; sitio y hora acostumbrados para reunirse tres días por semana.) Conchona, apenas saludó, encaróse, los brazos en jarras, con don Cástulo, diciendo:

—¿Se quiere abrochar los pantalones? ¡Ay, qué santín de Dios! Me desespera. La sangre se me revuelve cada vez que le veo así. Va a darme un mal. Por éstas, míalas, mañana le encargo a Virolo, el sastre, que le haga unos pantalones que se abrochen atrás, como las faldas de las mujeres. Al menos, así la abertura taparála la chaqueta.

—Lo que tú quieras, mujercita adorada—dijo don Cástulo, acariciando a Conchona en los mofletes—; pero, por Dios, no te excites ni disgustes. Ahora necesitas un régimen de tranquilidad, magras y buen vino.

—¡Ay qué señorín!—suspiró Conchona, los ojos en blanco, dilatando su ya dilatada boca, que poseía una elasticidad inesperada—. Con una palabra, amánsame. A mí no me importa que se olvide de abrocharse; como si va en calzoncillos. Dígolo por los otros, sobre todo por los alumnos de la Academia, que son neños y burladores. ¿Entiéndeme?

—Pero, Conchita, ¿cuándo me vas a tratar de tú?

—Todavía no me atrevo. Ya llegaré. Ya llegaré.

Paolo, aunque taciturno, no quiso dejar de dar su dictamen acerca de los pantalones. Era un punto de amor propio.

—Yo lo que usted, don Cástulo, me hacía unos pantalones de trampa, como éstos—y se puso en pie, con sus pantalones ceñidos y sus botas altas—. Todo el mundo se ríe de mis pantalones; pero he comprobado que son lo más cómodo y seguro para cabalgar y para apeonar. Con ellos no cabe ese descuido que su señora tanto lamenta.

Paolo nunca decía montar a caballo y andar a

pie; decía cabalgar y apeonar, un caballero y un peón.

Conchona pidió a Paolo un par de pantalones, para modelo. Y levantaron la sesión.

El domingo, muy temprano, ya estaba Urbano de centinela en la esquina de la calle. A las seis de la mañana salió Simona, entre las siete solteronas, que la escoltaban cercándola. Amanecía premiosamente, entre una neblina cenicienta. Urbano siguió a su novia (su novia la llamaba, mentalmente) a distancia. Entraron las mujeres en la iglesia de Santo Domingo. Urbano, detrás. Las siete solteronas, con su cautiva, se arrodillaron cerca del presbiterio, que era donde había más luz. Urbano fué a situarse próximo a una lámpara de aceite, a fin de que Simona le pudiera ver. Con el corazón, la llamaba a gritos: «¡Mírame, Simona mía! ¡Mírame; por Dios te lo pido!» Como si hubiera oído estos gritos silenciosos, Simona se volvió a mirarle, derechamente, sin vagar con los ojos de uno a otro lugar, y mirándole quedó, largamente, sonriendo. Y ahora sí que Urbano sintió una como necesidad inaplazable de lanzar un alarido enorme. Hubo de contenerse; y el alarido, que no pudo salir libremente, brillante y desgarrador como la espada de San Miguel, le atravesó un costado, al volverse hacia adentro, causándole

un dolor vivísimo. Simona continuaba mirándole, y él hundiéndose en una agonía deliciosa. Si quería respirar, el dolor se le acrecentaba. Permaneció sin aliento, extático. Entornó los ojos, reconcentrándose en su emoción. Volvía a revivir, instante por instante, los siete días de inocentes nupcias con Simona, en el Collado.

Pero Sulforiana, que era la más fisgona y suspicaz de las siete solteronas, observando que Simona tenía la cabeza vuelta, miró en aquella dirección y vió a Urbano, en su actitud recogida y devota, bajos los ojos, ¡valiente hipocritón! Chistó a las otras hermanas, cautelosamente, y les señaló a Urbano con el dedo. Asieron varias de ellas a Simona por los brazos, y sin apenas tocar las losas del pavimento, en volandas, ni mover rumor alguno, como murciélagos, huyeron de allí.

Abrió los ojos Urbano. Simona ya no estaba. ¿Había soñado? ¿Se había quedado dormido en la cama, sin levantarse, soñando que la veía, y continuaba aún dormido? Salió Urbano corriendo. Atropelló a una vieja catarrosa, que le hizo la higa y la chilló: *Satana, fugite.* Ni rastro de Simona en la calle. La casa de la calle del Calvario, cerrada todavía, como si nadie hubiera salido. ¿Estaba soñando?

No estaba soñando, como lo atestiguaba el dolor de costado, permanente, tenaz, que le obligó a volver a su casa, meterse en cama, y encamado le retuvo más de una semana. Doña Micaela le acompañaba, muchas horas, sentada a la cabecera. Atravesaba ahora la señora un período de mediana lucidez. Madre e hijo hablaban amigablemente. «Qué dulce—pensaba Urbano—tener la madre al lado, cuando se está enfermo. Qué dulce sería tener la esposa al lado. Según... Una madre es una mujer consagrada al cuidado de los enfermos, nada más que a eso; porque ¿qué son los niños sino inválidos? Ama la madre a los hijos tanto porque son suyos como por su debilidad y ningún valimiento. La mujer ama al marido por su fortaleza. Una mujer que tuviera que cuidar constantemente a un marido inválido concluiría por cansarse; una madre, no. En pura lógica, a una mujer le debe molestar la enfermedad del marido como si él la engañase o le fuese infiel. Y viceversa, al marido la mujer enferma.» Y proseguía Urbano discurriendo, aligerado el pensamiento por una fiebre leve, como en una intoxicación alcohólica.

No se atrevía a hablar de Simona con su madre. Doña Micaela sacó la conversación:

—¿Cuándo piensas casarte?—porque tampoco

para doña Micaela estaba casado Urbano—. Cásate, cásate. Hace falta una mujer joven en esta casa.

—Cuando sea rico, mamá; y lo seré pronto.

—Eso no, eso no. No quiero verte rico. Antes leproso. Riqueza, precipicio que cae al infierno. Dinero, invención la más dañina, origen de todos los males. Lucifer, el propio Lucifer inventó el dinero. Con oro forjó sus armas, y, blandiéndolas hacia el solio de Dios, gritó soberbio: «Te venceré.» Y Dios inclinó la frente, porque se vió perdido. La justicia, la razón, la hermosura, la verdad, la caridad, la fuerza, el valor, que Dios estaba tan orgulloso de haber inventado y que El creía poder dispensar graciosamente desde su trono, por toda la eternidad, se le fueron al punto de las manos. «Tus dones y gracias son mis mercaderías», díjole Lucifer, con una gran risa de triunfo, una risa inacabable, que por dondequiera está resonando, si sabes oír. Escucha, hijo, el himno victorioso de Lucifer: «Justicia, los magistrados la administran a sueldo. Razón, otórgasele al mejor postor. Hermosura, artículo de lujo para bolsas repletas. Verdad, pésase y mídese por el patrón oro, que es la única verdad. Caridad, una moneda de cobre. Fuerza, a mi servicio, por soldada. Valor, sólo lo que vale en dinero. Jehová, viejo chocho,

te he corrompido, te he prostituído; no te mueves si no es por mi dinero. Quisiste redimir a los hombres; enviaste a tu hijo a la tierra; pero necesitasteis de mí. Os vendisteis, y yo os compré por treinta monedas. ¿Qué hubierais podido conseguir, si yo no os compro? Nada conseguisteis tampoco. Vuestra cristiandad es antes mía que vuestra; es la gran prostitución; todo el culto que se os rinde es venal, porque yo lo quise. Luego el culto es a mí, que no a vosotros. Para admitir un nuevo cristiano al bautismo, pedís dinero; para desposar a dos cristianos, pedís dinero; para dar sepultura a un cristiano, pedís dinero. Hasta para arrodillarse en el templo, pedís dinero. Sois mis tributarios, mis vasallos; el dinero que manejáis lleva mi efigie. Nadie, sino yo, acuña metal. El dinero es invención y obra mía. Todo metal acuñado es moneda mía, con mi blasón y efigie, que toma infinitas apariencias. Las medallas que cuelgan al cuello de vuestros servidores y ministros, las cruces pastorales de oro y gemas, hasta el anillo del Pescador, son moneda mía, con mi blasón y efigie. Todo os lo he prostituído. ¿Qué más, si he prostituído el Amor, que por naturaleza parece inalienable? Andan los hombres alterados y ciegos con la sed del oro. Soy el dueño del mundo. Quitad a los hombres esa sed, si tanto es vuestro

poderío. Sólo entonces me habréis subyugado. Me río con una risa de trueno. ¡Qué habéis de apagar vosotros esa sed!... ¿Es que acaso he dado yo el oro a los hombres como un beneficio generoso? No, sino como un azote. Oro es sobresalto, envidia, crueldad, traición, efusión de sangre, crimen, muerte prematura. En mis justos designios he aparejado la enfermedad, la infamia, la estupidez y la desdicha como compañeros inseparables de la riqueza. Los hombres lo ven con el ejemplo de todos los días, y no se les aplaca la sed de oro. ¿Quién los ha hecho así? Vuestra es la culpa. Aniquilad el mundo y hacedlo de nuevo. «Jehová: concluiré metiéndote en el infierno.» Así canta Lucifer, hijo mío. Desnúdate de ambiciones y Lucifer no tendrá fuero sobre ti.

Urbano, después de oír esta apasionada invectiva contra la riqueza, quedó meditabundo y melancólico.

Por las noches, reuníanse los tres de la familia: padre, madre e hijo. Don Leoncio gustaba de tener siempre agarradas con sus dos manos una mano de su hijo y otra de su esposa, con lo cual, bastante abierto de brazos y la cabeza ladeada, parecía estar sujeto en una cruz. «Bendita cruz—meditaba en su corazón—; a ella me aferro, en la resaca de la vida, como a un áncora.» Había deja-

do ya el azacaneo de los viajes mercantiles. La locura de su mujer le había quebrantado mucho. Su amor hacia ella había ascendido a la más diáfana esfera de sublimación: la esfera del fuego que abrasa sin abrasar. Ahora sí que podía estrechar y besar a Micaela como a una niña adorada y doliente; una niña poseída por esa dolencia sobrenatural e irremediable, que es una muerte viva o una vida muerta. Y al estrecharla y besarla, le brotaban en el corazón lágrimas de fuego lustral. A medida que más le domeñaba este amor puro, más se fatigaba del amor profano hacia María Egipciaca. La palabra era ésa, fatiga; fatiga física. Antes creía los dos amores aislados y compatibles, como líneas paralelas. Ahora comenzaba a temer que no se compaginaban, que se contraponían. María Egipciaca continuaba tan extremosa en sus alardes y exigencias amorosas. A pesar de esto, don Leoncio sospechaba—casi estaba seguro—que le engañaba, con un mancebo imberbe y rubicundo. Pero don Leoncio, haciéndose el desentendido, no dejaba de visitarla de cuando en cuando. En parte por rutina; en parte, por gravitación de la flaca carne; señaladamente, porque merced a sus alharacas, exageraciones, risotadas y carantoñas, rompía, con un desgarrón crudo, la tónica monótona, no exenta de felicidad, bien que

una felicidad opresora y triste, a que se ajustaba la vida presente de don Leoncio.

Una de aquellas noches en que doña Micaela trebejaba en la cocina, a solas padre e hijo, dijo Urbano, sonriendo de una manera demasiado consciente, con que procuraba expresar sentimientos complicados:

—Cierta vez, papá, me comparó usted el amor con la comida. Algún exceso en el amor, dijo usted, o bien ciertas maneras del amor físico entre personas que no están casadas la una con la otra son como los pequeños excesos o los caprichos en la comida y en la bebida, nada repugnantes si no se come cosas repugnantes o con gula. Recuerdo sus palabras: ¿me vituperas porque me ves, en alguna solemnidad, paladear un buen Burdeos o un buen coñac? Otra cosa sería (añadió usted) si tu padre se refocilase a diario con vinazo y aguardiente de taberna.

—Es posible que te lo haya dicho—replicó don Leoncio, evasivo e inquieto.

Urbano definió más su sonrisa, en un sentido de ironía benévola y de efectividad:

—Ahora, ¿está usted seguro, papá, de que ese pequeño exceso o capricho de usted es con Burdeos y coñac? No entiendo de bebidas fuertes; pero, por la apariencia, yo diría que con lo que usted se regala es con vinazo y aguardiente.

—Pero ¿tú sabes?—preguntó don Leoncio, ya tranquilo, viendo la cara de Urbano—. Pues díme: ¿qué llamarías tú, en tal caso, Burdeos y coñac?

—Una mujer guapa y joven.

—Vale tanto como definir, por exclusión, a la pobre María Egipciaca, una vieja fea.

—Yo no la he visto. Me dicen que no es nada moza.

—Según quién te lo haya dicho. Si un joven de tu edad, tenía razón y dijo lo que sentía. Si un hombre de treinta a treinta y cinco años, tenía mucho menos razón y, aunque dijese lo que siente, sus sentimientos no son muy humanos ni caballerosos. Si un hombre de más de cuarenta y cinco años, o faltó a la verdad o no sabe lo que dice; o canalla o majadero. La edad de las mujeres no existe por sí, hijo mío; es la cosa más relativa y misteriosa que hay en el mundo, aun para ellas mismas. Pues bien, siguiendo la comparación, los pequeños excesos y placeres en la comida son relativos, esto es, son en relación con los medios de cada cual. Una perrona de castañas asadas es un placer de pobre. Un rico paga un buen puñado de reales vellón por eso que llaman *marrón glasé*. Total, castañas. ¿Qué diríamos si un pobre se gastase el jornal de una semana en comer una docena de esos *marrones?* Insensato. Pues aplí-

calo a los excesos y caprichos del amor. En amor, juventud es riqueza pródiga; edad madura, medianía bien administrada; vejez, pobreza sórdida. Yo me conformo con aquellos alicientes amorosos que mi mediocridad me consiente. Si hubiera, a mis años, enloquecido por una rapaza, eso sería desatino o algo peor. Acaso llegase a envilecerme, a perder la dignidad. La gente me haría objeto de ludibrio. Mientras que ahora, todo lo que pueden pensar es, ¡psss!..., que me pongo algo en ridículo.

Urbano se echó a reír, afablemente. Prosiguió don Leoncio:

—Que es lo que tú piensas. Bueno, ¿y eso qué? Todos los amores son ridículos...

—Papá...

—No me has dejado concluir. Son ridículos para quienes no participan del amor. Es como ver bailar sin oír la música; una cosa extravagante y cómica. Por eso, todos los enamorados dan que reír a los demás.

—Algo semejante oí a don Cástulo, pero en un estilo más culto; la luz que despiden las antorchas del Himeneo es invisible para quien no sacrifica en el ara del dios.

—Es una verdad de todos los días. No te me enfades, Urbano. Tus amores ¿dejarán de parecer

ridículos en la ciudad, y fuera de la ciudad, si llegasen a ser conocidos?

—Es que mis amores, papá, han sido verdaderamente ridículos. Yo soy el primero en reconocerlo.

—¿Han sido?

—Claro; ahora ya son amores corrientes. Un muchacho que tiene vovia y la madre de ella se opone. Eso es todo.

—Más ridículos ahora que nunca, en la opinión ajena. Estar haciendo el oso, calle arriba, calle abajo, frente a la casa, no de tu novia, sino de tu mujer legítima...

—Dale; para mí, no es todavía mi mujer.

—He ahí lo más sorprendente, lo más increíble. Por fortuna para ti, los acontecimientos se desarrollan providencialmente conforme a tu capricho. ¿Te has empeñado en que Simona deje de ser tu mujer legítima? Te saldrás con la tuya. Tengo noticias satisfactorias.

—¿Eh?

Urbano abrió la boca con tanta ansiedad que los vahos del hervidillo de eucaliptus, que había cerca de la cabecera, le sofocaron y le hicieron toser buen rato.

—Tu suegra, según mis informes, ha sabido que tu madre consultó con el señor Palomo la cues-

tión de vuestro divorcio. Se conoce que ese Palomo escribió en seguida al otro palomo, al palomo que anda siempre con la paloma de tu suegra. Esta clase de palomos de capa negra son siempre cuervos de la misma camada; cuervos disfrazados de palomos. Me cuentan que tu suegra se puso furibunda, que nos insultó, que nos amenazó, y, en suma, resolvió adelantarse a nosotros y llevar a cabo por su cuenta el proceso de divorcio, por lo eclesiástico y por lo civil. Tiene gran metimiento con el obispado, y el clero la considera como de la familia. Lo que se proponga, conseguirá. Además, ha encomendado el asunto a un picapleitos barullón y pillastre. Castañeda, para lo civil. Conque ya lo sabes. Ahora, tu mujer te está prohibida. La religión y la sociedad se interponen entre tú y ella.

—¡Qué alegría, papá! ¡Qué alegría!

—Hijo mío, me dejas estupefacto. ¡Ah! Que no se me queden en el tintero dos cosas que se me pasaron hace un rato. Primera, que María Egipciaca, ¿sabes quién es?—Urbano asintió tácito—, aunque un tanto ajamonada no es nada fea. Tú no la encontrarías fea. Algo exagerada de rasgos, algo en caricatura, se parece... se parece a otras mujeres jóvenes y bonitas. Segundo, que voy a romper con ella. Se acabó.

—Que no sea por lo que yo he dicho, papá.

—Y aunque sea; eso tendré que agradecerte.

Repuesto ya Urbano de su breve achaque, re anudó sus paseatas frente a la casa de Simona. Aguardó dos domingos, desde la madrugada. Todo inútil. Tenían reclusa a la niña, como en la galera. Ni a misa la sacaban. Entonces fué menester acudir a los ardides y estratagemas del *Pentámetro*, como había sugerido Paolo. El *Pentámetro* era el espolique de Paolo. Todos los movimientos de traslación de Paolo, en público, eran a caballo. Nunca se le vió por las calles sino cabalgando un penco despacioso, su espolique a la zaga, como cosa de seis metros más atrás, también caballero en otro penco, más penco todavía. Cuando Paolo entraba de visita en una casa, el espolique permanecía en el zaguán, guardando los caballos del diestro, o se iba con los dos animales adonde tuviera a bien, con tal de estar de vuelta a la hora señalada por Paolo. Entre sus amistades y parentelas del pueblo bajo, vivero donde se había criado, el espolique de Paolo respondía por el apodo de el *Casín*. Pero Urbano, Paolo y don Cástulo le habían rebautizado con el alias del *Pentámetro*. Solía decir don Cástulo, encomiando la poesía griega: «Nada hay tan hermoso como un hexámetro escoltado por un pentámetro, al modo de

un caballero con su espolique en pos; ni nada más noble que un hidalgo seguido de su espolique, a la manera de un hexámetro con la guardia del pentámetro.» Tal era la historia del alias. El *Pentámetro*, archivo de truhanerías veniales, tenía hechizado a su señor. El despejo, los picarismos, las gracias de su espolique nadie las celebraba como Paolo. Era un mozo de veinticinco años, moreno y vivaz, rostro de granuja, tanto por condición como por estudio, un ojillo entornado, tufos en las sienes, boca contraída y ladeada, un lunar rizado en la barbilla, que era su mayor vanidad. Destacada dentro de los dos tufos de las sienes, era la faz del espolique como un comentario incisivo entre paréntesis. Hablaba delante de su señor, Urbano y don Cástulo, con desparpajo inaudito, pues todos tres le alentaban, deleitados en oírle. «¿Llave, el oro, que abre todas las puertas? —decía el *Pentámetro*, con mueca ladina—. ¡Quia! El amor. Para abrir puertas la ganzúa. El amor es ganzúa. Más vale el amor que el oro. Con oro no se compra amor, si no es amor falsificado. Con amor se sonsacan y socaliñan cobre, plata y oro. Quiéranme las mujeres; nada me faltará. Veinte traigo al retortero, que se perecen por mí. De todo hay en mi huerto, como en la viña del Señor: cocineras, doncellas (es un decir), niñeras, amas de

llaves, verduleras, tenderas, carniceras, tabernera; solteras, casadas y viudas. Esta, un par de calcetines encarnados; la otra, una corbata amarilla; aquélla, pañolitos bordados; tabaco a rabiar, que es agasajo de cocineras y tengo seis; el mejor lomo embutido es para mí; para mí el primer vaso del tonel que se espicha; y la fruta más sana para que yo le hinque el diente; y dinero de sobra, que me hago de rogar antes de tomarlo. En fin, que casi me remuerdo de cobrar la soldada a mi amo.» En todas las calles por donde pasaba a caballo tenía más de una enamorada, que salían a verle, en ventanas y postigos; y él, muy caballero, solemne y jarifo, les guiñaba el ojo maliciosamente. «Engañar a las mujeres—decía el *Pentámetro*—no es engaño; es darles por el gusto, que todas desean ser engañadas. Como robar a los ricos no es robo, sino obra de misericordia, porque se les quita cuidados; siempre que no se robe para uno, sino para ayudar a los necesitados.»

—Tu psicología—comentaba don Cástulo—es la del bandido generoso.

—Y sus hechos—añadía Paolo, con acento de convicción.

Porque el *Pentámetro*, a sabiendas de su amo, robaba lo que podía—y no era poco—a doña Encomienda, la madre de Paolo, vieja tacaña. Parte

de este dinero lo repartían, cuándo Paolo, cuándo el *Pentámetro*, a los pobres. Vivían la vieja y su hijo en una gran finca solariega, a seis kilómetros de Pilares. Desde que comenzaron las dádivas del amo y el mozo acudían a la finca caravanas de pordioseros, con los cuales el *Pentámetro* gustaba departir, pues muchos de ellos eran pícaros trashumantes y curtidos, de cuyos labios se aprendían bellaquerías chistosas, tretas útiles, lances provechosos e historias ejemplares. La otra parte del dinero sustraído a la anciana pasaba a manos de su hijo Paolo, a quien ella no le daba un ochavo para el bolsillo, limitándose a pagar sus cuentas, porque sustentaba que «el dinero es la perdición de la juventud inexperta». (La juventud inexperta era la de Paolo, con más de cincuenta años a cuestas.)

Después de consultado con el *Pentámetro* el apuro de Urbano, el pícaro respondió:

—Denme un plazo de dos días para echar la plomada.

A los dos días cabales el *Pentámetro* dijo:

—Tiré la plomada; puedo hacer pie. Dentro de tres días el señorito podrá ver a la señorita, escribirla y recibir cartas. Dentro de una semana el señorito hablará desde la calle al balcón. Más adelante... Eso ya no depende de mí.

Urbano y don Cástulo se mostraban escépticos. Pidieron que se explicase con palabras menos recónditas.

—Es muy sencillo—respondió el *Pentámetro*—. En estos dos días me he enterado de todo lo que necesitaba saber. He visto, en la calle, a las siete solteronas. A los pocos momentos de seguirlas, todas volvían la cabeza mirándome de una manera que yo conozco bien. Todas se despepitan por un novio. Nada más fácil que ser novio de una de ellas. Y ya tengo en la mano la llave de la puerta; quiero decir, el amor, que abre todas las puertas y abate todos los muros.

—Se me ocurre alguna objeción—dijo don Cástulo—. Las otras seis, por celos, se encresparán contra la elegida por ti. Le harán la vida imposible, como a Simona. La encerrarán. Nada lograrás.

—¡Plin! Si sabré yo del mundo. En todas partes donde hay varias personas reunidas, una, porque sí, porque ha nacido con ese poder, domina a las demás. Entre las siete solteronas hay una que manda; una a quien las otras tienen miedo. Esa será mi novia. Ya casi casi lo es.

—Pero ¿qué sabes tú cuál es la que manda, criatura?—exclamó don Cástulo, enarcando las cejas, con gesto de conmiseración.

—¿No le digo que las he seguido por la calle? ¿Para qué? Para enterarme. ¿Cómo? Examinándolas. Una de ellas tiene el cuello corto. Esa manda en las demás. Lo he observado y lo he comprobado; la mujer que tiene el cuello corto, y particularmente con algo de morrillo, manda, no hay que darle vueltas. Por eso yo no quiero novias de cuello corto ni morrilludas. Salvo ahora, que se trata de una burla. Mi nueva novia lleva un nombre que da calambres. Se llama Trifona.

Paolo y don Cástulo rompieron a reír. Urbano estaba emocionado y pensativo. Pensamientos inconexos se le amalgamaban en la mente: «¿Será verdad que veré a Simona? ¿Cómo se arreglará el *Pentámetro* para fingir amor hacia una mujer tan repulsiva? ¿Llegaré a hablar con Simona pronto? Mi madre tiene el cuello corto.»

A los tres días Urbano podía ver a Simona, algunos momentos, detrás de los cristales del balcón; podía escribir y recibir cartas de ella. Quince días después habló con Simona, de noche; él, en la calle; ella, asomada.

Era Nochebuena. Seis de las solteronas habían ido a misa de gallo, que es ocasión de mucho holgorio y promiscuidad, en que los hombres suelen permitirse grandes atrevimientos con las mujeres, a favor de la sombra eclesiástica. Trifona se ha-

bía sacrificado por sus hermanas, prestándose a permanecer en casa al cuidado de la cautiva. Pero apenas las otras se ausentaron, dejó que Simona saliese al balcón, e introdujo en la cocina al *Pentámetro*, donde le obsequió con una copiosa refección de Nochebuena.

Estaba el cielo despejado. Las estrellas, destacadas, dejaban adivinar detrás de sí un fondo de infinita profundidad. Hacía un frío fino y enjuto; pero Urbano, al hablar con Simona, sentíase inflamado de un entusiasmo caluroso, que le subía a las mejillas y a la frente, haciéndoselas arder. Se había olvidado ya de la voz de Simona. Sonaba a canto de ruiseñor, a susurro de bosque; olía a dondiegos de noche, a heno, a madreselva; brillaba en sinnúmero de puntos azulinos y temblorosos, como luceros; sabía..., ¿a qué sabía la voz de Simona?, a verano, a luz dorada. Y era que en la voz de Simona gustaba Urbano reunidas todas las reminiscencias y emociones de aquellos siete días recién casado. Su memoria se había olvidado de ellas, pero no sus sentidos ni su alma.

Pasaban grupos de mujeres y hombres tocando panderos y tambores, zambombas, gaitas, bandurrias; golpeando sartenes, almireces, latas; vociferando, cantando, brincando, haciendo contorsiones y gambetas. Era un delirio jubiloso, un frene-

sí contagioso, una embriaguez victoriosa, una locura feliz. Sobre aquel rebullente mar de alegría flotaba multiplicado el refrán: «Esta noche es Nochebuena.» A Urbano se le figuraba que era su Nochebuena, la de él, la que celebraban los hombres con tanta fiesta y regocijo. Por momentos, le entraban impulsos de mezclarse a la algazara, de gritar hasta desgañitarse y de dar las gracias a aquella buena gente por tomar tan a pecho la buena fortuna de él, Urbano. También en el firmamento de zafir reinaba una gran excitación, entre las estrellas, todas bailadoras; y cada estrella despedía un grito, aguzado y transparente.

El *Pentámetro* le tomó por un brazo, arrastrándole a la fuerza:

—Toque de fuga, señorito. Piratas a la vista. Pies para que os quiero. Y ahora ¿qué tal? De esta otra banda, no lo pasamos mal. Cada quisque busca en la feria lo que mejor le cuadre. Usté cenó suspiros; yo, sopa de almendras, besugo y capón.

A Urbano le anonadaba ahora la tristeza. La bulla callejera y la fiesta celestial de los astros le irritaban, por irracionales y estúpidas. Entró en una iglesia, casi solitaria, donde habían concluído los oficios. Allí, la felicidad volvió a colmarle el vaso del corazón, y dió gracias a Dios.

Algunas otras veces se le terciaba hablar a Simona; pero de raro en raro y siempre con sobresalto. Se escribían a diario. El *Pentámetro* era el mensajero. Urbano trazaba largas epístolas, donde anotaba todas sus ideas y ensueños. Las cartas de Simona le encantaban, por el candor. Y así iban pasando los días. Urbano, a pesar de la enseñanza muda de Paolo, comenzaba a impacientarse.

Frecuentaba cada vez más la amistad con Paolo, a causa de necesitar a diario de su espolique; a causa de que el ejemplo de Paolo le infundía resignación y serenidad, y a causa de ciertos proyectos que maduraba entre ceja y ceja, contando con la cooperación de Paolo.

Iba muchas tardes a pie hasta casa de Paolo. Sólo con trasponer los umbrales le parecía como si bebiese una taza de tila; se le calmaban los nervios; las preocupaciones que le aguijaban perdían su urgencia. Desde el muro exterior hasta la gran plazoleta que se hacía al frente de la casona, enfundada en hiedra morosa, extendíase una avenida, un túnel bajo tilos gigantescos. Pensaba Urbano al entrar: «La sombra que cae de estos tilos se me infunde en el alma. Verdaderamente es como si tragase una infusión de tila. Pero es que en este recinto todo está sosegado. Los árboles no

se agitan; el agua en los cauces y en las fuentes está dormida; las nubes permanecen inmóviles sobre el cielo, al llegar aquí. ¿Está todo quieto? ¿O es el espíritu del dueño que, permaneciendo quieto, aquieta las cosas en torno suyo?» Caminaba Urbano a lo largo de la avenida, hasta la plazoleta. Allí estaba Paolo, con las ineludibles botas de montar, y su pergenio ecuestre, sentado en una silla de brazos, aderezada con troncos, a lo rústico. Sobre el respaldo de la silla tenía posado un cuervo, al cual Paolo había domesticado y que respondía por *don Periquito*. Este cuervo le seguía a todas partes, dentro de la finca, a saltitos.

—*Don Periquito*, ven acá—ordenaba, y el grajo se le subía a la mano, que Paolo extendía, en guisa de halconero—. Ya habrás oído, Urbano, que el cuervo a los cincuenta años es pollo, y a los ciento anda solo. Por eso he tomado a *don Periquito* como mi genio tutelar. ¿Cuántos años tendrá *don Periquito?* Un siglo, dos siglos; vete a averiguar. Yo, con mis cincuenta años y pico, soy un párvulo al lado de *don Periquito*.

Tanto como don Cástulo a doña Micaela, quería y admiraba Paolo a Urbano. Le había visto transformarse, de repente, de niño zangolotino en hombre independiente y original. Paolo creía percibir en Urbano tal riqueza de sentimientos deli-

cados, y al propio tiempo tal cúmulo de fuerzas reprimidas, de energías latentes y de ideas personales, que, si llegaban a alcanzar libre juego, harían de él un hombre fuera de lo común. Cuando le veía proyectar la mandíbula, con aquel su gesto hostil y voluntarioso, Paolo experimentaba una especie de ternura paternal. Pasmábase de la capacidad de acción de Urbano.

—Las cosas que tú haces al cabo del día, niño; tú, que antes te pasabas la vida como una marmota. Vas y vienes a pie hasta esta finca, algunos días dos veces; das tus clases en la Academia; paseas la calle a Simona; escribes cartas prolijas; estudias idiomas; engulles a diario varios libros y los digieres. Asústame lo mucho y bien que has aprendido en estos cortos meses, y de las materias más dispares. Soy buen juez de tu aprovechamiento, que siempre he sido dado a la lectura. Biblioteca como la mía no la hay en la provincia; y de libros antiguos, nacionales y extranjeros, sobre equitación y tratados de la jineta y la brida, no existe colección en España como la que yo poseo. Y, sin embargo, nadie sabe apreciar mis tesoros, sino don Cástulo y tú. Tú más que don Cástulo. Ya pasan de ciento los volúmenes que te has llevado para leer, y de los más escogidos. Conste que a nadie se los dejaría llevar; sólo a ti.

Urbano constituía una excepción para Paolo. A él nada más le hablaba confidencialmente de sus amores o de sus debilidades, pues los dos términos empleaba de modo indistinto, como sinónimos. Le hablaba y le hablaba por largo, porque Urbano, en sentir de Paolo, le escuchaba con atención inteligente y con simpatía, como en unanimidad de inclinaciones. El primer amor o debilidad de Paolo era su novia; pero de esto no hablaba sino veladamente. Sus otros amores eran las antigüedades, los libros de antaño y los caballos. Como quiera que su novia era vieja y sus caballos daba la casualidad que siempre eran viejos, Urbano pensaba que los amores de su amigo Paolo caían todos bajo el epígrafe de «antigüedades». Mas, para Paolo, las antigüedades jamás perdían su virtud juvenil, su frescura y sorpresa de cosas actuales. Su novia, en la frontera de la senectud, seguía para él, invariable, en la edad abrileña y recién púber. No variaba la novia, porque el corazón de Paolo era invariable. Y cuando cabalgaba aquellos pencos apacibles y apenas semovientes, a propósito para señoritas u oficiales de infantería, se hacía la ilusión de estar desbravando un potro cerril. A los caballos los aparejaba con lujosos arneses arcaicos o exóticos; sillas moriscas, albardones de bridón, monturas mejicanas. A Urbano le

mostraba sus antigüedades artísticas, con el mismo gesto de actualidad precisa con que sacaba la saboneta y decía: «las ocho en punto». Para él, un papiro egipcio era una carta que acabase de recibir por el correo; una moneda de Siracusa era dinero que se le podía dar a la cocinera, para ir a la compra; pasaba los folios de un códice carolingio con leve tacto de manos, por que no se borrasen las miniaturas, todavía húmedas; una edición de las *Rimas* de Lope, la de Alonso Martín, de 1609, le olía aún a tinta de imprenta; dos bombardas que tenía a la puerta del caserón las calificaba de estupenda novedad del arte tormentaria. En resolución: Paolo había perdido la noción del tiempo. El mismo se lo confesaba a Urbano:

—Compadezco al mundo y sus afanes desalados. Por mí no pasa el tiempo. Con sus prisas necias, los hombres han dejado atrás, olvidado, lo más noble y hermoso de la vida, que yo, gracias a Dios, conservo como cosa presente y deleitable: el culto de las armas y el de las letras.

Poseía un arsenal espléndido de armas de toda suerte; desde el hacha de sílice y la flecha de raspa de pescado hasta el tiragomas y la llave inglesa.

Inició a Urbano en el culto y práctica de las armas, conforme el tratado de Pacheco y Narváez.

Le enseñó la esgrima en sus dos modalidades: cómo se ha de combatir en combate singular, lealmente, con un caballero, y cómo hay que desarmar y castigar, con celadas y destrezas, el ataque alevoso de villanos y malandrines. Urbano fué muy pronto un esgrimidor ágil y recio. El *Pentámetro* intervenía a veces, con sus nociones y experiencias de pugilismo plebeyo, encareciendo «la zancadilla» como el recurso más eficaz en la lucha cuerpo a cuerpo. Paolo repugnaba aquella bajeza, pero Urbano opinaba que era bueno ensayarlo todo por un si acaso, y para probar, abrazábase con el espolique a ver quién derribaba a quién. Urbano llegó a dominar siempre al *Pentámetro.*

—Niño; tus músculos se están haciendo de acero—exclamaba Paolo lleno de orgullo.

También le ejercitó en el tiro al blanco, con pistolas de desafío, que se cargaban por la boca, damasquinadas, la culata incrustada de madreperla.

—Donde pones el ojo, allí pones la bala, niño.

—¡Guay de quien se atreviese en tu derrotero!—decía Paolo con exaltación.

—¡Guay! ¡Guay! ¡Guay!—respondía Urbano en chanza, riéndose como un chiquillo.

La equitación era otro entretenimiento, el que más placía a Urbano. El aprendizaje fué breve. El *Pentámetro,* en el centro, sostenía la cuerda y

restallaba la fusta; uno de los despaciosos caballos, Urbano a lomos de él, corría alrededor, en picadero, con trote de cochino o galope de circo; fuera del círculo, Paolo instruía al jinete bisoño sobre el uso de la rienda y el acicate, el manejo de la muñeca, el ángulo de la rodilla, la dirección de los pies, el aplomo del torso, la postura de la cabeza. *Don Periquito*, de un lado a otro, saltaba y graznaba o quizás volaba en redondo, haciendo él también picadero por el aire. A poco, Urbano nada tenía que aprender de Paolo. Entonces, el maestro le refería proezas de los caballistas hispanos, de los caballistas antiguos, bien que Paolo hablaba de ellos a la manera de amigos y conocidos *de visu*, alejados en el espacio, pero no en el tiempo, como si accidentalmente estuvieran viviendo en otra ciudad. Uno de ellos tenía un caballo tan bien manejado que andaba con él por encima de una pared, y allí mismo le revolvía, pirueteando sobre los remos traseros. Otro, apoyando las manos en la grupa, saltaba limpio, a caer por delante de las orejas; y era una señora cabalgadura de siete dedos sobre la alzada.

—Eso y lo otro hago yo—afirmó Urbano.

Urbano se encaramó a una tapia y anduvo un trecho, los brazos extendidos, como funámbulo.

—Si hoy lo hago a pie—dijo—otro día será en

burro, y luego a caballo, cuando yo mismo adiestre mis caballos. Ea, ahora a saltar de cola a cabeza.

Paolo no le consentía intentarlo. Sus caballos eran huesudos y disformes como dromedarios. Urbano proyectó la mandíbula fuera y se colocó detrás del caballo, que estaba allí a una parte, sin arneses, aburrido y macilento. Tomó una carrera, saltó, y fué a caer en resillamiento de la espina, que cedió con elasticidad, amortiguando el golpe.

—He calculado mal el impulso—dijo Urbano, mordiendo los labios.

Saltó nuevamente y fué a caer en la cruz, sobre los omoplatos prominentes y afilados del huesudo animal. Del intenso dolor, los ojos se le velaron un instante y dentro de la frente se le derramó una como humareda. Se puso blanco. Recobróse presto, y acometió la tercera tentativa, desasiéndose brusco de Paolo, que le pretendía detener. Saltó, y cayó en el pescuezo del caballo, y de allí al suelo de bruces, no habiendo podido sujetarse con las piernas en tan magro sustentáculo. A la cuarta vez salió con gentil holgura, por delante de las orejas del penco. Aún estaba algo pálido: en las sienes, dos venas serpentinas y azulosas.

—Tenacidad de acero; tenacidad de acero—murmuraba Paolo—. Lo que se te antoje lograrás.

—De eso se trata—asentía Urbano, con envuelta intención.

De lo que se trataba era de persuadir a Paolo a que, con un acto de independencia y virilidad frente a su madre, ya chocha, se decidiese a movilizar una parte de la fortuna (paralítica y como narcotizada en una casa de banca, la de don Anacarsis Forjador, que era quien se lucraba con aquel dinero), y lo emplease en empresas industriales. El, Urbano, sería el socio industrial; Paolo, el socio capitalista. Urbano había leído ciertos estudios geológicos de un ingeniero alemán, acerca de aquella comarca donde vivía, y estaba suscrito a una revista científica francesa: *Nature*. Describía, ante Paolo, sus proyectos, con palabra veloz y altanera, impelida de la ambición y aligerada por la vanidad de unos conocimientos acabados de adquirir:

—Mis pies se apoyan en un suelo de varios kilómetros de espesor y todo él de oro sólido; oro negro, sí, pero oro más valioso que el oro amarillo. Y sin embargo soy pobre. Esta provincia llegará a ser fabulosamente rica, en cuanto vayan extrayendo hacia la superficie el oro negro que esconde en sus entrañas: el carbón. ¿Por qué no hemos de adelantarnos nosotros a abrir esta arca que no es de nadie y es de todos; a meter la mano

hasta el codo en esta riqueza abandonada, que será del primero que llegue? Un poco de decisión por su parte, amigo Paolo; y de mi parte, un poco de iniciativa. Y no sólo eso. Si el carbón es oro negro, y vale más que el oro, hay un carbón cristalino que vale más que el carbón negro, tanto como el diamante. Este carbón cristalino es el agua corriente. Cada uno de nuestros ríos, tan apresurados hacia el mar, es una mina de diamantes; un diamante cada gota de agua. El carbón de mañana (un mañana de años) será la hulla blanca; esta revista lo demuestra. Nuestros compatriotas ni lo sospechan. Denunciemos cotos mineros; compremos, por cuatro maravedíes, el derecho a utilizar saltos de agua...

Urbano había trazado el esbozo de las presuntas empresas. El mismo iría a Madrid, y aun al extranjero, a perfeccionar el plan y escoger buen personal técnico. Darían al *Pentámetro* un cargo de importancia, pues para la prosperidad de todo negocio es postulado indispensable conceder participación en los consejos y en los manejos a un pillete certificado. Todas las ideas de Urbano las juzgaba Paolo admirables y evidentísimas, pero no podía decidirse a obrar por cuenta propia, emancipándose de la tutela de su madre. Si hubiera sido capaz de esto ya estaría casado muchos años.

Y, mientras Paolo no se decidiera, tampoco Urbano podía decidirse a hacer suya a Simona. Era un compromiso para consigo mismo. «Primero, me creo una posición firme; en seguida, robo a Simona. Así, robada. Ni sacramento ni contrato. Nuestro amor es una cosa única en el mundo y, por lo tanto, está por fuera y por cima de la ley.»

Pero pasaba el tiempo y la impaciencia de Urbano crecía. Aquellas parvas satisfacciones ópticas y epistolares no eran pábulo suficiente para su gran apetencia de amor. Ya finaba el mes de febrero. Ahora casi nunca se le ofrecía a Urbano coyuntura de hablar con Simona, desde la calle al balcón. Estrechó a ruegos al *Pentámetro*. El podía conseguir de Trifona que les arreglase—a Simona y Urbano—una entrevista secreta.

—Pídame el reino del Perú, señorito; o pídame la luna, partida en rajas, como un melón. Todo eso, acaso, acaso yo se lo pondría a usté en la mano, por derecho o con fraude; pero no lo que solicita de este cuitado pecador—había respondido el *Pentámetro*—. Los amoríos de usté, señorito, son mi penitencia y perdición. Adolecido me tienen y hasta sin gana de comer. Por cada carta de usté o de la señorita Simona, que entrego o recibo, he de pagar el más trabajoso y asqueroso tributo: un beso o dos, que le he de dar a Trifona. Antes

era aquí o acullá, donde cayese de la cara, pues yo me tiraba a besarla como quien toca hierro enrojecido, de refilón y con saliva. Menos mal. Ahora los quiere en la boca. Tengo la boca dura, señorito, por abusar de esa gracia. Algunas huelen a alhelíes; pero otras a cebolla, a ajo y hasta a aguardiente. Pues no reparo: lengua estofada. Esta, ¡Cristo!, que se me resiste. Huélele la boca a cementerio, a iglesia y a infierno, con perdón, pero así es. Aunque me diera el señorito cinco pesos por cada carta, no estaban bien pagadas. Pruebe a besar a mi Trifona; se convencerá. ¿Y ahora pide el señorito que sonsaque para él una cita a solas con la señorita? Mil veces me santiguo. ¡Qué no querría de mí la empecatada Trifona! Antes emplumado.

Urbano seguía suplicándole, sobornándole: «el *Pentámetro* era muy tuno; si tomaba con interés las cuitas del señorito, medio hallaría de resolver la dificultad». El espolique, lisonjeado con las frases de Urbano, respondió—atusándose un tufo con una mano y con la otra el rizoso lunar—que entreveía un medio. Era menester, para este fin, que el *Pentámetro* añadiese otra a su colección de novias; una criada de la casa vecina adonde Simona habitaba. Luego, que la criada le proporcionase la llave de la buhardilla, y a ver si había ma-

nera de descolgarse desde allí hasta la galería de cristales, a la trasera de la casa de Simona, porque él sabía, eso sí, que la señorita dormía de aquella parte y las solteronas en las mejores alcobas, hacia la fachada.

Quince días después de esta conversación, el *Pentámetro* confió a Urbano que ya tenía en su poder la llave de la buhardilla. El señorito tendría que salir al tejado, descolgarse por una cuerda hasta una tapia, recorrerla por encima, saltar a un patizuelo, echar por último la cuerda a la galería de Simona y «hala parriba»; todo harto dificultoso para cualquiera, menos para el señorito, que era un gimnasta propiamente. Urbano escribió a Simona que aquella misma noche le esperase en la galería. A las doce de la noche, en compañía del *Pentámetro*, iba Urbano, bien provisto de una larga cuerda de cáñamo, con un garfio al extremo, que llevaba enrollada en la cintura, bajo la capa. Cuando salía al tejado, el *Pentámetro* dijo:

—Entre que le espero, pasaré el rato con Manuela, que es tontona, pero tiene buena pechuga, de pava cebada con nueces.

Las tejas tecleaban bajo los pies de Urbano, resbaladizas de verdín. Enganchó el garfio en el canalón; se descolgó hasta la tapia. En el patizuelo,

adonde tenía que saltar, un perrazo le amenazaba con ladridos, que conmovía la quietud de la noche. A la luz de las estrellas, veía la blanca forma de Simona, esperándole. El perro ladraba con denuedo infatigable. Unos momentos más, se despertarían los vecinos, las solteronas le verían allí. Estaba casi lloroso, de disgusto y de rabia. Volvió a subir por la cuerda, hasta la buhardilla, interrumpiendo, en sus iniciales golpes de batuta, el dúo del *Pentámetro* y Manuela.

—¿Qué voy a hacer?—mascullaba, acongojado e iracundo.

—Por esta noche, nada—respondió el *Pentámetro*—. Mañana, trae usted azúcar y morcilla, a elegir. Si no se calla ese condenado con el azúcar, bien merecida se tiene la morcilla.

A la noche siguiente, al saltar Urbano al patizuelo, el perrazo se le acercó rabeando, como pidiéndole más azúcar.

Y Urbano, después de tanto tiempo de separación dolorosa, tuvo otra vez en sus brazos a Simona. Un instante después—a su parecer—, despuntando el alba, Urbano oyó un silbido. Era el *Pentámetro* que le llamaba, que le despertaba a la realidad. Cuando estuvieron juntos, el *Pentámetro* dijo:

—¡Qué gran cosa es el azúcar! Domestica a las

fieras. A mí que no me digan de la música. Hombres y animales buscamos que nos endulcen la existencia. Mientras nosotros saboreamos la mejor dulzura, justo es que el pobre perro tenga su ración de azúcar. ¡Ay, esa Manuela es tocino del cielo!

Ya, todas las noches, Urbano y Simona departían de amor, hasta el alba. Casi siempre, al volver a casa, hallaba Urbano a su madre, paseando a obscuras, arriba y abajo del pasillo, aquejada de insomnio constante. De madrugada, era cuando la señora desvariaba más, señaladamente las noches de luna. Algunas veces, oyendo a los gallos, lanzaba ella quiquiriquíes, roncos y siniestros. Urbano antes de acostarse abrazaba y besaba a su madre, con el corazón partido.

Una noche—ya entrado abril, ¡la noche más feliz de su vida!—venía Urbano como enajenado de tanta dicha, y al abrazar y besar a su madre experimentó el dolor más acerbo. Rompió a llorar, balbuciendo:

—¡Madre, madre mía!...

—¡Quiquiriquí!—chillaba doña Micaela, rígida, helada por el frío del amanecer—. ¡Quiquiriquí! Mi canto afilado es el chirriar de unas tijeras de plata. ¡Quiquiriquí! Mi canto desgarra la negra vestidura de la noche; queda desnudo el blanco

cuerpo de la aurora. ¡Quiquiriquí! Por ti lo hago, picarín, para que te abraces con ella. No temas. Soy tu centinela; el centinela de la sombra. Con las tijeras de plata cortaré las orejas al centurión.

—¡Madre! ¡Madre!—sollozaba Urbano, y en su atribulado pecho pensaba: «Madre mía, en el dolor más vivo, sin luz y en prisiones, maltratado y miserable, gracias te daría por este don de la vida que tú me has dado. ¿Con qué palabras, con qué gratitud, madre, con qué renunciamiento, no había de prosternarme ante ti hoy, que Simona ha sido mía, al fin; el más feliz de los hombres, sólo por ti, sólo por ti, que me has dado la vida? Y no puedes oírme, ni entenderme, porque tu razón está ausente... Casi loco me veo de ventura y desventura. Pierda yo lo poco de razón que me queda, por que tú recobres la tuya, madre mía, que hoy, por primera vez, te abrazo sabiendo lo que es una madre.»

A solas en el lecho, tardó en dormirse. Estaba febril. Luego, soñó verse suspendido en el aire, como un péndulo, y oscilaba vertiginosamente desde una región diáfana y luminosa, que era el paraíso, hasta una zona negra y pavorosa, que era el infierno: de aquí y de allá, sin punto de sosiego.

Al día siguiente dijo al *Pentámetro*.

—Muy bueno has sido, sacrificándote por mí.

Ahora me las bandeo solo. Puedes sacudir el yugo de la solterona. Te levanto la penitencia.

—A sus órdenes, señorito, y ¡viva la Pepa! Quiero decir, la Manuela.

Como no había ya necesidad de sus tercerías, el *Pentámetro* rompió con Trifona, dándole a entender, aviesamente, a medias palabras, que se había estado burlando de ella. La infeliz tomó tal berrinche que se puso enferma. Maldecía sin cesar por aquella boca, echando espumarajos negruzcos. Caía con patatuses y endemoniadas contorsiones. Las otras seis solteronas se vengaban de su propio fracaso en el fracaso, más dramático y lamentable, de Trifona; le soltaban pullas venenosas, a fin de avivarle y escocerle el sentimiento de su vergüenza. Los mayores martirios de Trifona eran por la noche, oprimida por la tiniebla, a solas, en el lecho virginal, con los recuerdos de su engañosa dicha pasada. Arañaba la pared y rechinaba los dientes. Una noche se le hizo insufrible aquel martirio y se levantó a tomar el fresco al balcón. Las otras seis solteronas elevaron chillidos de protesta: «¿Quieres matarnos de una pulmonía?» «Mala sangre, ¿qué culpa tenemos nosotras?» «Muérete tú, que nosotras nos conducimos tan guapamente en la vida, gracias a nuestro recato.» La infeliz Trifona huyó cabizbaja hacia la galería.

A poco, las otras seis hermanas oyeron grandes clamores, en demanda de socorro. Levantáronse y acudieron en camisa, con un candil. En la galería, con Trifona, estaba Simona, harto sutilmente vestida, las manos en el rostro. Trifona, con los ojos y la boca muy abiertos, sin respiro y sin voz, señalaba fuera de la galería, hacia abajo. Apelmazáronse todas seis de bruces, a mirar. Un hombre resbalaba por una cuerda; luego, saltaba sobre una tapia; luego, gateaba cuerda arriba, hasta un tejado; y desapareció. Cuando las solteronas se repusieron de la sorpresa, y la indignación se lo consintió, comenzaron a vociferar en la noche:

—¡Meretriz! ¡Meretriz! ¡Meretriz!

—¡Una mujer corrompida y deshonesta albergábamos en nuestro techo honrado!

—¡Fíate del agua mansa! ¡Perra callejera nos salió!

—¡Perra la madre, perra la hija!

—A la calle debíamos arrojarte, tal como te encuentras, que todo el mundo te señale y baldone. ¡Meretriz!

—¿Cuánto tiempo has estado manchándonos con tus impurezas?

—Mañana, que venga con urgencia el exorcista de Santo Domingo a rociar y limpiar con agua bendita estas paredes y estos suelos.

—Y el otro, ladrón de honras, facineroso, salteador. Si hay justicia, te veremos en grilletes.

Asomadas de cintura arriba, como siete gárgolas deformes, regurgitaban improperios de la nocha callada.

Entre tanto, Urbano, en la buhardilla, bramaba, dándose de puñadas en la frente y en las mejillas:

—¡Desdichado de mí! ¡Cobarde! ¡Ah, corazón pusilánime y aborrecible! Me aturdí. Salí escapado, como bestia con pánico, sin saber lo que hacía. Debí permanecer y estrangularlas a todas siete, con estas manos.

—¡Arrea!—comentó el *Pentámetro*—. ¿No ve usted, señorito, que todo eso que usté dice era imposible? No había otro camino sino tomar soleta. No se aturulle. Todos las conocen; nadie parará atención en lo que digan.

Oíanse todavía las vociferaciones de las ofendidas vestales.

—¡Qué escándalo! ¡Pobre Simona mía!—rugía Urbano: su respiración era de un ruido hervoroso, inarticulado—. ¡No lo puedo resistir! Es superior a mis fuerzas—e hizo ademán de arrojarse, en su desesperación, desde la buhardilla al suelo.

El *Pentámetro* le retuvo por la chaqueta.

—Que se quebrará la tapa de los sesos, y tiene mala compostura. Mire que la cabeza es una cosa que le va a hacer falta a cada paso; hay que conservarla bien conservada. Desesperación es cobardía.

Urbano, el resto de la noche lo empleó en recorrer estúpidamente, miedoso de su propia conciencia, las calles silenciosas. El *Pentámetro* había quedado en informarse de la marcha de los sucesos al día siguiente, y venir a Urbano con las noticias. A prima tarde, el *Pentámetro* ya tenía mucho que contar. Tempranito, tres de las solteronas habían salido con Simona en un coche cerrado; llevaban un cofre en el pescante. A las dos horas escasas estaban de vuelta, sin el cofre y sin Simona. «*Ergo*—discurría el *Pentámetro*—. Simona continuaba en la misma ciudad. ¿En otra casa? Inverosímil. ¿Dónde, pues? En un convento. ¿En cuál de los cuarenta conventos de Pilares? Adivina la adivinanza. No había sino ir preguntando, convento por convento.»

AS SIETE SOLTERONAS «ingresaron» a Simona en el convento de las Derelictas, por otro nombre «Refugio de doncellas arrepentidas». Hallábanse recoletas en aquel piadoso asilo hasta treinta jóvenes descarriadas. Una pequeña comunidad de monjas provectas dedicábase a reparar averías y desperfectos en las pupilas, sometiéndolas a un metódico ejercicio religioso, moral y práctico, hasta que volvían a entrar en el carril. De las asiladas, unas habían cometido un ligero desliz, seducidas y luego traicionadas por el hombre a quien amaban; otras habían eslabonado el primer desliz en una cadena de posteriores deslices, prostitutas incipientes, sueltas, de tapadillo-otras, en fin, provenían de la prostitución profesio; nal y colegiada, aunque todavía neófitas y no contumaces en aquella manera de vida. Así como las otras habían perdido su libertad, estas últimas, al ser trasegadas al convento, sólo cambiaban el modo y circunstancias de la reclusión, desde un antro mezquino, lóbrego e infecto, malcomidas y maltratadas, a un lugar espacioso, apacible, aseado y asoleado, con mantenimiento abundante, bajo un gobierno, si inflexible, manso y cortés; y, sin embargo, éstas eran las que menos se resignaban

a los hábitos de trabajo y a la regularidad cronométrica de la existencia. Aunque titulado Refugio aquel asilo, ninguna se había ido a refugiar espontáneamente, sino que «las refugiaban», «las ingresaban», unas veces con añagaza, otras con temerosidad, otras con violencia, cuándo alguna dama caritativa, cuándo algún caballero catoniano; todo por amor al prójimo y celo de las buenas costumbres. Las reclusas pertenecían a la más baja condición social; mozas rústicas o de servicio. En el convento, las perfeccionaban en lo tocante a las faenas caseras, costura, cocina y repostería. Cuando estaban bien remendadas de los pasados destrozos y disipación, como odre con botanas, bien corregidas de sus yerros y bien aleccionadas en el trabajo, las metían de criadas en una familia devota y severa, con soldada miserable, pues harta caridad hacían aquellos señores comprometiendo su seguridad y hasta su crédito al admitir una sirvienta de malos antecedentes.

De seguro, ninguna arribó a aquel puerto con semblante tan propicio, ademán más sereno, ni disposición así de afable como Simona. Los tres horribles y disecados estafermos que la acompañaban dijeron a la madre superiora que se trataba de una mozuela refinadamente liviana y viciosa, no menos hipócrita y astuta, encenagada en la

corrupción, so capa de bobería; que se anduviesen las Hermanas con mucho ojo, no las engañase, que aquella sonrisa candorosa era antifaz de feas mañas; que la habían traído sin consentimiento de su madre, porque el extremo de deshonestidad de la niña no admitía aplazamiento, pero que ciertamente la madre enviaría muy pronto su aprobación. En efecto, doña Victoria escribió a los pocos días, celebrándoles a las solteronas la ocurrencia de meter a Simona en las Derelictas, y dándoles las gracias. Alejada del medio provinciano, estrecho y tedioso, donde todos la conocían y ninguno la miraba bien, la viuda campaba a sus anchas, divirtiéndose vagabunda a través de tierras diversas, sin gana ninguna de retornar al nativo terruño. Su única ligadura con el solar de origen era la hija. Acogida Simona a un convento, la viuda sentíase aligerada de aquella preocupación. Había pensado que Simona pasase de este convento a profesar en otro, de por vida, ya decretado el divorcio, cuya conclusión, aunque cierta, se dilataba, pues si bien por todas partes se va a Roma, Roma está bastante lejos.

Vistieron a Simona el uniforme común, una especie de hopalanda penitenciaria, de fustán color nazareno, con una cuerda amarillo-azafrán a la cintura; medias de lana y zapatones. Una monja

especialmente experimentada en el análisis de conciencia, la madre Confidente, la examinó. Habituada a los recelos, desconfianzas y cazurrerías de las otras reformadas, las cuales sólo después de muchas conversaciones confesaban a medias sus pecados, la madre Confidente oyó con pasmo a Simona, que le refería tranquilamente su historia. Era un caso insólito; excedía la ciencia espiritual de la madre Confidente.

—Hija mía—murmuraba la monja, retorciendo el caletre y las manos—, no comprendo por qué te han traído aquí.

—Pues muy sencillo—respondió Simona, enarcando las cejas—. Porque antes que Urbano y yo nos reunamos para siempre, tenemos que pasar muchos trabajos. Mi abuela lo anunció antes de morir.

—Pero, hija mía, ese caballerito y tú estáis casados. Como no has pecado, no tienes de qué arrepentirte.

—No sé si tengo algo de qué arrepentirme; lo que sé es que no me arrepiento de nada. En cuanto a que estamos casados, Urbano dice que no. Ya le he contado que nos van a divorciar.

—Hija mía, si os van a divorciar es porque suponen que no os queréis ni os podéis querer. Deshecho el error, ¿quién puede querer divorciaros?

—Mi madre, por lo pronto. Y Urbano quiere divorciarse. Y yo, puesto que Urbano lo quiere.

—Me confundes. Es decir, que tu novio desea que seas suya, pero sin matrimonio.

—Claro está.

—¿Y tú?

—¿Qué voy a querer yo, puesto que él lo quiere?

—O sea que no has pecado de hecho, pero tienes la intención de pecar.

—No, señora; yo no hablo de pecar.

—¿Pues qué otra cosa es sino pecado, y el más odioso, amarse como los irracionales? ¿Te parece bien?

—Señora, a mi parecer, lo irracional sería que yo pretendiese saber más que Urbano o tratar de que prevalezca mi voluntad ignorante frente a la suya. Cuando él lo dice y cuando él lo quiere...

—Hija mía, no sé qué responderte. Si Dios ha hecho la mujer para compañera del hombre y que le ame con un amor ideal y perfecto, ese amor es el tuyo. A mí me han enseñado que amar fuera del matrimonio es pecado gravísimo. Pero si Dios te ha oído hace un instante, que sí te ha oído, pues todo lo oye, no sé por qué me imagino estar viéndole aprobarte con movimientos de cabeza, sonriendo paternalmente y agitando con dulzura sus

anchas barbas de nieve. Y que El me perdone si acabo de decir un magno desatino.

Simona se encontraba más a gusto, sin punto de comparación, en la teocracia de las Derelictas que bajo el heptarcado de las solteronas. Las monjas, por razón de ser ella la única señorita, por su don de simpatía y afectuosidad, y señaladamente, porque la habían recluído allí sin motivo ni propósito, rodeaban a Simona del mayor miramiento. Querían colocarla en posición de favoritismo y exentarla de las obligaciones reglamentarias; pero ella rehusó todo privilegio.

—Si el amor es pecado—decía Simona—, tan pecadora soy yo como mis compañeras. Si no es pecado, antes es un sentimiento generoso, algunas me aventajan y de ellas debo aprender, por haber amado tanto y haber sabido despreciar la opinión por el amor. Otras, cierto que han perdido la fe en el amor y lo han profanado, o mejor dicho, han consentido que en ellas fuese profanado el amor; pero los profanadores fueron ellos, ellos los que les hicieron perder la fe en el amor a esas desgraciadas, ellos los que debieron ser castigados y reformados.

Con la intimidad amistosa de las reclusas, en un mes Simona aprendió directamente más verdades acerca de la vida y el amor que otra mujer cual-

quiera en el curso de una existencia ordenada y normal. Ninguna de ellas le parecía digna de oprobio. A todas ellas dedicaba fraternal afecto. Pensaba, a veces: «Si Urbano no fuese como es, ¿quién quita que yo no llegaría a ser como algunas de ellas han sido?» Cuando algunas de las más caídas le narraban su pasado, Simona maravillábase al observar cómo los sucesos se habían combinado fatalmente para pervertirlas y arrastrarlas sin albedrío.

—¡Pobre criatura!—glosaba Simona—. La culpa no es tuya. No tienes de qué arrepentirte ni avergonzarte.

Simona era una santita. Las monjas comenzaban a desasosegarse; porque la santita, con tanta benignidad evangélica y redentores sentimientos, desmoralizaba a las reformadas y entorpecía la reforma.

Al mes de estar Simona en el convento, la hermana Janitora, con subrepticia industria monjil, le entregó una carta de Urbano. Simona fué a leerla al huerto, sentada en la hierba, al pie de un ciprés ascético, que se estremecía de emoción bajo la caricia innumerable y leve de un rosal, a él abrazado. Era mayo florido. Las golondrinas piaban bajo el cielo azul. La mano de la brisa atusaba al prado, hirsuto y lustroso como la piel de un

animal joven; la mano era invisible, pero se veía su paso sobre las hierbas. Después de leer la carta, Simona demoró en aquel sitio, a solas, la mirada distraída en torno, percibiendo vagamente que, al tiempo que ella se ajenaba, todas las cosas se animaban, se vivificaban, se comunicaban entre sí, con signos indescifrables y sonrisas de unanimidad.

Tañó la campana conventual, para el oficio de las Flores. Simona se encaminó a la capilla. Del altar, cubierto de azucenas, fluía un espeso caudal de aroma voluptuoso. Aquel perfume denso era como bálsamo; Simona sentíase ungida con él, como en un rito preparatorio para el amor. Luego, las canciones primaverales, entonadas por voces juveniles, donde temblaba la pasión sofrenada y la nostalgia del amante.

Al día siguiente, otra carta. Y una, al otro día. Carta a diario. Vivía Simona ahora como transportada. Iba descifrando los signos misteriosos y la sonrisa de las cosas. Todo, aunque veladamente, le anunciaba un gran acontecimiento próximo. También Urbano, en sus cartas, pero no le decía lo que iba a ser. La tensión del espíritu le afectó al cuerpo. Comenzó a sentirse mal. Una compañera, conocedora de las molestias que aquejaban a Simona, le dijo que estaba encinta.

Ahora estaba encinta, sin aparición del arcángel, ni tramoya celestial, ni nudo en la garganta. Estaba encinta, como una mujer cualquiera; ya era una mujer; iba a ser madre.

Retiróse al huerto, bajo el ciprés desposado a la rosa, y lloró, con lágrimas sedantes y tranquilas. ¿Sería aquél el gran acontecimiento anunciado por las cosas mudas y en las cartas de Urbano? Simona sonreía, entre las lágrimas, burlándose de sí propia. ¿Cómo le iba Urbano a anunciar aquello? Ella era quien se lo debía anunciar a él. ¿En qué forma? Por carta no se atrevía. Pero ¿cuál era, Señor, el otro gran acontecimiento? No podía sufrir la espera. Andaba distraída; se desganó; no hablaba con nadie.

Un triste deber vino a sacarla de su ensimismamiento. En el convento había aparecido el tifus. Tres reclusas habían muerto ya. A diario caía una nueva enferma. Las sanas, presas del terror, no querían asistir a las dolientes. Simona se prestó voluntaria, como enfermera, para auxiliar a las monjas. Ella no tenía miedo a la enfermedad ni a la muerte, puesto que estaba destinada a un gran acontecimiento. Ni siquiera se cuidaba de rociarse con apestoso ácido fénico, preventivo seguro contra el contagio, según el doctor de las monjas. Ahora, entregada a la obra de misericor-

dia, se le había pasado la prisa. Estaba dispuesta a esperar hasta que las enfermas se curasen. Casi le contrariaba que Urbano (en aquellas epístolas cotidianas que la hermana Janitora, con siempre distintos amaños monjiles, conseguía entregarle sin que nadie se percatase ni sospechase) aludiese al gran acontecimiento como inminente. «Se acerca—escribía Urbano—; se acerca por segundos. Ya despunta en el horizonte. Nuestros trabajos tocan ya a su fin. ¡Si conocieras mis luchas (el último esfuerzo) desde que supe dónde te habían aprisionado!...»

Urbano lo había sabido de boca del averiguador *Pentámetro*, a la semana de la desaparición de Simona. «Precisamente me faltaba una monja en la lista—añadió el espolique—. Ganar el corazón de una monja debe de ser tan sencillo como mojarse cuando cae agua. Lo dificultoso es llegar hasta ella. La monja portera tendrá que ser. Con incienso me voy a perfumar, para hacerle cosquillas en la nariz. ¡Quita allá! Pazguato de mí. Olor a azufre, que no a incienso, la fascinará. Para una monja ¿hay nada más seductor que el diablo? Vaya escribiendo la carta, señorito; prometo que la señorita la tendrá pronto en su poder. Luego, lo de verse y hablarse, se arreglará asimismo como por la posta.»

Urbano buscaba alivio a su pesadumbre en el apoyo amistoso de Paolo. Le presentó, con perfiles patéticos, el conflicto inaplazable en que se hallaba. ¡Simona recogida como una mujer de la calle...; encerrada en compañía de otras mujeres infames! El en tanto inactivo, cruzado de brazos, consintiendo pasivamente que su amada padeciese deshonra pública. Simona allí, con su alma pulquérrima hundida en un estercolero, que no la corrompería, no, porque una perla es una perla, aun entre inmundicia, pero que la estaba manchando.

—No hables así, niño—corrigió Paolo tembloroso; tenía los ojos a punto de licuársele—. Las Derelictas no es un estercolero; es un jardín de flores de arrepentimiento gratas a Dios. Jesús era muy amigo de prostitutas. Aquellas jóvenes no son propiamente prostitutas: son desgraciadas que han pecado por amor o por ignorancia. De la culpa de ellas hay siempre otro culpable fuera del convento. Simona entre ellas no está en presencia del pecado, sino del dolor adonde el pecado conduce. Acaso para Simona esto es una experiencia sublime.

Urbano en sus adentros descubrió una nueva perspectiva espiritual al oír las palabras penetrantes y nobles de Paolo. Pero por táctica de conveniencia y para sus fines le rebatió. Las con-

sideraciones de Paolo—dijo—no podían proporcionarle consuelo. La idea de que Simona se hallaba recogida entre jóvenes disolutas se le hacía intolerable. Si no podía sacarla de allí en seguida, en seguida, se suicidaba. Sólo Paolo podía salvarle y salvar a Simona. «¡Constituyamos nuestra sociedad!», concluyó Urbano.

Paolo, a la desesperada, repitió sus excusas de siempre. Aunque la mayor parte de la fortuna era suya, de libre disposición no la tocaba sin el consentimiento materno, y con éste no se podía contar. Urbano respondió que no le hacía falta el dinero, sino la palabra de Paolo, compromiso solemne entre hombres veraces. Dada la promesa, ya se ingeniaría él para granjear algún dinero con que establecer las bases de los futuros negocios. Paolo le preguntó qué haría en tal caso para salvar a Simona. Urbano respondió que robarla, y describió un rapto lleno de poesía y de peripecias a la luz de la Luna. Paolo escuchaba ávido e interrumpía la descripción para colaborar en ella, rectificando alguno de los detalles que podían perjudicar o frustrar la aventura, sugiriendo otros y retocando el conjunto con pinceladas bellas y sensacionales. Guardaron luego silencio, soñadores. Urbano pensaba: «Serás mío, Paolo amigo, bondadoso Paolo. Ya tengo la palanca que remueva tu

voluntad remisa y timorata. Mucho me quieres; pero ni el cariño ni la piedad que por mí sientes son estímulos que venzan el peso muerto del temor y el respeto a tu madre. La imaginación, tu imaginación infantil y exaltada, que ha suprimido para ti el tiempo otorgándote un mundo ilimitado de ilusiones en trueco de la abdicación a unas pocas realidades que los demás hombres disfrutan; tu imaginación te sacudirá insensiblemente la voluntad y querrás como cosa tuya lo que yo quiero, con más violencia que yo acaso. Mañana, pasado, en un mes; no sé cuándo, pero será.»

Desde entonces Urbano hablaba del rapto todos los días a Paolo, y observaba cómo la idea se iba apoderando de su amigo en forma de obsesión. Cuando Urbano no hablaba de ello Paolo iniciaba la conversación siempre así: «Anoche estuve reflexionando que lo mejor sería...» Paolo todas las noches perfeccionaba imaginativamente el plan. Pero su voluntad de cooperar a su realización continuaba inhibida al parecer o se desperezaba con harta lentitud.

Urbano no había olvidado aquella perspectiva abierta en su espíritu por la virtud de una frase sobria de Paolo: «Simona está ahora ante una experiencia sublime.» Una experiencia de que él carecía. «¿Iba Simona el día de mañana a saber por

conocimiento directo de ciertas profundidades clandestinas de la vida, las cuales él trabajosamente fantaseaba? Eso no estaba bien. ¿Iba Simona, ella sola, a beneficio de él, a beber hasta los posos en el cáliz de la experiencia? Eso no era justo. Experimentar es conocer; conocer es comprender; comprender es perdonar. ¿Iba Simona a ser más comprensiva y tolerante que él? Si así fuese dejaría de amarle algún día; luego no podía ser.»

Urbano invitó a Paolo, a fin de ir los dos juntos de visita a las casas de trato, o, como los periódicos locales las llamaban, «palomares de palomas torcaces». Paolo se horrorizó. Urbano dió explicaciones. No se trataba de probar la consumación del vicio, ¿qué pensaba Paolo de él?, sino de aproximarse a examinarlo de cerca. Ni siquiera eso; rechazó Paolo, aturdido todavía. «¿A qué hora íbamos a ir? ¿Cómo llamaríamos? ¿Por quién preguntaríamos? ¿Qué cara pondríamos? Sólo de pensarlo se me paraliza el pulso. ¿Y si mi madre llegase a saberlo?» A Urbano le causaba admiración y risa el sobresalto de Paolo. Entonces acudió a otro amigo joven, con fama de calavera y juerguista, de quien había sido pasante el verano anterior: Virgilio pintiparado para la excursión a los círculos subterráneos de la vida social. Todas las noches visitaban una de aquellas casas. Sen-

tábase Urbano y estaba las horas sin hablar, bebiendo por los ojos todo lo que veía o vislumbraba, degustando en el paladar de la conciencia un sabor indeciso que no acertaba a definir. ¿Era asco? ¿Era el gusto de una droga que producía mareo? ¿Era ternura piadosa? ¿Era incentivo, comienzo de agrado? Por su encogimiento y mudez, las alegres muchachas le desdeñaban: se producían en su presencia con espontaneidad y desparpajo, como si no existiese, y él las observaba con serenidad. A veces le producían una impresión de grotesco monstruoso; otras veces, indignación, y comprendía que algunos hombres las golpeasen; últimamente, lástima infinita, y su indignación en este modo se revolvía contra la sociedad. Recordaba algunas frases de su madre, invectivas contra el dinero: «El primer hombre que acuñó una moneda introdujo la prostitución en el mundo. El dinero lo prostituye todo, hasta el amor, que por naturaleza no se puede comprar ni vender. Llamamos prostitución nada más que al amor corrompido por el dinero, porque es la peor de las infamias del oro. No nos causa tanta consternación y malestar esa palabra aplicada al poder, a la justicia, a la verdad, como aplicada al amor, porque nunca llegamos a convencernos de que el oro pueda prostituir al amor.» Y él, Urbano, tenía hambre de oro,

auri sacra fames, según decía D. Cástulo... ¿No sería lo mejor despojarse de la ambición, esa vestidura que abrasa y martiriza el alma, como la túnica de Neso, e irse a vivir con Simona, pobremente, en un rincón remansado y rústico, lejos de todas las prostituciones del oro?

Así cavilaba Urbano a través de «su experiencia sublime», espectador y huésped transitorio de los círculos sombríos, conducido por una obligación de amor, ya que Simona atravesaba la misma experiencia. ¿Qué pensaría Simona?

A falta de saber lo que Simona pensaba, Urbano conformábase con inquirir la opinión de don Cástulo en las habituales tertulias del obscurecer en la Academia.

—¡Oh la prostitución!—exclamaba don Cástulo, levantando los brazos esqueléticos con ademán de orador de panegíricos—. Yo siempre he rendido culto a la prostitución. Añoro las edades en que la prostitución era un ejercicio estético y sagrado, bajo el auspicio de dioses amables. Sí, hijita, sí; no te escandalices—decía, volviéndose hacia Conchona.

Conchona, en los epílogos de la gestación, ostentaba una preñez ciclópea, que a don Cástulo tenía mareado de vanagloria. Cuando oía lo de prostitución Conchona creía que se iban a enzar-

zar en una polémica política como otras tardes. A ella, prostitución y constitución le sonaban lo mismo. Retirábase porque le aburría aquel tema.

Entonces don Cástulo hacía el elogio de la prostitución en los tiempos de Pericles. Decía que no había apelativos femeninos tan delicados como cortesana y hetaíra: cortesana, mujer cortés; hetaíra, compañera. Aseguraba que él había tenido muchas amantes cortesanas de Atenas, de Corinto y hasta beocias, y enumeraba sus nombres. Narraba las delicias que le proporcionaban y cómo en ocasiones le hacían rabiar dejándole al raso, en el pórtico, toda la noche. Después de una larga efusión oratoria, don Cástulo, en voz baja y con mucho, mucho trabajo, admitía que todo aquello había sido en sueños. Sacaba entonces de los anaqueles una edición de Luciano y les mostraba por encima a Urbano y Paolo los *Coloquios de prostitutas*, «esos pequeños camafeos animados de gracia inmortal». Estas eran palabras de don Cástulo. Añadía: «Son figuras eternas, como la humana condición. El amor es un fruto dulciamargo; dulce primero, amargo después; deleite momentáneo y trabajosa esclavitud. Siempre habrá mujeres y hombres que amen el amor efímero, lucrativo y estéril, separando así lo amargo de lo dulce. No conozco las mansiones de cortesanas actuales (eso tú

lo sabes Urbano); pero de seguro en esas mansiones, aunque con distinto atavío, se mueven estas mismas figuras.» E iba modelando con rasgos leves los personajes de Luciano. Urbano admitía el parecido, sólo que las figuras de Luciano producían un efecto lindo y grato por desinteresado, y las figuras que él conocía causaban amarga preocupación. Don Cástulo lo achacaba a la diferencia de los tiempos y a la influencia del Cristianismo. Terminaba: «Puesto que es inevitable, volvamos a estetizar la prostitución.» Urbano y Paolo se reían oyendo aquellas atrevidas proposiciones, tan incompatibles con la figura, carácter, ideas y costumbres de don Cástulo.

Una tarde llegó Urbano a la tertulia descompuesto, lívido: venía de ver muerto y amortajado a Perico Prendes, un estudiante de Derecho que había sido su discípulo. Allí estaba, en la casa de huéspedes, yacente en el suelo, sobre una sábana extendida, vestido de franciscano, la cara llena de vejigas moradas como uvas de Toro. Perico era asiduo de las casas de trato. Había contraído sífilis. Próximas las vacaciones, aterrábale volver a casa de sus padres en tal estado. Fué a ver a un médico que le curase en un mes siquiera los signos externos del repugnante mal. El médico le previno del peligro; pero él quiso que el médico

ensayase a todo riesgo. A los veinte días reventó como una manzana podrida y fermentada. Era un muchacho inteligente, alegre, bondadoso y liberal.

—Ahora—exclamó Urbano sarcástico—estetice-mos la prostitución.

—He ahí una cosa que no se conocía en Atenas ni en Siracusa: esa enfermedad. Verdaderamente, me dejas perplejo—respondió don Cástulo, poniendo el dedo índice entre las cejas. Concluyó:

—La culpa fué del mercenario Colombo e Isabel la Católica, aquella señora que no se mudaba de camisa en meses.

Urbano no volvió por las casas de trato. Durante dos días anduvo perseguido por la visión del estudiante muerto y atosigado con preocupaciones trascendentales y trágicas. Obcecados y sin albedrío, desafiando a la muerte, los humanos corren hacia el amor, que no es sino el triunfo y la superación de la vida sobre la muerte. Fatalmente, el hombre gravita hacia la mujer y la mujer atrae al hombre, y no hay obstáculo que se interponga. Y no sólo la humanidad, sino la naturaleza entera está repartida en dos elementos: el eterno femenino, que atrae, y el eterno masculino, que es atraído inevitablemente. Y no sólo la naturaleza, sino su espejo, el lenguaje racional; hay palabras masculinas y palabras femeninas que se buscan y se

unen mediante el verbo, la cópula, el acto de amor; todo lo demás en el lenguaje es accidental. El universo se le representaba una lucha infinita y absoluta de sexos, como girando sobre un eje, cuyos dos polos fuesen lo masculino y lo femenino, lo que es atraído y lo que atrae, lo que engendra y lo que concibe. Todas las viejas teogonías imaginaban asimismo el universo girando sobre dos polos fijos, el bien y el mal absolutos: Ormuzd y Ahrimán. Según eso, ¿será cada uno de los sexos un ideal de bien absoluto y un germen de mal absoluto? ¿Cuál sería el bien? ¿Lo masculino? No, no hay bien ni mal absolutos; hay bienes y males relativos, en la medida que cada uno de los elementos, el masculino y el femenino, cumplen su finalidad o la contrarían. Si la función del elemento femenino es atraer, el deber de la mujer es la atracción continua, puesto que en la atracción no cabe discontinuidad, o deja de ser atracción. No así en el hombre, pues si continuamente se dejase atraer desaparecería absorbido en el ser atrayente, se consumiría. La función masculina es discontinua y ocasional. La mujer buena, la que cumple su función y su finalidad, no es nada más que mujer: primero, novia; luego, esposa; luego, madre; la mujer es el hogar. El hombre es novio, esposo y padre por virtud de haber sido atraído por el amor;

pero los deberes de su función no le exigen agotarse en esas actividades, antes bien, contrarrestar centrífugamente la continua atracción que embaraza sus movimientos y llegar a ser hombre en la plenitud de sus aptitudes y energías. Debe escaparse—constantemente, sin dejar de girar en torno a la atracción—por la tangente; vértices de posibilidad, liberaciones con infinita perspectiva imaginaria, que luego serán actos, realidades. Cada una de estas liberaciones se suma al resultado final de lo que se llama historia. En la historia no entra el amor, el cual pertenece al arte, a lo inaudito, a las génesis, pero no a los resultados. El hombre en el hogar no es hombre: es esposo o padre; el hombre es hombre frente a los demás hombres y frente a la Naturaleza. La mujer forma con su propia carne y con su propia sangre el cuerpo vivo de la humanidad, misión en que el hombre toma una parte mezquina, instantánea y desdeñable. Por esto mismo, que es decreto de la Naturaleza, el hombre se ve libre y desocupado a lo largo de la vida para idear, para luchar, para crear; en suma, para pensar, inventar la historia. Los dos polos del universo, en sentir de Urbano, eran Simona y él. Simona asumía el tipo de la perfección femenina. ¿Llegaría él a aproximarse al dechado de masculinidad que idealmente se había propuesto? La atrac-

ción hacia Simona cada vez le solicitaba con violencia más avasalladora. Era la ley, la ley eterna de la cual ningún hombre se eximía. No había excepciones en esto. Acabando de formular esta última afirmación mental, Urbano se detuvo sobrecogido, como el constructor que ve derrumbarse su edificio, levantado con esfuerzo y paciencia. Había una excepción: Paolo. En la primera ocasión, tomándole del brazo e insinuándole las palabras cálidas en el oído, Urbano dijo a Paolo:

—¿Pero es posible que usted no haya sentido nunca, nunca, la atracción del amor en términos que le arrastrase?

—Ya sabes que tengo novia—respondió ruborizado.

—Yo me refiero al amor físico, la atracción de la mujer.

Paolo, con voz estrangulada, la cabeza rendida, bisbiseó:

—A ti, hermanito de mi corazón, no puedo ocultarte nada. Tengo un hijo. Su madre es una aldeana de aquí cerca. Nadie sabe quién es el padre. Cuando la chica dió a luz la estrecharon a preguntas, la amenazaron; ella nada declaró. Mi madre, sobresaltada porque en el contorno había una muchacha licenciosa, como ella decía, la llevó a las Derelictas, mi misma madre. Y mi hijo al hospicio.

Cuando ella salió del convento trajo al niño consigo. Es una mujer irreprochable. A estas horas nadie presume todavía quién la perdió. Mi hijo tiene doce años. Cuando mi madre muera lo reconoceré. Aunque apenas me es permitido acercarme a él, le adoro. A su madre la respeto y la quiero, pero no de amor. Amor es lo otro.

Después de un largo silencio, saturado de melancolía e inefabilidad, Paolo, con una brusca transición de tono, preguntó:

—Nuestro proyecto de rapto está que no hay más que pedir, no le falta una tilde. Don Cástulo, tan criticón, no le ha hallado cabo suelto. La Conchona, tan avispada y sagaz, no ha podido mejorarlo. Además, hay razones graves (¡no te alarmes! Luego te las diré) que nos empujan a ponerlo en práctica sin más tardar. ¿En qué piensas? ¿A qué aguardas?

—A que usted me dé la palabra.

—¿Cuál? ¿La de ser tu socio capitalista?

—Claro.

—Pero, niño, ¿no te la he dado hace mil años?

—No, señor.

—Vaya, vaya, andas con la cabeza por las nubes y no me has oído.

—Aun estamos a tiempo. ¿Palabra?

—Palabra.

Se abrazaron.

—¿Cuáles son esas razones graves?—preguntó Urbano.

—*Pian, pianito,* Urbanín. Simona ¿te escribe?

—Algunas líneas, con lápiz. No le es posible otra cosa. Pero yo la escribo a diario, gracias al gancho de ese *Pentámetro* devastador, que ha engatusado a la lega de la portería.

—En eso estaba. ¿Nada te dice Simona?

—¿De qué?

—Al paso; no galopes ni te alarmes. Por Pilares anda una epidemia de tifus. En las Derelictas hay varios casos. Me lo ha dicho el *Pentámetro.* No te ha querido hablar él mismo de eso por no asustarte. Conviene sacar de allí a Simona, como quiera que nuestro plan no puede fallar. Es lo que se dice el postulado de Euclides.

—Esta misma noche.

—Esta misma noche, no; falta tiempo. Mañana por la noche. Hemos de hablar con la Conchona, ultimar preparativos. Escribe a Simona, apercibiéndole lo que ha de hacer.

—¡Al fin, Paolo! Eres un barbián. Y perdona que te trate de tú y te tire de esos bigotazos castelarinos.

Paolo sonreía con los ojos húmedos.

ERA NOCHE DE LUNA llena. Las doce. Al pie del ciprés, arrebozado en tenue edredón de rosas, esperaban Simona, con un hatillo en la mano, y la hermana Janitora.

—Tirita usté, criatura. ¿Es de miedo?—preguntó la lega, abrigando entre las suyas las manos de la niña.

—No es de miedo.

—¿Me llevarán a mí también? Pida usted que me lleven, preciosa. ¡Virgen del Desierto: por la memoria de tu huída a Egipto, haz que me lleven, haz que me lleven! Pídaselo usté al señorito, clavellina del Señor. Suenan pisadas de caballo.

En lo alto del muro destacó un hombre con antifaz negro. Detúvose, escudriñando en la sombra del huerto. La lega chistó. El hombre, con gesto brusco, se arrancó el antifaz. Era Urbano. En el silencio estelar oyóse del otro lado del muro una voz cauta que decía: «No te quites la máscara, niño; caras te pueden costar las imprudencias.» Pero ya Urbano brincaba a tierra y corría a abrazar a Simona.

—No me lleves—suspiró Simona acogida al pecho de Urbano—. Adelaida está moribunda. Cuando me separé de su lecho abrió los ojos, me miró,

adivinó y rogó: *Nos separamos para siempre; aguarda, aguarda...* No me lleves, Urbano, esta noche. Espera un día más. ¿Voy a dejar a Adelaida así?

—Rezaremos por ella—y Urbano arrastró a Simona suavemente.

Otro enmascarado había puesto una escala dentro del muro y se acercaba con aspavientos de espantajo a la hermana Janitora.

—¿Quién eres, el amor o el diablo?—chilló la lega santiguándose.

—Los dos—le respondió una voz *de profundis*.

—Pues que el diablo me lleve—sollozó la lega asiéndose a los faldones del enmascarado.

—Tiento, tiento, mujer atrevida, que me vas a disparar las pistolas del cinto—conminó el enmascarado.

Urbano llamaba al enmascarado que le tuviese la escala mientras él desde arriba ayudaba a que Simona se encaramase.

Luego que los dos amantes desaparecieron, el enmascarado subió y retiró la escala.

—¡Llévame, llévame, Casín mío! Por los clavos de Cristo y por todos los instrumentos de la pasión, llévame—gemía la lega junto al muro, estirando los brazos.

—¡Sacrilegio! No quieras que condenemos el alma—dijo el *Pentámetro* con su voz natural.

—¿Qué más condenada, si no he de volver a verte?

—¿Quién tal dijo? Verásme como hasta ahora, que sólo es pecado venial. Te querré siempre; nunca me tendrás harto.

—¡Júralo!

—¡Por éstas! Mañana, a la hora de costumbre.

Volvió a sonar la voz cauta detrás del muro, ahora desabrida:

—Concluye, granuja, truhán. ¿Qué te retrasas ahí?

—Esa bobona, que piensa que la voy a dejar—explió el *Pentámetro*, ya en el suelo—. Si yo no sabía lo que es gloria... Niego el refrán: amor de monja y regüeldo de fraile, todo aire. Ya, ya... ¿Aire mi monja? Néctar y substancia celestial. Ni sospechas de lo que eran natillas, mermeladas, higos en almíbar, suspiros (suspiros de mantecado) tuve hasta que esta monjuca fué mi concubina... ¡En seguidita la voy a dejar!

—Cállate, galopín, bellaco—atajó, tapando la boca al *Pentámetro*, otro enmascarado de ancho chambergo y capote albicante y copioso, a modo de alquicel, recogido atrás sobre el cañón de una carabina a la funerala.

Había también tres caballos con la cabeza abatida arrancando la hierba.

—Este enmascarado es el *Pentámetro* y este otro es Paolo—susurró Urbano a Simona—. Paolo, mi hermano mayor.

—No pronuncies nombres propios, niño. ¡Qué temeridad!—bisbiseó Paolo—. No hay segundo que perder. Pronto los perseguidores correrán a nuestros alcances. No haya cuidado. Si es menester, haremos uso de las armas. Arriba, niño. Tú montas el potro cuatralbo.

Este potro cuatralbo era un caballo Matusalén.

Urbano saltó sobre su cabalgadura. Entre Paolo y el *Pentámetro* auparon a Simona a la grupa del caballo.

—Agárrese usted bien a la cintura de Urbano—aconsejó Paolo—. ¿Tiene usted miedo?

Simona no respondía. Parecía obedecer mecánicamente. Urbano reiteró la pregunta de Paolo varias veces. Simona, como si su espíritu descendiese de regiones distantes, inquirió:

—¿Eh? ¿Qué dicen? ¿Quién habla?

—Que si tienes miedo.

—No tengo miedo a nada.

Cabalgaron silenciosos bajo la luna. De tiempo en tiempo Paolo disponía:

—¡Alto! ¿No oís un rumor a retaguardia? *Pentámetro:* desmonta, pega la oreja a la tierra. ¿Sientes ruido de cascos que galopan? ¡Adelante!

Urbano acariciaba las manos de Simona, abrochadas nerviosamente sobre su corazón.

—Tus manos están heladas, y siento tu respiración ardorosa en mi nuca. Vas estremecida. ¿Qué tienes? La inquietud, la emoción acaso...

Simona callaba. Urbano debía repetir con insistencia sus preguntas, volviendo la cabeza. Entonces Simona, como despertándose, respondía con incoherencia:

—Nada. Nada. El gran acontecimiento.

Cabalgaron así largo tiempo hasta un lugar llamado la Venta de la Horca, donde les esperaba un coche cerrado con tiro de cuatro animales. El lugar lo había elegido Paolo, atraído por la extrañeza del nombre. De allí Urbano y Simona debían ir, a todo galope, durante el resto de la noche, a esconderse unos días en la casería de Conchona, que ya había salido en la diligencia de la mañana a prepararles acomodo.

—Ahora podéis decir que estáis en salvo. ¡Albricias! Adiós, adiós, pareja venturosa. Acordaos del pobre Paolo. Mayoral, vuela, aunque revientes el tiro.

—Mujer, di algo. Da las gracias a Paolo. Es nuestra providencia—suplicó Urbano a Simona.

—Déjala. Pobrecita... Irá sin sentido. ¿Cómo querías que fuese? Otra cosa sería vulgar e impro-

pia de esta aventura. ¿Llevas tus pistolas? Adiós. Adiós. Adiós. Postillón: fustiga sin duelo los corceles.

Ya rodaba el coche ligeramente.

—Déjame dormir, por Dios; no me despiertes. Infeliz Adelaida. No nos separaremos. Aguarda, aguarda. Reza por ella, Urbano—habló Simona, enovillándose contra su amante.

«Alma mía—pensaba Urbano—, está agotada de cansancio, calenturienta.» Y la besaba con levedad. Simona iba todo el tiempo soñando en voz alta frases misteriosas. Un vaho violeta se filtraba por las cortinillas del coche. Comenzaba a despuntar el día. Urbano se durmió. Despertó a las ocho de la mañana. Era un día glorioso. Dentro del coche, desde una rendija lateral, metíase una franja de sol, a la manera de una luna de cristal amarillo y transparente. A Urbano se le figuraba como si estuviesen encerrados en una urna con tapa de cristal. Simona descansaba todavía, pálida, rubia e insensible como Blanca Nieves. Fué a besarle la frente y los labios se le quemaron. Le tocó las manos, que le ardían. Los labios de Simona, gordezuelos y henchidos de sangre, estaban ahora como dos venas vacías, aplastados y cárdenos. De la boca, entreabierta, le salía un hálito de brasa. Urbano la sacudió despavorido:

—Simona, Simona.

Simona levantó los párpados y miró con estrabismo.

—No te guardo rencor, Sulforiana. A todas os perdono. *Barrabás, Lohengrín,* zape, zape de mi regazo.

Urbano pensaba que Simona se le iba a morir allí mismo en los brazos. La ceñía contra su pecho, besándola con transporte. Vióse perdido, despeñado, en el instante de alcanzar la cumbre de su felicidad.

Trabajosamente, a lo largo de pinas y olorosas callejas, llegó el coche a la casería de Conchona, que le esperaba, de vigía en el otero de los pomares, desde hacía tres horas.

—Concha, se nos muere, se nos muere...—gritó Urbano con desvarío, conduciendo en sus brazos a Simona inerte.

Llevaba aún la niña el uniforme de las Derelictas, de fustán nazareno, y la cuerda azafranada a la cintura. Se le había derramado la caudalosa cabellera aurirroja y le pendían los pies, calzados con burdos zapatos y medias de lana cruda y tosca.

Conchona, a la cabeza de sus mayores y de los diez chiquillos, prorrumpió en llanto, trazando con los puños agoreras amenazas en el aire:

—Emperatriz mía, ¡quién te vido salir de aquí

y quién te ve volver, postrada y mártir! Aquellas siete brujas maldecidas de Dios te robaron de mi seno, te sorbieron la sangre, te mataron... Traiga acá, señorito; yo la llevaré a acostar, que tengo más maña.

Conchona tomó con esmero a la niña y la condujo al aposento de los dos lechos, donde Simona había habitado sola de recién casada, y ahora estaba dispuesto por Urbano que habitasen juntos, como amantes que no fueran casados. Detrás de Conchona seguía Urbano sollozante y el paso incierto; los viejos, persignándose y mascullando oraciones; los chiquillos, gimoteando como en un funeral primitivo, sin otro boato religioso que las manifestaciones del terror y del estupor eternos.

Simona no traía ropa consigo. El hatillo sólo contenía las joyas que la abuela le había legado.

Conchona despachó a uno de los pequeños en busca de don Arcadio Ontañón:

—Vas depriesa, que los talones te den en las ñalgas.

El chico arrancó como un venablo. Antes de una hora ya estaba de vuelta, en el carricoche del médico, a par de don Arcadio, y éste con su capote color mostaza y su sombrilla verde lorito. El médico examinó a la enferma. Urbano, cogiendo con

ansia ruda al viejo doctor por los brazos, le requería a que le dijese si Simona moría o se podía curar; cuándo se iba a morir, cuándo se iba a curar. Don Arcadio sonreía con bondadosa tristeza y le apaciguaba respondiéndole que no había peligro próximo. Añadió que, aunque Simona no recobrase el sentido, no se intranquilizase. Probablemente continuaría el delirio algún tiempo; la enfermedad era de curso despacioso. Extendió unas recetas, dió unas instrucciones y quedó en volver a la tarde. Urbano y Conchona no se apartaban de la enferma.

—¿Sabe lo que le digo?—cuchicheó Conchona—. Que no se muere. Me lo da el corazón, que nunca me ha engañado.

—También mi corazón me dice que no se morirá. Estoy confiado.

—No me muero, no. ¿Qué interés tenéis en que muera? No os vais a casar por eso...—alentó Simona.

—Delira—dictaminó Conchona—. Angelín del cielo: tiene todavía metido en el alma el miedo a las siete brujas. ¡Ay señor! ¡Qué susto pasé! Temí que me diera un mal; tan avanzada...—suspiró, inclinando demostrativamente los ojos hacia la ciclópea rotundidad del vientre—. Y gracias que el mi señorín, como tiene ahora los desámenes de

la Academia, no estaba aquí, tan nervioso y ahogadizo como es...

A la tarde el médico dijo que todo continuaba lo mismo; que había que cortarle el pelo a Simona y eso le aliviaría el delirio. Urbano no lo consentía. El doctor replicó que, de todas suertes, con la fiebre concluiría por caérsele, y si se le cortaba le crecería luego mejor. Urbano no quiso presenciar la tonsura, que corrió a cargo de la Conchona. Concluída la operación entró Urbano en el aposento; estaba el piso cubierto con largas virutas cobrizas de un raro pulimento, que Urbano recogió y besó, hundiendo el rostro en aquella molicie suntuosa.

—Ahora no parece una mujer, ni siquiera una niña: parece un niño—insinuó Conchona.

Parecía Simona, sí, el Adonis dormido y marmóreo de la estatuaria antigua.

Por la noche Urbano se acostó con la ropa puesta en el lecho de al lado de Simona. Conchona dormía en la cocina en un jergón por tierra. Un tabique medianero, de tablones mal ajustados, separaba el aposento de la cocina. Dentro del aposento despedía luz soñolienta una lamparilla de aceite en un vaso sobre una banqueta de tres pies. Urbano no conciliaba el sueño; alma y sentidos suspensos del ritmo, arbitrario y estridente, de la

respiración de Simona. De madrugada quedó traspuesto. Le despertó el lamento de un animal insospechado, entre berrido, gruñido y lloro. «¿Serán las vacas? ¿Serán los cerdos? ¿Serán los jatos? Mi ignorancia de las cosas rústicas me deja dudoso.» El lamento subía de diapasón, como si se acercase. Urbano abrió los ojos. Por los resquicios del tabique entraba una claridad bermeja. Oíase en la cocina resollar afanoso entreverado con un como canturreo. Era la voz de Conchona. Urbano se levantó y fué a la cocina. En el lar brillaba el rescoldo bajo un pote humeante asentado en las trébedes. Había un velón de cuatro mecheros encendido. Urbano vió lo primero el jergón de Conchona vacío y un espectáculo sanguinario, como vestigio de un crimen. No lejos del lar, esfumada en la penumbra, estaba Conchona en camisa, sentada en el suelo, con un cerdito en brazos, al cual lavaba en un gran barreño. Este cerdito era el que gruñía, y Conchona le hablaba con sonsonete de canción mimosa.

—¿Qué es eso? — preguntó Urbano estupefacto.

—Un neño. ¿Oyóme? Creí que no había metido bulla. ¡Sol mío, querubín! Mire p'acá.

—Eso es un cerdo, Concha.

—¡Arreniego! Un cerdo el hijo de mis entrañas.

Un sol de julio. El mi señorín pintiparao. No le faltan sino las gafas.

—¿Cómo? ¿Quieres decirme que has dado a luz, ahí a solas, sin auxilio, sin médico?...

—Pa mí que se precipitó por mor del susto de esta mañana.

—Hay que ir a avisar al médico.

—No lo querrá Dios del cielo que a mí me mire ni me apalpe otro hombre que el mi señorín. Llame a mi madre, en el hórreo, que es medio comadrona. A diez partos asistió de la mi hermana.

Después de llamar a la vieja, Urbano volvió a acostarse y durmió hasta la mañana, que llegó el médico. El doctor encareció con cuchufletas el denuedo de Conchona. En cuanto a la criatura, discrepó del dictamen de Urbano: a él no le parecía un lechón, sino un ternero. A Conchona le prohibió levantarse. Ella se resistía, asegurando que mujeres de su enjundia no tienen sufrimiento para permanecer un día entero acostadas. De Simona dijo el viejo doctor que continuba igual, sin retroceder, y era lo mejor que podía ocurrir.

Los dos días siguientes mantúvose la enfermedad en el mismo punto. Algunos momentos Simona recobraba a medias el sentido. Reconocía a Urbano y a Conchona (que el tercer día después del parto ya estaba en pie); hablaba con ellos por su

nombre, pero había perdido la memoria del pasado inmediato y no advertía estar enferma ni extrañaba el lugar donde se hallaba. Con todo, Urbano juzgaba esto notable mejoría.

El cuarto día era domingo. Muy corrida la mañana llegó don Cástulo en busca de Conchona, calculando que los amantes ya no permanecían en el caserío. Grande fué su pasmo y aflicción al hallarlos allí todavía y ver a Simona en tanto peligro. Tardó en parar atención sobre su mujer. Entornando sus ojos miopes color de turquesa le decía:

—No sé qué te encuentro, Conchita; pero me pareces tan cambiada...

—Mire bien—repuso Conchona, los brazos en jarras.

—Miro, miro y no caigo en la cuenta. Es como si te faltase algo...

—A usté es al que le falta algo: un tornillo. Traiga la mano; toque aquí—y atrajo hacia su vientre la mano de don Cástulo.

—¡Cielos! ¿Era una apariencia falaz? ¿Se ha desvanecido todo como un sueño?... ¿Hidropesía? ¿Tal vez flato?

Retiróse Conchona sonriendo y volvió a poco con el ternerillo, malamente fajado en paños burdos y una toquilla vieja, pues el ajuar, con tanto esmero y amor preparado, estaba en el Vergel de

Atenea. El corazón de don Cástulo redoblaba con el gozoso frenesí de un tamboril en mañana de romería. Sentía una especie de emoción cósmica, como si presenciase el primer día de la creación del mundo. Quiso tomar en brazos a su hijo, pero Conchona se lo arrebató presto, porque lo sostenía de manera instable y ridícula, como camarero torpe que conduce una bandeja demasiado cargada. Se inclinó a besarle efusivamente, arañándole con las gafas y haciéndole berrear. En seguida habló del bautizo y del nombre que se le debía imponer. El exigía un nombre griego, que son los más pulcros; en esto era intransigente. Empédocles, por ejemplo.

—¡Arreniego! ¡Arreniego! Mi neño, mi sol de mis entrañas, con ese mote, pa que todos se mofen de él. Tanto valía que le saliese una joroba—barbotaba Conchona con horripilación.

Don Cástulo enunciaba otros nombres: Pitágoras, Platón, Zenón, Pelópidas, Epaminondas.

A Conchona todos le parecían nombres execrables. Aplazaron la cuestión.

Luego don Cástulo dolióse de un remordimiento inocente. Había imaginado un paralelismo entre su vida y la de Urbano, el amado discípulo. Y era un fiero contraste. Siempre que él alcanzaba una forma de ventura superna, a Urbano le sobreve-

nía una catástrofe terrible. Casi se sentía culpable de los infortunios de Urbano. Al día siguiente retornó a Pilares con el alma turbia, un amasijo de alegrías y de penas.

La enfermedad de Simona se estacionaba. Urbano, con la monotonía de la angustia, se iba insensibilizando. No salía del aposento sino para ir a la obscura cocina y sentarse, con una modorra como de niebla, frente al lar. Flotaba en el aire olor a humo de argomas y el perfume penetrante y adormecedor de hierbas dulces y alhucema verde, que Conchona quemaba como fumigatorio y sahumerio. Distraíale oír el repique que movían las tapaderas de los potes hirvientes y ver las nubecillas que de ellos se desprendían, envedijadas, flotantes, iridescentes, como los plumeros sobre los cascos antiguos. No lejos del lar, en un montón de hojas de maíz sobre la tierra negra, sonrosado por el reflejo del fuego y en inalterable beatitud digestiva, dormía el ternero que Conchona había parido. Nunca lloraba. Urbano le contemplaba con curiosidad apática. Pero lo más del tiempo Urbano lo pasaba en el aposento, cerca de Simona; cerca y tan lejos, puesto que el alma de su amada estaba ausente. Entonces Urbano se acordaba de su madre. Cuando sanase, ¿quedaría Simona perturbada? Consultó esta cruel incertidumbre con

el viejo médico, el cual respondió que eso no era verosímil. Siempre recibía de él un aliento de fortaleza, que don Arcadio le comunicaba tácitamente con sus evasivas doctorales, su humorismo desengañado y el mirar grave y propicio, como el de los patriarcas llenos de experiencia y de benevolencia.

El aposento tenía un ventanuco. Hacia él volvía Urbano los ojos largamente, como hacia la esperanza. Colgaban fuera unas hojas de vid con transparencia de agua marina. Más allá se veía un cuadro de aldea: un retazo de prado, unas zarzamoras, una higuera, una lontananza de colinas suaves, un cielo triangular. A cada hora del día el cuadro mudaba de armonías y de expresión espiritual. Pero bajo el cambio, imperceptible y flúido, perduraba una emoción inmutable: la de la vida, de la vida robusta y bella. Oíase, encendidos de entusiasmo, a los pájaros, esos trovadores, cantando lays de amor a la vida. Todo era primavera. Y Simona estaba en su primavera dormida y como muerta, no de otra suerte que el Adonis mítico parecía muerto o dormido durante el invierno para resucitar con su juventud perenne a cada nueva primavera. Simona iba a resucitar. Su muerte era aparente y transitoria. No podía morir. Era contra el orden natural, que es un or-

den perfecto. A través del ventanuco Urbano percibía con certeza la perfección del orden natural. No se podía poner en duda. Pero un mirlo plantado en la higuera, vestido de negro y con pico de oro, parecía poner en duda y criticar, silbando con ironía, la perfección del universo. Aquel mirlo desazonaba a Urbano. Su melodía, individual y distinta, destacando de la armonía vasta y anónima de la creación, se le hacía intolerable. Cogió una de las pistolas que le había dado Paolo y disparó. El mirlo cayó de la higuera. En el vidrio del ventanuco quedó un orificio geométrico, por donde se metió hasta el aposento un soplo aromado y caliente de naturaleza. «He matado la duda», murmuró Urbano.

—¿Quién llama a la puerta tan fuerte? ¿Qué mano de hierro? No abro, no abro; no quiero marchar. Urbano, defiéndeme. No abras, no abras— balbució Simona en un estremecimiento al oír el disparo.

Urbano la tranquilizó con besos y palabras de mimo.

—¡Ay, gracias!—suspiró Simona, sumergiéndose de nuevo en sopor anhelante.

De allí, Urbano, al pie de la cama de Simona, permaneció en una calma fría e inconmovible, como una figura de piedra labrada en

un sepulcro en espera de la resurrección de la carne.

Una tarde, después de su visita, don Arcadio se dilató acompañando a Urbano. A la hora de la cena dijo que cenaría de lo que hubiese con la familia de Conchona. Después de la cena prolongó su estancia. A cada paso iba a tomar el pulso a Simona. Hablaba en voz baja con la Conchona, que, oyéndole, suspiraba. Urbano, al pie del lecho, miraba al uno y a la otra inalterable. Arrastrábase con lentitud la noche, como un río negro y cenagoso. El doctor no se marchaba. Cantó un gallo. El doctor, desde la cabecera de Simona, dijo a Urbano:

—Revístase usted de ánimo. Esto se va por segundos.

—Está bien. No importa—respondió Urbano sosegadamente—; la muerte no nos separará: nos unirá.

—¿Qué quiere usted decir?

Urbano señaló las pistolas de Paolo, que estaban sobre un arcaz de madera. Don Arcadio se le acercó, en el rostro una expresión sacerdotal y severa:

—¿Qué dice usted, joven insensato y engreído? ¿Se cree usted, por ventura, uno de los polos del universo y que el otro polo es esta pobre niña?

—Sí, señor—respondió Urbano dogmáticamente, el ceño contraído.

—Eleve usted el corazón a Dios; no profane impropiamente la religiosidad del misterio, en el cual no debemos penetrar hasta que no seamos llamados. Vista el alma de luto, llore lágrimas de sangre; pero haga uso de su razón. Comienza usted a vivir; le queda todo por hacer.

—Nada me queda por hacer.

—Si no egoístamente y para usted, le queda todo por hacer para los demás. ¿Quién le ha eximido a usted de sus obligaciones para con la humanidad?

—Para mí la humanidad no existe, fuera de Simona. Usted es un mono viejo; Conchona es una calabaza; su marido es un asno; su hijo, un cerdo de cría—dijo Urbano sin inmutarse.

—Pues si la humanidad para usted es Simona, por sus obligaciones con Simona tiene usted que vivir. ¿Quién si no usted es el obligado a rendir culto a su memoria, a llorarla, a encomendarla a Dios?

—Yo también, señor dotor, que la adoro—interrumpió Conchona, que retorcía las manos y tragaba las lágrimas.

—Haga usted uso de su razón—repitió don Arcadio con dulzura.

—Pues ¿qué otra cosa hago? Mi razón me dice que con el tiempo amenguará mi dolor, me iré consolando, acaso la olvide, quizás llegue a enamorarme de otra. Y como no quiero que suceda eso, como no quiero que este sentimiento de ahora se apague, mi razón entonces me dicta con absoluta frialdad lo que tengo que hacer. Yo soy mucho más razonable que usted.

—Concha—ordenó el doctor—, retira y esconde esos juguetes estúpidos, que han inventado los hombres sin seso para divertirse con la muerte y con la vida a cara o cruz, como si vida y muerte fuesen monedas de cobre que se pueden perder y recobrar con ademán ligero.

Conchona salió con las pistolas; poco después volvió. Urbano ahora se había acercado a coger una mano de Simona; el doctor sostenía la otra por el pulso. Conchona se arrodilló a rezar. Era como si el tiempo se hubiera detenido, fluctuante y temeroso, en los umbrales de la eternidad. Aquella noche no acababa nunca. Cuando, al fin, sonrió la aurora en el ventanuco, amaneció también una sonrisa en los ojos benignos y cansados del viejo doctor. A las ocho de la mañana se retiró don Arcadio, diciendo:

—Se ha iniciado una reacción favorable. En lo que resta de día no hay cuidado. Será un día tranquilo.

No fué un día tranquilo, porque el ternero tuvo un cólico clamoroso. Conchona lo atribuía a que, con la excitación de la nocne anterior, se le había agriado la leche.

En la visita de la tarde don Arcadio reiteró el diagnóstico de la mañana en términos más optimistas todavía. Dentro de Urbano fué como si se rompiese un resorte tenso y recobrase la elasticidad y blandura del alma.

—Se me figura—dijo—como si, abierta la puerta de una jaula, saliese el pájaro volando. Me he recuperado a mí mismo. Vuelvo a ser yo. Perdóneme usted, don Arcadio, y perdóname tres veces, Concha; anoche les dije una insolencia.

Y se echó a llorar.

¿No le iban a perdonar? ¿Qué sabía él lo que decía en aquellos momentos? Se había portado heroicamente, como un héroe del sentimiento, añadió el viejo doctor.

Simona fué mejorando día por día. A la semana estaba fuera de peligro; pero aun no había adquirido el pleno conocimiento ni la memoria. Fué entrando en relación con el mundo externo. Preguntó desde cuándo estaba enferma. Cuando le dijeron que casi un mes no lo quería creer. Su recuerdo se obnubilaba desde el momento en que la habían subido a caballo con Urbano. Toda la en-

fermedad era para ella un lapso de tiempo extraviado, vértebra perdida en la articulación de su memoria. No había sufrido ni sentido nada.

Fué entonces cuando Urbano supo con horror retrospectivo que Simona había tenido el tifus.

Desde que Simona comenzó a sentirse mejor, Urbano, por una especie de respeto inexplicable, no quiso dormir en la cama de al lado. Dormía allí Conchona; Urbano, sobre el jergón de la cocina. Urbano veía a Simona como una resucitada, una mensajera del país de las sombras, una persona distinta, puesto que había resucitado en un cuerpor distinto: la cabeza, cubierta de menudos bucles cincelados en cobre, y el exangüe rostro de alabastro parecían pertenecer a un bello adolescente; más delgada, en el grácil torso no se insinuaban protuberancias femeninas.

Ya convaleciente, en coloquio con Urbano, fantaseaban el próximo viaje como amantes. Irían a Santander en dos jornadas, haciendo noche en Unquera.

—Recordarás—dijo Urbano un día—que tu abuela, antes de morir, nos pidió que en memoria suya cometiéramos algún disparate pintoresco. He pensado que debemos cumplir su última voluntad. Hasta ahora nuestros disparates no han sido voluntarios y libres. Se me ocurre que tú vayas ves-

tida de hombre. Nadie sospechará que somos dos enamorados. Imaginarán que somos dos hermanos. ¿Recuerdas que en nuestro viaje de novios el fondista nos tomó por hermanos? Y eso que ibas vestida de mujer. Le escribiré a Paolo lo que vamos a hacer. El lo celebrará, porque en las comedias clásicas sucedía con frecuencia que las enamoradas viajaban disfrazadas de hombre, y dirá que éste es el más lindo epílogo de la aventura. ¡Ah! Que no se me olvide llevar las pistolas de Paolo, esos juguetes estúpidos que han inventado los hombres sin seso, según don Arcadio.

Cómo volaban Urbano y Simona sobre el tiempo ahora, con las alas que la imaginación les ponía en las sienes. Con qué celeste agilidad llegó el momento en que los dos, con abrazos y llanto alegre, se despidieron de Conchona, de don Cástulo, del beatífico ternero, de don Arcadio.

Ya están en la diligencia. Ya arranca la diligencia. Ya han transcurrido horas y horas de jornada. Cae la tarde. El cielo está purpúreo. Restalla el látigo del mayoral. El carruaje sube fatigoso una pendiente llena de revueltas entre

altas rocas y monte de roble espeso, donde reina una sombra facinerosa.

—¡Alto!

La diligencia ha parado. Un hombre, con un pañuelo rojo atado por debajo de los ojos, asómase a la portezuela, y apuntando con un trabuco suplica cortés:

—Dígnense vuesas mercedes bajar.

Los viajeros descienden. Dos bandidos les ordenan que se coloquen en fila. Un tercer bandido alongado un trecho apunta con el trabuco al mayoral. Uno de los bandidos asalta el pescante y ata al mayoral y al zagal con cuerdas. Luego, en tanto este bandido permanece con el trabuco apercibido, los otros dos van registrando a los viajeros. El último de la fila es Urbano; el penúltimo, Simona, vestida de muchacho. Ya se aproximan los bandidos a registrar a Simona. Ya le van a poner la mano encima. La sangre se agolpa en el cerebro de Urbano. Ahora los tres bandidos están casi juntos. Fuera de sí arrójase Urbano sobre los dos bandidos más próximos, no sin antes derribar de refilón, con un manotazo, el trabuco que el otro tenía montado. Instintivamente pone en práctica las caballerescas destrezas de esgrima que le había enseñado Paolo, y los ardides de pugilismo plebeyo que había aprendido del *Pentámetro*. Ya

tiene a dos derrocados a sus pies. El otro se inclina a recoger el trabuco, apenas repuesto de la sorpresa. Urbano recuerda que lleva consigo las pistolas de Paolo, una de ellas, la del mirlo, descargada. Tanto da. Los bandidos no lo saben.

—¡Alto!—grita Urbano, mostrando las pistolas—. Quieto en tierra el trabuco; si te mueves te descerrajo un tiro en el corazón. Levántate. A ver, voluntarios que desaten al mayoral y al zagal y con las mismas cuerdas aten a estos hombres a un roble.

Todo es obra de diez minutos. Vuelve lo robado a sus dueños. La diligencia reanuda la ascensión fatigosa. Los viajeros se deshacen en admiraciones y agradecimiento.

—¿Cómo se llama usted, joven, para nunca olvidar su nombre?

—Juan Pérez.

—Y ese niño tan guapo ¿es su hermano?

—Sí, señores.

—¿Cómo se llama?

—Pedro Fernández.

—¿Cómo Fernández, si usted es Pérez?

—Porque es hijo de otro padre.

En la posada de Unquera, solos ya (¡ya solos!) en una estancia, Simona, sentada en las rodillas de Urbano y un brazo en torno a su cuello, pregunta:

—¿Por qué no les has dicho tu nombre? Tan orgullosa como yo estaba de ti...

—Porque hemos comenzado una nueva vida. No soy el Urbano de antes, ni tú aquella Simona. Tenemos que buscar nuevos nombres. Tenemos que olvidar lo pasado, si podemos, pues a veces, sin querer... Me río porque... ¡Si tú supieras que cuando nos pretendieron casar y nos metieron en una diligencia como marido y mujer yo iba deseando que salieran bandidos y nos llevaran prisioneros de verdad, a ti por un lado y a mí por otro!... Ahora me acuerdo.

—¿Y recuerdas—bisbiseó Simona al oído de Urbano—qué día era y qué día es hoy? El ocho de julio. Hoy hace un año.

—¡Qué coincidencia!

—Coincidencia, no. Yo he fijado para nuestro viaje el día de hoy, y no hace una semana, ni dentro de una semana. Tú no caías en el porqué de mi antojo que había de ser precisamente hoy.

—¿Qué es esto que te abulta en el bolsillo interior de la chaqueta? ¿Qué secretillo?

Simona sacó un paquete de papel de seda. Lo

abrió. Contenía una flor de azahar entre polvo amarillento. Dijo:

—Me lo entregó mi abuela antes de morir con estas palabras: *La rosa que él me dió con el primer beso: polvo. Y esta flor, símbolo del amor constante y puro, como el primer día. Consérvala toda la vida; déjasela a tu hija. Siempre estará igual, y pasarán las generaciones de rosas.*

—No te enternezcas, Simona. Ten en cuenta—prosiguió Urbano con ardiente sonrisa—que esta flor de azahar es de cera, falsificada por los hombres, obra industrial. Y la rosa era una rosa viva, una rosa de fuego, por eso es ahora cenizas. Y nosotros no somos figuras de cera; somos dos llamas de la misma hoguera. Antes de apagarnos habremos transmitido a otros la antorcha encendida.

Ya, por primera vez, reposan la cabeza en la misma almohada, sin hablar, porque las bocas están unidas. Sin embargo, uno y otro tienen necesidad de decir algo.

—No puedo por menos de pensar en hoy hace

un año, Simona mía. No me sentiría hoy tan feliz si entonces no me hubiera sentido tan desgraciado. Tu elección de día ha sido una inspiración celeste, y no un antojo, como has dicho. Antojo, no.

—Un antojo, sí, porque... ¿sabes?... Ahora tengo antojos... ¿Comprendes?... Un hijo, sí, un hijo de mi carne; no como antes, un hijo de mis sueños.

Portugal. Praia de Granja. Octubre, 1922.

OBRAS COMPLETAS DE RAMÓN PÉREZ DE AYALA

I. *LA PAZ DEL SENDERO.* **Poemas.**
II. *ARTEMISA.* **Novelas.**
III. *TINIEBLAS EN LAS CUMBRES.* **Novela.**
IV. *A. M. D. G. LA VIDA EN UN COLEGIO DE JESUITAS.* **Novela.**
V. *LA PATA DE LA RAPOSA.* **Novela.**
VI. *TROTERAS Y DANZADERAS.* **Novela.**
VII. *EL SENDERO INNUMERABLE.* **Poemas.**
VIII. *PROMETEO. LUZ DE DOMINGO. LA CAÍDA DE LOS LIMONES.* **Tres novelas poemáticas.**
IX. *HERMANN, ENCADENADO. El libro del arte y del espíritu italianos.*
X. *LAS MÁSCARAS. Volumen I. Ensayos de crítica teatral sobre Galdós, Benavente, Linares Rivas, Los Quintero, Arniches, etc., etc.*
XI. *LAS MÁSCARAS. Volumen II. Ensayos de crítica teatral sobre Lope de Vega, Shakespeare, Ibsen, Oscar Wilde, etc., etc.*
XII. *POLÍTICA Y TOROS.* **Ensayos.** *Maura, Romanones, Vicente Pastor, El Gallo, Belmonte, Joselito, etc., etc.*
XIII. *BELARMINO Y APOLONIO.* **Novela.**
XIV. *EL SENDERO ANDANTE.* **Poemas.**
XV. *LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL.* **Novela.**
XVI. *LOS TRABAJOS DE URBANO Y SIMONA.* **Novela.** *Continuación de LUNA DE MIEL, LUNA DE HIEL.*
XVII. *EL OMBLIGO DEL MUNDO.* **Novelas.**

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
10002455200